

Bohemia



ELENA DE
ARCOS
ROMERO

La triunfadora
de nuestro
Concurso.

10¢

3

Casas más en este mes de

JULIO SORTEARÁ ENTRE SUS SUSCRIPTORES

LA COOPERATIVA DE **EL PAIS**

SUSCRIBASE HOY MISMO PARA QUE
PUEDA PARTICIPAR DE LOS CUATRO SORTEOS
QUE FALTAN POR CELEBRAR LOS
DOMINGOS 17, 24 Y 31.

\$250.000

ESTA INVIRTIENDO LA
COOPERATIVA DE "EL
PAIS" EN FABRICAR

48 Casas

LA COOPERATIVA DE "EL PAIS" FUNCIONA EstrictAMENTE
DENTRO DE LAS LEYES DE CUBA.

EL PAIS" DISTRIBUYE ESTAS CASAS TODOS LOS MESES CON EL SOLO OBJETO DE ESTIMULAR
AL LECTOR, Y DIFUNDIR LA CULTURA POR MEDIO DE SUS COLUMNAS. LAS INFORMACIONES
MAS INSTRUCTIVAS, MAS AMENAS Y MAS INTERESANTES, LAS ENCONTRARA SIEMPRE EN

'EL PAIS'

A todo suscriptor que posea terreno propio, en cualquier lugar de la República, le será construida la casa, de acuerdo con el tamaño del terreno, y atendiendo a sus necesidades, invirtiendo a este fin, el importe íntegro de lo que cuestan, las casas y su terreno, que sortea "EL PAIS".

Nuestras casas están construidas de mampostería, y tienen las mayores comodidades, jardín, portal, sala, dos habitaciones, baño intercalado, con todos sus servicios completos, saleta de comer, pantry, cocina, patio y traspatio, con todos sus techos monolíticos.

Están situadas en el lugar más saludable de la Habana, Caizada de Columbia esquina a Orfila, casi frente al Colegio de Belén, pasándoles las guaguas por el frente y por el fondo los tranvías eléctricos.

SUSCRIBASE HOY

LLAME A NUESTROS TELEFONOS M-7924, M-7723 Y M-7724.

DESDE LAS OCHO DE LA MAÑANA HASTA LAS OCHO DE LA NOCHE TODOS LOS DIAS

JULIO 17
LA HABANA,
DE 1932.

Bohemia

VOL. 24.
AÑO XXIV.
NUM. 29.



La Casa Vacía

LA casa vacía está de luto desde que te fuiste. El aire que respirabas ha puesto sobre cada mueble un crepón gris.

El reloj ha detenido su engranaje, como un corazón que hubiese cesado de latir. Un silencio desconocido pesa sobre mí.

La cama, con sus sábanas impregnadas de la frescura matinal, es inmensa como una landa abandonada. Doy vueltas y más vueltas sin apaciguar mi inquietud. Tengo miedo y tengo frío de estar solo. Busco tu olor y tus pies fríos y la dulzura inesperada de tu pregunta. De la calle, absolutamente desierta, no sube ningún ruido. No se oye ni siquiera el débil run-rún de un insecto en la casa. Y no tengo, para entretener mis oídos, nada más que mis suspiros y el ritmo de mi sangre.

¿Será que te llevaste contigo el clima de nuestra casa?

Pensé que quince días de ausencia era un espacio de tiempo bastante corto. Y ya no puedo esperar más...

En el fondo de mi corazón, yo estaba alegre como un colegial que va a pasar las vacaciones lejos de sus familiares. Me dominaba para no cantar, silbar, reír en tu presencia, pensando en tu ausencia próxima. ¡Soledad! ¡Flor fecunda y maravillosa! Yo te esperaba con ávido entu-

siasmo. ¿Y después?... Después no me interesaste nada.

No oigo ya, querida mía, tu respiración regular. Y estoy a punto de llorar como un niño a quien le hayan quitado un precioso juguete.

Por la noche, a pesar del calor estival, siento escalofríos.

Trato de dormir para abogar mi angustia. Oprimo el botón eléctrico. Noche. Silencio. Horror.

Estoy completamente solo en el mundo. Más triste y desolado que un huérfano. Y voy a tientas, ciego, en la noche.

Y vuelvo a encender la electricidad. No dormiré. Pensaré en ti. Esperaré, despierto, que tu paso rápido, ligero, resuene en el mármol de la escalera. Esperaré la única presencia, la que hace vivir la casa, la que hace vivir el mundo, la que hace respirable esta atmósfera asfixiante de un verano que se prolonga demasiado.

He hecho una constatación. Cuando estás cerca de mí, veo y comprendo todo lo que me rodea.

Y cuando te alejas, te llevas contigo el universo entero...

Eres mi vida misma...

P i e r r e L o i s e l e t



CAMINANTE

do, que la palabra humana es insuficiente para describirlo.

Al fin, el hombre se decidió. Permitió al perro que, arrastrándose, lo siguiera; y le dió de comer en la posada próxima. Todo beneficio es una imprudencia. Perro u hombre, el que ha recibido un favor quiere recibir otros. Y la repetición le confiere un derecho.

Carlos logró dejar al perro, mientras éste comía.

Pero, al día siguiente, el animal se presentó en su domicilio. El hombre le dió de comer nuevamente; y después, su benevolencia se convirtió en una renta para el perro, el cual, poco a poco se introdujo en la casa y se quedó en ella. Y pronto tuvo su perrera y un nombre: *Caminante*. Su felicidad fué considerable; comía a discreción, dormía a su antojo, frecuentaba jóvenes criaturas de su especie, a quienes hacía participar de ese instinto de inmortalidad que la naturaleza ha infiltrado en el cuerpo de los seres vivos. No recibía golpes, y los otros perros no lo mordían, pues tenía al servicio de su pusilanidad, patas rápidas, un olfato sutil, una astucia insuperable.

En verdad, no era un individuo desagradable. No se hubiera arrojado al agua ni hubiera desafiado la ira de un ladrón para salvar la vida de su dueño, pero le quería sinceramente. Le demostraba su cariño con brinco afectuosos y ladridos de alegría. Carlos no pedía más. Pero no contaba con *Caminante* para obtener uno de esos servicios que han hecho célebres a tantos perros. A veces, le decía jocosamente, mientras lo acariciaba:

—Yo no espero de tí, bribón, ninguna heroicidad digna de los perros de San Bernardo, de los de Terranova, ni del perro de Montargis. Quisiera verte en el campo de batalla defendiendo la causa de tu amo.

Caminante escuchaba estas palabras con indiferencia; se ponía un poco triste solamente cuando Carlos le rehusaba una caricia o tardaba demasiado en devolverle un pedazo de hígado, pues el hígado hervido era el objeto de principal glotonería.

El protagonista de este cuento es un héroe. Y su heroicidad es uno de los casos más conmovedores de la gran epopeya mundial. Un perro, considerado como un ser cobarde, glotón, haragán, un ser del cual no podía esperarse ningún gesto dignificador, realiza oportunamente un acto que lo reivindica y lo engrandece, salvando nada menos que a todo un batallón.

ILUSTRACIONES DE GARCÍA CABRERA

Entre tanto, la guerra estalló y Carlos partió para la frontera del Este, donde ejerció prontamente las funciones de sargento. El perro lo acompañó, aunque aquel camino poblado de centinelas le desagradaba infinitamente. Además, no se daba cuenta de la gradación de los peligros. En el fondo de la trinchera, persistía en creerse fuera de todo riesgo detrás de su amo; en marcha, se ocultaba entre las plantas; durante los combates, se refugiaba en la retaguardia. En realidad, hacía algunos servicios. Olfateaba al enemigo desde lejos, y más de una vez descubrió alguna emboscada.

Una mañana de noviembre, Carlos y sus hombres patrullaban en la montaña. Una espesa bruma empañaba el horizonte; los árboles, los peñascos, las cañanías, tomaban aspectos fantásticos. Llegó un momento en el cual *Caminante* se llenó de inquietud. Nadie se dió cuenta de la alarma del perro. Todos continuaron avanzando, hasta que la pequeña tropa se encontró de pronto copada. Una descarga de fusilería estalló atrás. Carlos trató de salvar a sus hombres. Encontraron un desfiladero, por donde se deslizaron a paso gimnástico. *Caminante* daba el ejemplo; marchaba delante sin distanciarse mucho de su dueño. Carlos había resuelto confiar en el instinto superior del animal. El camino era áspero, lleno de sinuosidades. Los perseguidores ganaban terreno.

—Esto va a terminar desastrosamente—pensaba el joven sargento.

Dos o tres veces, la tropa se detuvo para hacer algunos disparos de fusil, a los cuales respondían los enemigos. De pronto, *Caminante* desapareció.

—¡Ah, bribón!—dijo Carlos. Ha comprendido la inminencia del peligro.

Pero el sargento y sus hombres continuaron la marcha. Y los boches, conociendo el terreno mejor que los fugitivos, no cesaban de ganar terreno.

—¡Qué calamidad!—murmuró Carlos.—Nos van a cazar como liebres.

Bruscamente, *Caminante* reapareció. Tenía fiebre, temblaba; con frecuencia, se acercaba a su amo y ladraba de manera singular. De súbito, cogía el capote de Carlos con sus dientes. Entonces lo siguieron. El animal abandonó el desfiladero y se internó entre unas rocas. Las balas silbaban. *Caminante* se volvió hacia su amo, ladró con autoridad y desapareció en una hendidura.

—¡Vamos!—dijo Balanne, sonriendo.

La patrulla se halló en una caverna. En el fondo se veía una abertura. Y hacia aquella abertura *Caminante* se dirigió. Contiguamente había un precipicio. Y alguien había puesto una enorme tabla que permitía el paso sobre el abismo. El perro marchó sobre la tabla. Los hombres lo imitaron. Cuando estuvieron en el otro lado, arrojaron la tabla en el abismo. Mientras tanto, los alemanes invadían la gruta.

Los franceses ocupaban un pasillo bastante estrecho que formaba un ángulo recto con la gruta; ninguna descarga de escopeta podía alcanzarlos. Desgraciadamente, el pasillo no tenía salida, sino un agujero por el cual no podía pasar un hombre.

Caminante dió dos ladridos breves y se aventuró en el agujero.

Pasó un gran rato. Carlos esperaba los acontecimientos con inquietud. Sabía bien que los alemanes irían a buscar algo para cruzar el precipicio. A causa de la soledad del lugar, la espera se prolongó. Aquí o allá, un francés o un alemán hacía un inútil disparo. De súbito se oyó un clamor, y a intervalos, las palabras *Das Brett* (¡una tabla!).

—Estamos perdidos—pensó Carlos.

Se arrastró a lo largo de la muralla para ver si podía impedir la formación del puente. Resonaron algunas detonaciones; una bala horadó el kapis del sargento. Los franceses estaban dispuestos a la batalla suprema.

De repente, unos ladridos estremecieron el silencio. Hubo una calma inquietante. Luego, los alemanes empezaron a gritar y a vociferar. Retumbó una descarga de fusilería, y a continuación, otros ladridos que se acercaban gradualmente.

—Es *Caminante*—murmuró Carlos.

Pronto, los ladridos resonaron en la gruta. Algunas llamadas

(Pasa a la Pág. 10.)



J. H. R. O. P. N. Y

ERA un perro grande, bermejo, haragán, de una notable voracidad y de una cobardía majestuosa. De cada veinticuatro horas dormía doce, enamoraba a todas las damas caninas del cantón, manducaba como Gargantúa y salía huyendo delante de cualquier perrillo sato. Carlos Balanne le había recogido en un camino, en una tarde de verano. El pobre perro había caído entre la hierba, donde suspiraba como un hombre. Las costillas le salían en arcos, tenía el pelo seco y sucio, sus ojos cavernosos expresaban el hambre y la desesperación. Al sentir palparlo Carlos, se irguió sobre sus patas descarnadas y, con gruñido lastimero, manifestó su angustia. El viajero se levantó y miró al animal. El animal miró al viajero. Susurraron así un diálogo mudo, pero tan franco, tan profun-

COMPARTIMIENTO Nº 5

por PAUL TROYES



Ralph Stillinson detuvo su auto en la calle de Lyon. Se volvió hacia mí y me dijo: —Vas a bajarte aquí... ¿no es eso? ¿Tienes todo lo necesario?

Comprobé rápidamente que no había olvidado nada. —No te haré ninguna advertencia—agregó Stillinson.—Pero te recomiendo la mayor tranquilidad posible. El asunto no merece que nos preocupemos mucho. Además, ya tenemos encaminada la obra.

Esta afirmación me dejó un poco escéptico. Pero Ralph continuó:

—Masón partió al mediodía con el avión y te esperará mañana por la mañana en San Carlos. Te recuerdo lo que debes hacer cuando llegues, según hemos convenido: si nada durante el viaje ha llamado tu atención, cogerás la maleta con la mano derecha; si sucede lo contrario, la cogerás con la mano izquierda.

Reinó un corto silencio.

—Eso es todo—concluyó Ralph—Good by.

El tercer tren para Marsella no salía hasta las siete y diez. No obstante, preferí estar anticipadamente en la estación. Una frase de Masón resonaba en mis oídos:

—No tomes nunca con precipitación un tren. Es preciso tener tiempo para reflexionar antes de obrar.

—Los viajeros eran relativamente escasos. ¿Era demasia-

do temprano? El hombre de servicio me condujo a mi compartimento. Masón quiso que yo hiciera el viaje de noche. No había comido. Tomé un whisky y varias tazas de café.

Mi compartimento estaba vacío, pero una rápida ojeada a los asientos me advirtió que no viajaría solo. Esta constatación me desagradó. Le dí las gracias al hombre de servicio e inspeccioné los otros compartimentos. Algunos estaban vacíos; otros estaban ocupados por uno o dos pasajeros.

Estuve a punto de cambiar de compartimento, pero comprendí que sería inútil. No esperé más y me senté.

Entró el viajero cuyo puesto, tomado de antemano, quedaba frente al mío. Era un hombre de baja estatura, vestido sencillamente, sin equipaje. Una cicatriz le hundía la arcada superciliar izquierda. Este detalle me impresionó. Casi en seguida, penetró otro viajero en el compartimento. Era un hombre alto, envuelto en un inmenso macfarlán de origen inglés. Una bufanda ocultaba su barba; él tampoco tenía equipaje.

Transcurrió un rato bastante largo. El individuo de la cicatriz leía un periódico; el hombre del macfarlán dormitaba o parecía dormir.

En el postrer momento, a las siete y cinco, apareció el último ocupante del compartimento. Era un inglés. Su indumento de viaje lo indicaba. Tan poco llevaba equipaje. Pasó por delante de mí y tropezó con el hombre de la cicatriz. Se prodigaron palabras amargas mutuamente. El inglés hablaba con una ofensiva insolencia. El otro no insistió.

Este incidente, que pareció haber despertado al hombre del macfarlán, me dejó pensativo: no había una causa suficiente para tal algarada y el tono de las palabras denotaba un poco de exageración. Pero, había que tener en cuenta la nerviosidad del viajero que había tomado el tren en el último minuto.

A las siete y diez, el tren arrancó.

Rodábamos a todo vapor en la noche. Todo estaba tranquilo. Y sin embargo, yo tenía la íntima certidumbre de que el drama estaba elaborándose. Me preparé para todo. Puse mi maleta al alcance de mi brazo izquierdo y agarré con la mano derecha, en el bolsillo de mi saco, el mango del revólver que me había dado Stillinson. Era un ar-

A pesar del éxito alcanzado por unos agentes de policía en la persecución y captura de un asesino, dichos agentes no demuestran en esta historia una gran sagacidad detectivesca. Si su olfato profesional hubiese sido más penetrante, hubieran adivinado en el nerviosismo y en el sobresalto de otro de los ocupantes del compartimento número 5, al cómplice de los bandidos Mason y Stillinson, que habían robado la noche anterior los diamantes de una aristocrática dama inglesa.

escogida, con doce cápsulas en sus recámaras. Estaba dispuesto a defenderme.

Al principio, me pareció muy extraño que ninguno de nosotros no llevara equipaje. Los cuatro íbamos a Marsella. Nadie emprendería un viaje en tales condiciones.

—Después—y ésto era más grave—nos vigilábamos los unos a los otros. El hombre de la bufanda dormitaba; pero su mirada se filtraba a través de sus pestañas. Dos veces lo sorprendí mirándome. Su mano izquierda descansaba sobre su antebrazo derecho, pero su mano derecha desaparecía en el interior del macfarlán. Lo imaginé cogiendo el mango de su pistola en un bolsillo interior. El inglés nos miraba alternativamente, sin ninguna disimulación. Varias veces lo sorprendí examinando el compartimento reflejado en los cristales. Sólo el hombre de la cicatriz parecía indiferente. Leía o simulaba que estaba leyendo.

Estos detalles atrajeron mi imaginación desde el principio. Pero no tuve la certeza de su anormalidad sino un momento después. Al salir de París, el *maitre d'hotel* anunció el primer servicio. Ninguno de nosotros se levantó. Y, después, a las ocho y media, cuando anunció el segundo servicio, nadie se movió. Este detalle nos ponía a descubierto: ninguno de nosotros, quería abandonar el compartimento.

Para mí, no había duda; los tres hombres eran de la policía, hasta el inglés, sobre todo el inglés. Sentí un persistente malestar. No podía levantarme; no podía ir al corredor. Esto hubiera sido facilitarles el trabajo. La batalla estaba entablada y había que hacerle frente. La policía no se desmascarara sino en el momento de atacar. Si hubiera querido atrapar a mis cómplices, me hubiera perseguido más discretamente. Si estos tres individuos son tres policías que siguen mis huellas para descubrir también a mis otros cómplices—a Stillinson y a Masón—sabrían enmascararse y disimular con más habilidad. No



obstante, yo los vigilo también, resuelto a defenderme si llega la hora.

Una cosa me asombra y me hace reflexionar: yo salí de Donover Hill, esta mañana, al salir el sol, en avión. Masón pilotaba el aparato. Un tiempo execrable nos mantuvo en el aire durante seis horas y media. Después, el auto de Stillinson me llevó de Bologne a París en cuatro horas. Stillinson obtuvo mi pasaje para el tercer tren después de las cinco. Un cazador del Monobar fué quien sacó el ticket. No le quedaba a la policía sino un tiempo ínfimo para ocupar de antemano los otros tres sitios del compartimento.

Por otra parte, yo no me explicaba que la policía inglesa pudiera descubrir nuestras huellas; a causa del mal tiempo, ningún barco inglés había podido salir de Dover, aquella mañana. Evidentemente, hubiera sido preciso contar con el telégrafo. Pero había que admitir entonces la posibilidad de que la policía tuviera noticias de nuestro aterrizaje, que hubiera seguido el auto de Stillinson y después al cazador de Monobar. Y si hubiera sido así, ¿hubiera esperado tanto?

Nada es tan angustioso como comprobar los hechos sin poder explicarlos. El consejo de Stillinson saltaba en mi memoria: sobre todo, mucha tranquilidad. Aparté de mi espíritu las preguntas que podían obsesionarme. Poco a poco, me iba dando cuenta de lo que me rodeaba. La cuestión era obviarlos. Apreté con mi mango del revólver de Stillinson. D nos separaba de Laroche, y yo tenía la impresión de que el drama estallaría antes de llegar.

La sirena de la locomotora anunció que estábamos próximos a la estación. Me acordé precipitadamente.

Decidí cerrar los ojos. Y a través de los pádidos semi-cerrados, seguí vigilando a mis compañeros.

El inglés miró al hombre de la cicatriz con un movimiento de cabeza. Rápidamente, busqué al hombre de la cicatriz con mis ojos. Me observaban a través de sus ojos me observaban a través de sus ojos. De pronto, miré al inglés, y él me miró. De pronto, me acordé del vaso de agua que me había dado el inglés y le hablé. (1 galopada. (14. 12.)

Mi Primer Encuentro con Mata-Hari

por Pierre
Ladoux



que en esta época una pobre bailarina no tiene dinero suficiente para pagarse una camarera... El hielo estaba roto, pero no el encantamiento, y yo me preguntaba: constatando una extraordinaria seguridad en mi visitadora, si los servicios ingleses, que me asaltaban desde hacía más de un año con notas sobre ese asunto, no se engañaban al afirmar, sin ninguna prueba después de todo, que Mata-Hari estaba al servicio de Alemania. Lo más simple era preguntárselo resueltamente. Es lo que hice, pues a pesar de todo había alguna cosa turbadora en la súplica de la bailarina, en la necesidad de ir a tomar una cura de agua a los Vosgos o había venido hacia sólo algunos días apenas después de la descripción tomada por el Gran Cuartel General de instalar cerca de Vittel el campo de aviación de bombardeo de las fábricas alemanas...

De pronto, a raja tabla: —¿Usted no me quisiera a mí como espía? Hablábamos a su regreso de Vittel, en donde yo la había autorizado a ir, no sin que su paso fuera estrechamente y secretamente vigilado.

—Es tentador—le respondí— pero eso sería sin duda... muy caro...

—Nada más que un millonaje... para poder casarme con mi capitán ruso que me tiene loca.

—¿Caramba! Un millón? Pero nosotros no estamos ricos en Francia. No veo sino los alemanes que podrían pagar semejante suma... Y aún así sería preciso prestarles servicios enormes.

—¿Cuáles? —Yo no sé... pero al menos penetrar hasta en nuestro Gran Cuartel General.

—Y... ¿acercarse al gran jefe? —Evidentemente... o al menos a uno de los oficiales de su Estado Mayor bastante al corriente de todos los secretos.

—Si yo me convirtiera en la amante del Kromprinz, por ejemplo, ¿me daría usted el millón?

—Todavía no... Sería él, más que nosotros, quien estaría en disposición de dárselo... El es bastante rico, dicen... y, palabra, el golpe valdría la pena...

Mata-Hari guardó silencio algunos instantes que, lo confieso, me parecieron interminables. ¿En qué pensaría? ¿Qué iría a responderme? ¿Era sincera en aquel momento? ¿Quería ella, realmente, ganar ese millón a fin de casarse con su capitán ruso?

Pero Mata-Hari había tomado una decisión y me la expresó con estas palabras:

—Yo ya he sido la amante del Kromprinz... De mí solamente depende volverle a ver... Escuche bien, y trate de comprenderme... Los alemanes me adoran. En Alemania yo era tratada como una reina, en cambio, en París, no paso de ser una meretriz de cierta calidad... ¡Ah, si usted hubiera visto mis triunfos en Berlín, si usted hubiera podido asistir a las grandes orgías!... Yo debo haber guardado sobre los alemanes todo mi imperio, estoy segura... ¿Quiere usted que intente?

(Pasa a la Pág. 10.)

ES en agosto de 1916 que encuentro por la primera vez a Mata-Hari. La veo todavía, como si fuera ayer solamente, a pesar del verano, vestida con un *tailleur* color oscuro y tocada con un sombrero de paja de largas alas, sobre las cuales flotaba una pluma, una pluma gris. Entró en mi oficina con ese paso cómodo y decidido que tienen los artistas al entrar en la escena. Noté que tenía ese ligero balanceo de caderas que es privativo de las bailarinas, aquel provocativo "salero" que barre presta a las gitanas andaluzas. Como yo me dilataba a suplicarle que se sentara, ella aproximó a mi mesa de trabajo una silla y se instaló familiarmente, como si fuera de la casa.

—¿Qué quiere usted de mí?—me dijo, en un francés que me turbaba por instantes alguna inflexión gutural, propia en su tipo de oriental. —Absolutamente nada. Sólo que he sabido por uno de mis amigos, con quienes usted desea ir a tomar, esas aguas de Vittel, y como nuestra gran estación está enclavada en la zona del Ejército, es preciso un especial para poder llegar. Ahora bien, soy yo esos permisos y quiero hacerle saber que estoy dispuesta a dárselo.

—¿En qué caso comience por hacerme un primer servicio: órdenes a esos señores de la policía que están que no me abandonan más que mi sombra, que se tanto calor, usted los autoriza a ir a refrescarse de frente, a mi salud.

—El te órdenes para hacerlo así. ¿Es que usted dice. No?

—Uente, desde hace meses, día y noche... y —No tomar mis ausencias del hotel para retener tiempo a peles y baúles. Cada vez que entro

—Los vía desbarajuste estúpido. Y usted sabe

No hay en la historia moderna una figura femenina que se haya aureolado de tanta originalidad y tanto misterio como Mata-Hari. Por eso, todo lo que se escribe sobre ella tiene un interés extraordinario. A reserva de ofrecer otras páginas reveladoras de los enigmas de la vida de esta célebre cortesana y espía, damos ahora este relato, históricamente interesante.

Sobre
levantan
crónicas
que con
to mud
numero
es uno

El hombre aquel se iba muriendo lentamente, suavemente, inevitablemente. Alguno que lo advirtió le dijo:

—¡Ah! Son así de corrosivos los caminos del mundo... Eso es de andar, andar... andar... sin tregua a la fatiga... ¿no ha puesto Dios, aún en los desiertos, la gracia de los oasis?

El otro lo miró asombrado. No le alcanzaba que no se le comprendiera. Absorto bajo el relente lunar, entró a su casa. Y como tomara en sus manos un libro de San-Yan-San, —¡oh, ignorado filósofo amarillo!—, pudo leer, estupefacto:

—Los desengaños que nos produce la mujer amada, son como algunos tóxicos: no hacen efecto inmediatamente; pero al cabo del tiempo, sus resultados son igualmente destructores. Los unos, aniquilan el organismo; los otros, matan el amor.

Leyó más. Y, al rato, se quedó rígido, con el libro entre las manos...

II

San-Yan-San vivió cien días... (Cuando murió contaba ochenta años; pero él, poco antes de subir la breve escala invisible que lo separaba del Gran Valle de la Perfección Absoluta, había descontado de su existencia todo ese otro tiempo en que no se pertenecía a sí mismo.) ¿Extraña, pues, que en ese lapso San-Yan-San haya logrado ese perfecto equilibrio que rezuma como un suave fulgor maravilloso de todo su recuerdo?

He ahí a San-Yan-San, ahora, tan extraño a nosotros que no parece otra cosa que una figura legendaria llena de intención mítica. Y, sin embargo, ¡sobre cuántos se proyecta su transparente sombra alucinada! Los que le recuerdan bien, no tienen necesidad de estas palabras. Pero hay otros, muchos, la legión innumerable de los que pasaron por su lado sin darse cuenta, que han menester de que se exhume del Olvido su extraordinaria figura milagrosa.

He ahí a San-Yan-San, ahora. Sus días immaculados, sin una claudicación, sin un desfallecimiento. (Toda su vida.) La ancha pradera del recuerdo se llena de luminosidad y de perfume. Y viene sobre nosotros en una vasta concepción absoluta.

Aquí está todo eso reconocido. Desde el primero hasta el último día en que, al filo del obscurecer...

...San-Yan-San se perdió tras un collado...

III

San-Yan-San había dicho también que de todas las flores venenosas la más mortal es la mujer: —Sigue, ¡oh, caminante!, tu sendero; y no mires a uno y otro lado si quieres llegar íntegro al Valle de la Serenidad...

Realmente, ningún viandante le había hecho caso. Y todos, absolutamente, sin embargo, antes de salir al camino, leían los párrafos admirables... Y todos, también, cortaron de aquellas flores: unos las tiraban después de aspirar su fragancia y otros las llevaron consigo.

Rodaron años. Un día, San-Yan-San cayó por fin en ese abismo negro de la muerte que sólo para algunos se ilumina. Había hecho todo su viaje pensando cómo encontraría a sus discípulos, a los que, antes de salir al camino, les entregó su libro maravilloso para que no se extraviaran. El iba hacia el Florido Valle de la Serenidad, donde, pensó, estarían todos ellos... Llegó, al fin, San-Yan-San. ¡Oh, valle admirable!

—Pero por más que lo recorrió todo, no halló a uno, solo, de sus discípulos...

IV

El día en que todas las mujeres se volvieron flores en el jardín de San-Yan-San, hubo un gran

regocijo en su espíritu. Iba de un lado para otro, buscando las más hermosas para hacerse un blando lecho perfumado donde reposar su cansancio. Sentía una extraña y agradable embriaguez de colores y de fragancias. Estaba, en verdad, desconocido San-Yan-San.

—¡Oh, Dios!—dijo,—que así me permites gozar esta felicidad antes de que el dragón negro de la muerte abra sus fauces ante mí!

Y siguió recogiendo flores hasta formar un bello lecho perfumado, como eran sus deseos.

Toda la sangre del sol se había vertido en la copa azul de la tarde. Y ya extendía su tela sobre el horizonte la araña negra de la noche, cuando San-Yan-San se tendió en su lecho de rosas...

Fue su último sueño. Y es fácil que aún, desde los altos planos por donde verja su espíritu fatigado, no se explique cómo fue posible que aquellas suaves emanaciones lo llevaran tan traidoramente al país de donde no se vuelve...

V

El Surco Estéril por F. de Ibarzábal

San-Yan-San, como solía frecuentemente, se había dado pensativo... ¡Las cosas de esa gente!

Esa gente era un grupo de bárbaras idólatras. Causados de prosternarse ante el viejo ídolo deteriorado, lo derribaron de su pedestal. Continuaron algún tiempo sin tener a quién adorar. Querían un ídolo, sin embargo. Se veía que necesitaban alguna creencia. Estaban llenos de fe. Y, con ellos, su Gran Sacerdote.

San-Yan-San se le proporcionó, en un momento que se sintió iluminado. Y les hizo fabricar un ídolo nuevo.

—¡Oh, milagro! El nuevo fetiche,—¡inmenso poder de San-Yan-San!—, hablaba a sus idólatras...

—¿Qué hacen?—preguntó un día, la primera vez que, expeliendo sus oraciones, se arrodillaron ante él.

—Oramos,—le contestaron. —¿Orar? El ídolo parecía no comprender esa palabra.

—¡Oramos!, gritaron, más alto. Y el fetiche, esta vez, guardó silencio. Había comprendido.

—Años en el abismo oscuro del tiempo...

El fetiche se había acostumbrado a las oraciones, a las rezos, a las plegarias. Pero a fuerza de oír siempre las mismas palabras, se aburría tanto, que terminó por no creer en ellos. ¡Se volvió ateo! Y como no creía ni en sí mismo, quiso abandonar su peana de piedra labrada y echarse a rodar por el mundo como hacían muchos otros ídolos en el tiempo de San-Yan-San.

El Gran Sacerdote de aquel templo,—la fe popular lo había erigido magnífico—, se opuso a la fuga del ídolo.

—¿Es que no creo en esto!—dijo el fetiche. —¿Cómo voy a mantener mi propia mentira? No creo... no creo...

—Yo tampoco,—le contestó el Gran Sacerdote—...

VI

San-Yan-San, desde la cumbre, vio rizarse la superficie del río. Vió el amplio caudal, después, henchirse. Más tarde, el agua alcanzaba su máximo nivel. Pero todos estaban seguros en sus casas. El ganado pastaba tranquilo. Las gentes hacían sus faenas. Así, todo el día. Y hasta el siguiente, en que no ocurrió nada. Todo fue al tercer día...

En la alborada, cantó un gallo. San-Yan-San les había dado tranquilidad: —...a menos que un imprudente...

El hombre aquel había apostado que cruzaría el puente al galope de su caballo, con el vaso de agua en la mano, sin verter una sola gota. Desde el montículo, San-Yan-San vió la galopada.

(Pasa a la Pág. 12.)

(Viene de la Pág. 5.)

fueron pronunciadas. Los cautivos reconocieron la voz de bronce de su capitán

Carlos Balanne, mientras volvía las líneas francesas, supo que la patrulla debía su salvación únicamente a *Caminante*. Con una astucia increíble y con un exacto sentido de las posibilidades humanas, el perro había logrado llegar al lugar donde acampaba el batallón a que pertenecía la patrulla de Carlos, y con sus ladridos y sus demostraciones de inquietud, había atraído la atención de los soldados y del jefe, que sospecharon una desventura. Siguieron al animal y pudieron llegar a tiempo para dispersar al enemigo y auxiliar a su gente.

—Todos estábamos equivocados contigo, mi querido *Caminante* — murmuraba Carlos pasando una mano sobre el lomo de su perro.—Tu conducta no puede ser más heroica. No tienes nada que envidiar a ningún individuo de tu especie.

MI PRIMER ENCUENTRO CON MATA-HARI

(Viene de la Pág. 8.)

Mata-Hari estaba de pie, temblorosa, maravillosa artista que creaba su papel a medida que las ideas le venían y sabía modular sus actitudes según las ideas, lo mismo que a su voz en el fondo de la cual se acentuaban por instantes las consonancias guturales.

Su mirada atenta seguía la mía que no sabía en donde detenerse, tanto miedo tenía de que se le escapara alguna confesión importante y yo me traicionara... a mí y no a ella. Ella ganaba insensiblemente terreno con la sola arma que ella sabía que, bien aplicada, podría vencerme... el amor de mi país y la pasión de mi trabajo.

—Nadie, Mata-Hari, podría, cuando usted regresara de Francia, obtener que usted sea recibida en Stenay —Sí... un hombre... uno solo... que ha sido mi amante... Es uno de los más importantes provisionadores del ejército alemán y que entra al Gran Cuartel de Stenay cuando le parece... —Extraordinario... ¿Y cómo se llama?

—Cremer...

El nombre partió como una bala. La bala que habría de matar a Mata-Hari. Cremer era, en efecto, uno de los principales agentes de reclutamiento en Holanda, perteneciente al "Fraulein Doktor"... nada menos que la espía del Emperador!

Mata-Hari acababa de entregarse.



La MAIZENA DURYEA

Hará que el Bebé Crezca Sano y Robusto

Enseye Ud. esta receta de Maizena Duryea—que hará las delicias de su bebé.

Peplila de Maizena Duryea (para niños desde cuatro meses).—Cúzase durante cinco minutos dos cucharadas de agua y un cuarto de litro de leche, añádense dos cucharadas grandes de Maizena Duryea disuelta en un poco de leche fría y una cucharadita de azúcar. Póngase de nuevo a la lumbre y déjese hervir unos minutos. Retírese cuando tenga la consistencia de la crema de leche. Es absolutamente necesario emplear buena leche desnatada.

La Maizena Duryea es un alimento natural y puro que se prepara del maíz. Es fácil de asimilar y sabroso al paladar. La Maizena Duryea contiene algunos de los elementos alimenticios más valiosos para ayudar a la salud del bebé y hacer que crezca saludable, fuerte y con buen color. La Maizena Duryea es recomendada por muchos eminentes especialistas de niños.

Escriba pidiendo un ejemplar gratis de nuestro último libro de cocina.



F. A. LAY, Apartado N° 695, Habana.

24. Envíeme un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.
Nombre.....
Calle.....
Ciudad..... 505-2

PENSAMIENTOS

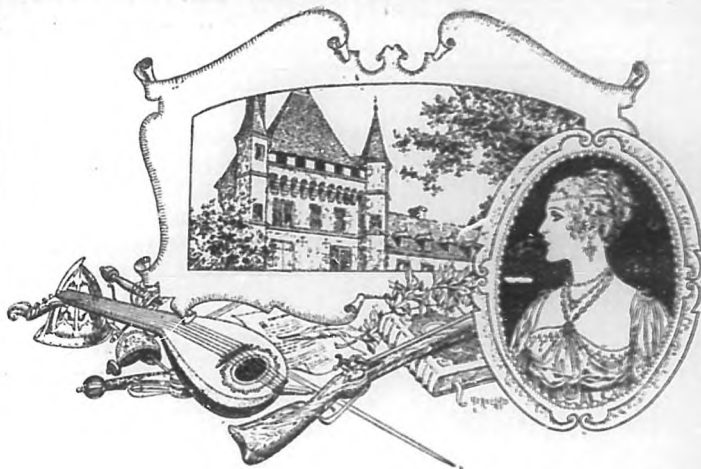
—La madurez del hombre es haber recuperado la seriedad que de niño tenía en los juegos.

Federico Nietzsche.

—La vida de los hombres sensibles es una cosa suntuosa y triste.
Maurice Barrés.

Sobre la vieja tierra de Francia, levantan sus recias estructuras anacrónicas muchos castillos feudales, que conservan en sus piedras el texto mudo de intrigas nobiliarias y de numerosas historias de amor. Talcy es uno de ellos.

Un distinguido escritor ha arrancado de sus piedras evocadoras una serie de interesantes secretos, que son expuestos en esta página.



Cosas de otros tiempos

La Vida Romántica de Agrippa de Aubigné

por Jacques Rostand

ENTRE los viejos castillos franceses que siguen desafiando la acción de los años, como sólidos testimonios del esplendor y las costumbres de una época ya lejana, está el dominio de Talcy, con sus torres soberbias. Si las guerras de religión fueron allí menos horrorosas que en Amboise, Talcy, en cambio, fué el teatro de la entrevista de la reina Catalina de Médicis y el príncipe de Condé.

El lugar es de apariencia austera. Sin embargo, en tiempos particularmente inclementes, uno de los nombres más rudos, uno de los caracteres más reciamente templados de una época terriblemente agitada, Teodoro Agrippa de Aubigné, soldado intrépido, historiador vehemente, poeta satírico y apasionado, celebró a Talcy con un entusiasmo asombroso.

"El amor ordena esto..." escribió de Aubigné en su *Primavera*. Y qué amor! El más bello, el más joven, el más ardiente de su vida...

Entre su trágica infancia y su madurez errante, batallas, lamentable, el aspero autor de las *Sátiras*—el Juvenal francés—vivió, en el sombrío castillo de Talcy, una luminosa novela de amor, cuyo radioso recuerdo no se extinguió jamás en su espíritu.

Hijo de un gentilhombre protestante, Agrippa de Aubigné había perdido a su madre el mismo día de su nacimiento. A los seis años, leía en cuatro idiomas: francés, latín, griego y hebreo. A los ocho años y medio, le hacen jurar que vengará la muerte de los compañeros de su padre, "a la vista de las cabezas todavía expuestas en el balcón del castillo de Amboise". Presta juramento a la "Causa" y no flaqueará jamás. A los nueve años, Teodoro Agrippa de Aubigné es condenado a la hoguera, porque se negaba a renunciar a su religión, "pues le tenía más horror a la misa católica que al fuego". Salvado por un amigo de su padre, se refugia en Orleans y después en Génova, de donde regresa para combatir bajo las órdenes de Condé.

Entre dos guerras de religión, este valiente "Caballero de la Causa" descansa de las fatigas de la lucha en su tierra de las Landas, pequeña propiedad heredada de su madre y situada a media legua de Talcy. Y, durante dos años, el hugonote intransigente suspende su odio, olvida la venganza jurada, porque está enamorado, perdidamente enamorado de una católica, de Diana Salvicati, la hija mayor y más querida del castellano de Talcy.

Aunque tenía grandes relaciones de amistad y de parentesco

con los Médicis, el señor de Talcy era hombre plácido y de espíritu sosegado, de tendencias reconciliadoras, con respecto a la religión, y no comparando de ningún modo las pasiones que habían desencadenado en Francia la guerra civil.

Diana Salvicati, por un maravilloso contraste, poseía una linda cabellera de oro y unos bellos ojos de pupilas ardientes y negras. Sus labios eran dos pétalos rojos y sus dientes eran de una brillante blancura impecable.

Después de la matanza de Jarnac, entre católicos y protestantes, el rudo soldado experimentó un deslumbramiento inesperado. Vió a Diana y se enamoró de ella inmediatamente.

Ella, sensible y artista, sintió también una honda impresión en su corazón.

En aquella austera decoración, este idilio fué como una nueva edición del amor prohibido de Romeo y Julieta. Pero un amor puro y respetuoso.

Diana tenía suficiente astucia para recibir y leer los versos que su poeta le daba ocultamente. A veces, entraba en el castillo sola, libre de todo indiscreto, y cantaba los versos acompañándose con una tiorba.

Los dos enamorados tenían citas frecuentes. Con las manos entre las manos, discutiendo dulcemente, iban "por los montes y los llanos", ya extraviándose en los surcos de los trigos maduros, ya en los senderos del bosque. Agrippa de Aubigné, tal Ronsard, grababa su nombre y el de su amada, entrelazados, en la corteza de los árboles. Pero su amor estaba depurado de todo el deseo carnal que torturaba a Ronsard. El hugonote, a pesar del ardor de su pasión, respetaba tiernamente a la mujer que amaba y de quien era amado.

Agrippa tuvo que hacer un viaje a París.

La horrible matanza de San Bartolomé no lo contó entre sus víctimas: un duelo lo había alejado afortunadamente de París. Pero, pocos días después, reuniendo con unos cuantos compañeros

(Pasa a la Pág. 12.)



Tome Coca-Cola Deliciosa y Refrescante



Ricos Productos de nueve diferentes países en cada botella de Coca-Cola

Tenga siempre unas cuantas botellas en el refrigerador

The Coca-Cola Company Habana Santiago de Cuba

"TIENE QUE SER BUENA CUANDO SE CONSUMEN TANTAS"

Evita el envenenamiento de la sangre

Si no se desinfecta un rasguño, puede resultar en una infección y en un terrible envenenamiento de la sangre. El UNGÜENTO ZONITE destruye los microbios, calma y cicatriza. Aplíquelo enseguida.



OBSEQUIO A LAS LECTORAS DE "BOHEMIA"

Al recibir de 25 centavos en sellos de correo o timbre, remitiremos un estuche con dos frascos tamaño grande (no es una muestra) de Brilló para las uñas

EL SOL DE ORO

en cualquiera de los colores siguientes: Natural, Rosa, Rosa Perla o Coral. Esta oferta es sólo por este mes. El envío lo hacemos a cualquier localidad de la República.

SR. FRANCISCO CALFIELD

EDIFICIO "LIFE".

Teniente Rey y Habana.—Habana.

HOTEL ALAMAC

En Broadway y la calle 71, New York



Es, desde hace años, el hotel preferido de todos los hispanos americanos, por su edificio a prueba de incendio, su gran confort, su cocina, criolla, y el ambiente de "hogar" que en él se respira que lo hacen el sitio ideal de residencia de todas las familias hispanas que visitan esta ciudad. En el piso tercero se halla inatalejo el salón de lectura del "Diario de la Marina", con periódicos de todos los países de América. Los intérpretes del Hotel estarán en los muelles y estaciones a la llegada de trenes y vapores. Cuartos con baño desde \$3.00 diarios y \$75.00 mensuales. Arreglos especiales con los clientes. Para más informes y solicitud de presupuestos, diríjase a:

Mrs. Evangelina Agüero

Gerente hispano. Cables: Alamacotel.

New York

MEDICACIÓN ALCALINA PRÁCTICA Y ECONÓMICA

Compridos Vichy-État

8 o 6 compridos en un vaso de agua TODAS FARMACIAS

HEVIA Y ESTEFANI

Abogados—Notarios

Divorcios

Consulado 52, altos. Habana. Cuba valor consiste en amar siempre.

LA VIDA ROMÁNTICA DE

AGRIPPA DE AUBIGNÉ

(Viene de la Pág. 11.)

amantes de la justicia, mató a seiscientos asesinos católicos, que pretendían asolar el poblado de Mer.

Después de una hazaña tan rotunda, de Aubigné era esperado con impaciencia para ser sentenciado a muerte, pero su hábil enamorada supo arreglar las cosas: hizo ante su padre la defensa de su guerrero con tales acentos, que el señor de Taley—que nos parece notablemente superior a su salvaje época—ofreció hospitalidad al hugonote perseguido. ¿A quién se le hubiera ocurrido ir a buscarlo en aquella católica morada, en casa de aquel noble pariente de la reina madre?

Y, de septiembre a diciembre, Agrippa de Aubigné vivió tres meses encantadores. El otoño de aquel año, imprimió que siempre en su memoria triscuras de primavera. Con una emoción jamás experimentada, los dos enamorados cogían las últimas flores de las praderas.

Una rosa de octubre es la más exquisita.

Escribió un día Aubigné.

Y fueron unos esposales plenamente felices los que se celebraron un poco más tarde en el severo castillo de Taley. Un amor puro, muy sincero, muy desinteresado, iba, en aquellos tiempos de corrupción y de falsedades, a unir dos grandes y honestos corazones.

Pero estaba escrito en el libro del destino que Agrippa de Aubigné no fuera un hombre feliz, a pesar de ser uno de los más intachables hombres honrados de todos los tiempos.

El hermano mayor del señor de Taley, el caballero Salviati, gran maestro de la orden de San Lázaro, católico fanático, no podía admitir que su sobrina se casara con un hugonote, y Juan Salviati no se atrevió a contrariar la voluntad de su hermano mayor.

El disgusto de Agrippa de Aubigné fué tan intenso, que cayó gravemente enfermo, por lo cual fué visitado por varios médicos, entre ellos el famoso Guillermo Postel, que pudo impedir que lo asesinaran.

Casada, contra su voluntad, con un noble de escandañosa reputación, Diana no pudo nunca consolarse de lo que había perdido. Una incurable melancolía se apoderó de todo su ser y no tardó en causarle la muerte.

De Aubigné no pudo olvidar jamás su primero y único amor. Veinte años más tarde se casó con Susana de Limay, la cual estaba constantemente celosa de la fidelidad guardada a la muerta "de cabellera de oro y de pupilas ardientes y negras."

Sepulcro poderoso del amor más puro del mundo, el castillo de Taley estampa sus torres severas en el benigno cielo de Francia.

EL SURCO ESTERIL

(Viene de la Pág. 9.)

el puente, el jinete, el vaso... Los apostadores estaban en la orilla. Un instante después, el caballo arrancaba. Y, a mitad de su carrera, justo en medio del puente, en un movimiento brusco saltaba al río, ya hinchadísimo, la gota de agua...

Todo el valle, un momento más tarde, se había anegado. La inundación lo alcanzó todo. Todo, menos la eminencia desde donde, San-Yan-San, contemplaba el horrible poder de aquella gota de agua...

VII

San-Yan-San salió a cumplir su dura misión por los caminos, abiertos en la noche como una tentación. El aire comprensivo alisaba sus cabellos. Y se alargaban ante él, profusas, las rutas avorosas. (Así viajó siempre, antes de que las auroras inéditas surgieran detrás del perfil brusco de la noche.)

De la selva tenaz y de la tierra húmeda, había tomado una rama y unas piedras. Luego, se quedó pensativa su alma pulcra. ¡Pero aquello no era de nadie! Y Atlante, el viejo Atlante, ¿no robó un continente? Caminó mucho; y, siempre reflexivo, anduvo... anduvo... anduvo... E, indeciso, imploraba a los cielos con gesto iluminado.

Fué por la mañana, al fin, cuando San-Yan-San se dio cuenta de que, aunque quisiera, ya no podía restituir aque llas cosas, las piedras y la rama, y reintegrarlas al lugar de donde las había tomado. Pero no quería seguir con ellas. Y como pudiera ser que a otro viandante le fueran útiles, decidió, cumplida esa jornada, dejarlas en el camino.

—¡Ah!—dijo.—¡Si así pudiera siempre dar bienaventuranza!

Y antes de echarse a descansar a la sombra de un álamo frondoso, tiró al aire las piedras... ¡Y se volvieron aves!... Luego, entró su báculo... ¡Y se cubrió de flores!...

VIII

San-Yan-San, el magno cenobarca que amaba las piedras y las rosas; el que imprudentemente puso en la pupila verde de la mujer rubia el abismo donde el hombre sucumbe, (todo, por darle cuna al vértigo), se detuvo de repente en la encrucijada de los tres senderos.

La tarde, azul y caliente, desvanecía sus ojos íntimos por los viejos caminos polvorientos:

Uno, iba hacia el contrito vallé del arrepentimiento. Era una estrecha cinta gris, en zig-zag, un rústico sendero pedregoso. Se alejaba, desierto, olvidado de todos. Y sobre sus silencios, el silencio caía...

Otro, se alargaba como una esperanza. Era un ancho sendero, recto como una buena intención. Terminaba en el Valle de las Ilusiones y estaba lleno de poetas y de suspiros. (Y, también, de perfume de jazmines.) Una bandada de besos volaba sobre la desperdeada gracia del trazo infinito...

Gota a gota, lentamente, San-Yan-San bebió de la gracia fortuita de la tarde y se empapó de su fervor delirante. Pero no siguió esta senda.

El tercer camino, angosto y retorcido, orillado con ásperos zarzales, llegaba al pálido Valle del Desencanto. Una ráfaga antigua de oscuro desengañó encrespó la cabellera del viento que cruzaba. Y San-Yan-San miró a lo alto, a lo infinitamente azul; miró a lo lejos, a lo infinitamente incierto. Y aún vaciló...

Caía la tarde, diáfana y mullida; lánguida, con un temblor desconocido.

Y San-Yan-San, ya en sombras, avanzó en el camino... hacia el exhausto Valle de la Desolación...

La de MASCARA FU-MANCHU

SINOPSIS DE LO ANTERIORMENTE PUBLICADO

Si-Fan, una poderosa organización secreta, proyecta una revolución mundial. Los conjurados deben posicionarse de ciertas "sagradas" reliquias de El Mokanna, el "Profeta Velado de Korasán", muerto hace mucho tiempo. El insidioso doctor Fu Manchú es su jefe.

Las reliquias las tiene Sir Lionel Barton, conocido orientalista. Aunque uno de sus asociados es asesinado mientras las custodia, Barton resuelve quedarse con ellas a toda costa. Con los miembros de su grupo (Sir Denis Nayland Smith, gran detective; Shan Greville, que cuenta la historia, y su bella prometida, Rima Barton, sobrina de Sir Lionel) se dirige a El Cairo. Allí se encuentran con el doctor Petrie, compañero de anteriores expediciones.

Tienen lugar entonces fantásticas aventuras... Greville, bajo la influencia de una misteriosa droga que lo pone en poder del doctor Fu Manchú, le entrega a Rima. Cuando se disipan los efectos de la droga, Greville no recuerda nada, salvo que Fah Lo Suee, la linda hija de Fu Manchú, ha tenido que ver en todo aquello; y además una vez oyó decir a un mendigo lisado: "Será coronado en Damasco". Lo que es mucho más raro, se encuentra en su cartera una carta de Fah Lo Suee, conteniendo una pastilla que le insta a que se la tome.

La búsqueda de Rima es desesperada pero inútil. No se atreven a notificar a la policía. Al fin Sir Lionel recibe la visita del señor Adrian Aden, agente de Fu Manchú. Como se lo sospechaban, guardan a Rima para conseguir por ella un rescate, que pretenden sea ni más ni menos que las reliquias. Acuerdan, pues, una cita en la Cámara del Rey, en la Gran Pirámide. Ambas partes convienen en una tregua de diez minutos después del trueque, más Nayland Smith esconde gente con la esperanza de poder recobrar a Rima cuando la lleven a la Gran Pirámide. Pero el plan fracasa. No se ve a nadie entrar en la pirámide.

Smith se desconcierta. Estaciona afuera a Sir Lionel y al doctor Petrie y él y Greville, con las reliquias entran silenciosamente en la tumba. De repente Smith habla: "¿Escucha? ¡Escucha, Greville! ¿Lo oyes?"

Vagamente llegó a más oídos, sin que pudiera imaginarme siquiera de dónde procedía... En aquel paraje, a aquella hora, resultaba tan fantástico que helaba la sangre: ¡El sonido vago de un gongol!

Su efecto era indescriptiblemente pavoroso; su propósito incomprensible. A la luz de la linterna sorda y vil las facciones torvas de Nayland Smith.

—¿Qué será eso?—murmuró.

—Una señal,—le replicó en voz baja,—para avisarle a alguien que estamos aquí.

—Dios sólo sabe cómo habrán entrado, pero, como ves, Greville, yo tenía razón. No estamos solos.

—Hay en eso algo de horrible—dijo inquieto. Y miré para arriba, hacia la oscuridad que teníamos que explorar.

—En efecto—convino Nayland Smith sin alterarse.—Pero la cosa tiene su lado bueno al igual que su lado malo. El bueno es que parecen ignorar la existencia de nuestro cordón; el malo que hayan entrado aquí sin ser vistos por nuestro piquete de vigilancia.

El silencio, ese mortal silencio característico del lugar, había vuelto a envolvernos como un manto. Hondamente confieso que creo era sólo el recuerdo de Rima lo que me sostenía. En aquel momento fué cuando lo difícil y arriesgado de nuestra empresa se me presentó con claridad meridiana. Estar allí era... ¡una locura!

—¿No estará usted a punto de caer en una trampa, Sir Denis?—le dije.—No hablo desde el punto de vista del doctor Fu Manchú, sino...

—Pero—contestó atajándose.— como experto, dígame usted qué utilidad van a sacar los agentes de Fu Manchú, si disponen de mí, lo que, acaso, lo confieso, pudiera convenirles. En este momento seis hombres vigilan la entrada. Hay disponibles

sesenta más por si se intentara alguna incursión de árabes.

—Convento en ello, pero ¡el gongol! Si entraron sin ser vistos lo mismo pueden salir.—Se me quedó mirando; sus ojos tenían destellos de acero a la fría luz de la linterna.

—Había esperado que le pasara desapercibido ese dato—me contestó; —porque nos reduce a nuestra única verdadera salvaguardia: la palabra de Fu Manchú. En todos los años que hace que vengo luchando por su destrucción, querido Greville, nunca lo he visto quebrantarla. No nos molestarán durante diez minutos después de que se nos haya entregado a Rima. Luego... se soltarán los canes de la guerra... y ¡a continuar!

—Diez minutos después de habernos entregado a Rima?... ¿Será en realidad tan ciega su fe en la palabra de Fu Manchú?

Seguimos adelante y en ascenso, y al cabo de un rato nos encontramos en un negro corredor verdadera, ente espantoso que se comunica con el corto pasadizo que conduce a la Cámara del Rey, pero que (como había siempre sostenido Sir Lionel) por su mi-ma forma destruye de un golpe la teoría, aceptada y propagada por muchos nombres famosos, de que aquel majestuoso monumento se erigió para tumba del faraón Khufu.

Automáticamente dirigí la luz de mi linterna más arriba. Aquella vasta y misteriosa calzada estaba vacía, hasta donde podían penetrar los débiles rayos.

Subimos a la rampa de la izquierda y comenzamos la ascensión. Siglos de silencio nos envolvían y, por raro que pareciera, no sentí el menor deseo de exteriorizar las mil preguntas que me bullían en el cerebro. Una imagen me conducía; parecían oír mi propia voz pronunciando un nombre: ¡Rima!

Trepé con mayor celeridad. Tal

por **Sax Rohmer**

vez aquello sería una trampa, pero según las pruebas que teníamos, nadie había entrado en la pirámide aquella noche; aunque yo había oído con bastante claridad el sonido del gongol... y los dervishes venían reuniéndose en Gizé...

Llegamos al pasadizo horizontal que da a la Cámara del Rey; y ambos nos detuvimos instintivamente. Yo miré para atrás por el declive que habíamos ascendido, hasta donde alcanzaba la luz de mi linterna. Nada se movía.

—¿Tendrías la bondad de hacer las veces de acémila, Greville?—me dijo Nayland Smith con voz entera. Acto seguido me entregó la caja. La entrada a la cámara abríase ante nosotros. Sir Denis sacó del bolsillo una automática, la examinó y la volvió a guardar. Luego, dirigiendo un rayo de luz hacia la baja abertura ordenó:—Sígueme de cerca.

Vacílo un momento—cuálquier ser humano hubiera vacilado—y luego, bajando con cuidado la cabeza y alumbrando por delante por el pasadizo de piedra, echó a andar. Yo lo seguía apretando con la mano desocupada mi pistola.

Distinguí el final del pasadizo cuando Nayland Smith llegó a él; vislumbré el piso de ese extraño recinto que tantos miles de personas han visitado, pero que nadie ha comprendido bien; y luego, entrando tras él, me enderecé a mi vez. Al hacerlo abrí la boca llena de esioyot y apenas pude reprimir un grito... De repente se hizo una luz intensa. Iluminado de tal suerte el lugar presentaba un aspecto poco familiar. No se veían murciélagos. La cámara parecía más elevada de techo y por eso mismo más misteriosa. La lámpara que de tal manera la iluminaba—una lámpara globular muy rara—era tan potente que yo no me podía imaginar de dónde derivaba su energía.

Se hallaba situada en una mesita, colocada junto al famoso cofre; y detrás de ella, de suerte que la luz de la lámpara cayera de lleno sobre él, había un hombre—al parecer, el único en la Cámara del Rey—sentado en una silla de junco de un tipo corriente en Egipto. Tocábase con una gorrita negra terminada en una bola de coral; vestía una sencilla túnica amarilla. Sus ojos estaban fijos en Sir Denis. Era el doctor Fu Manchú.

Nayland Smith seguía de pie sin hacer el menor movimiento. La luz de su linterna clavada en el suelo a sus pies. Aquellos increíbles ojos verdes al otro lado de la luminosa globular lo contemplaban sin pestañear.

Como supuse a la sazón—aunque, desde luego, estaba equivocada—sólo había visto al doctor Fu Manchú una vez en mi vida. Y al verlo ahora, no



té en él un cambio asombroso. Aquel rostro maravilloso, poseído siempre de inmutable dignidad, parecía el rostro de un hombre más joven. Y el poder que irradiaba de la percha de aquel ser formidable era de un carácter que no espero poder expresar. Parecía andar fuerza. La energía nerviosa de Sir Denis casi podía sentirse, pero la que emanaba del doctor Fu Manchú vibraba con una intensidad que daba pavor.

No puedo decir el tiempo que transcurrió en el total silencio de aquel extraño para una cita pero los segundos me parecieron interminables.

La atmósfera era cabizca, asfixiante. La cabeza me daba vueltas. Lancé una rápida mirada para Sir Denis. Tenía los dientes apretados y estaba seguro de que su diestra, metida en el bolsillo, repasaba sobre su autobiografía. No sabía yo a quien o qué cosa había esperado encontrar, pero todas las líneas de su grave rostro me decían que ni un solo momento anticipara hallarse con el doctor chino.

Fué este último quien rompió el silencio insoportable:

—Volvemos a encontrarnos, Sir

Denis, encuentro que veo no esperaba usted. Sin embargo hubiera podido suponerlo.

Fu Manchú hablaba con voz fría, sin emoción, y salvo por algunos sonidos guturales y de vez en vez uno que otro sibilante, su inglés era perfecto, correcto hasta el punto de ser pedante, pero sin el menor acento extranjero. Recordé que, según Petrie, el doctor chino hablaba con facilidad con todas las lenguas civilizadas y muchos idiomas y dialectos bárbaros y salvajes.

Había leído con avidez cuanto escribiera mi amigo acerca de Fu Manchú durante los años en que él y Sir Denis guerrearón casi sin tregua contra su gran adversario; mis lecturas abarcaban centenares de cuadernos de notas de Petrie que jamás había éste publicado. Agolpábase ahora los recuerdos en mi mente, al verme frente a frente con aquel hombre grande pero malvado. Quisiera poseer la facilidad de estilo de Petrie. Creo que su pluma hubiera podido hacerle mayor justicia a una escena para describir la cual, la mía titubea no pocas veces.

—Me vió usted en Ispa'an,—continuó la voz serena del asiático. Su efecto en aquella cámara cerrada era indescriptible.—Y antes, ya conocí usted mis métodos. Burló usted a que actuaban en mi nombre y yo llegué tarde para rectificar su error del pasado. Y puesto que ni Sir Lionel Barton ni nadie estará en posición de probar que las reliquias estuvieron en su poder, no será aceptado por nadie.

—¿Y la relación de usted con el movimiento?

—Es bien acogida por todos, puesto que los ideales de los Si-Fan están en armonía con los propósitos de esas sectas musulmanas que usted ha mencionado, Sir Denis. Los subterfugios son inútiles entre nosotros. Una cosa, una sola cosa puede derrotar al Nuevo Mokanna: su fracaso en presentar estas pruebas de su misión que, supongo me traen ustedes esta noche...

—El truco de la caja de Sir Lionel Barton—continuó Fu Manchú y su modo peculiar de pronunciar el nombre del jefe produjo en mí un efecto horripilante—necesité de este viaje a Egipto, con muchos inconvenientes personales. Llegué una hora después que usted. Por lo tanto, Sir Denis, puesto que ya sabe usted con quien tiene que tratar, y puesto que con mis actuales recursos inadecuados no tengo a nadie cerca de mí en cuyos servicios descansar, ¿tiene algo de singular el que yo le salga al encuentro personalmente?

—No—contestó Sir Denis al cabo, sin quitar la vista de aquella cara amarilla surcada por arrugas.—Es característica de su gigantesca impudencia.

En el rostro de Fu Manchú no hubiera podido leerse expresión alguna, salvo que sus ojos—largos, estrechos y de un color verde brillante que solo me merecen el calificativo de anti-naturales—parecieron por un momento velarse levemente.

—Ha jugado usted la única carta que no podíamos derrotar nosotros—prosiguió Sir Denis;—y aquí...— y señaló para la caja que yo había colocado en el suelo—está el precio que usted pide. Pero, antes de proseguir...

—Yo sabía lo que iba él a decir, y lo dije por él, lo grité colérico:—¿Dónde está Rima?

Durante un momento los verdes ojos oblicuos fulguraron en mi dirección. Sentí la fuerza de aquel intelecto enorme, y:

—Está aquí—dijo con voz queda el doctor Fu Manchú.—Ya dije que estaría aquí.

Las últimas palabras fueron pronunciadas como si nada pudiera ser más concluyente. Ya estaba yo a punto de ponerlas en duda, cuando percibí en ellas algo de indudable. El misterio mayor se me presentó escueto: ¿Cómo había podido el doctor Fu Manchú ganar acceso a aquel lugar, cuya entrada estaba vigilada desde la puerta del sol? ¿Cómo habría podido introducir allí a Rima?

—Sus móviles de usted,—dijo Nayland Smith, con entereza,—no me son muy claros. Este movimiento acerca ciertas sectas que supongo espera usted dirigir, tiene que deshacerse cuando se publiquen los hechos.

—¿A qué hechos se refiere usted?—inquirió con voz sibilante el doctor.

—Al hecho de que Sir Lionel Barton hizo explotar una bomba fuera de tiempo en la tumba de El Mokanna y que la luz que se vió en el firmamento en esa ocasión se debió a dicha explosión, al hecho de que nuestras reliquias fueron traídas por él a Egipto y devueltas a los conspiradores por coerción. ¿A qué se reducirá

el mito de un profeta renacido cuando se hagan públicas estas cosas?

—Eso no afectará en modo alguno la situación; será tenido por una ingeniosa propaganda como las que tantas veces se han empleado en el pasado. Y puesto que ni Sir Lionel Barton ni nadie estará en posición de probar que las reliquias estuvieron en su poder, no será aceptado por nadie.

—¿Y la relación de usted con el movimiento?

—Es bien acogida por todos, puesto que los ideales de los Si-Fan están en armonía con los propósitos de esas sectas musulmanas que usted ha mencionado, Sir Denis. Los subterfugios son inútiles entre nosotros. Una cosa, una sola cosa puede derrotar al Nuevo Mokanna: su fracaso en presentar estas pruebas de su misión que, supongo me traen ustedes esta noche...

Su fuerza de atracción y el vigor frío de sus palabras habían llamado la atención de Sir Denis, según pude notar, como antes había atraído la mía.

—Lo felicito,—dijo aquél con sequedad.—Su constitución parece a la altura de sus grandes responsabilidades.

El doctor Fu Manchú inclinó ligeramente la cabeza.

—Ya estoy otra vez en perfecto estado de salud, gracias,—contestó.—Y observo con satisfacción que usted también sigue siendo el mismo hombre vigoroso y sano de antaño. Ha tendido usted a mí alrededor un cordón de policías egipcios, como tiene usted derecho a hacer bajo las condiciones de su convenio. Espera usted atraparme, y ha actuado como yo, en su lugar, hubiera hecho. Pero yo sé que durante diez minutos después de concluida nuestra entrevista, no se

iba a suceder, pero Nayland y yo miramos instintivamente para atrás hacia la baja abertura que daba acceso a la cámara. Lo que en realidad sucedió trascendió a todo lo que yo hubiera podido imaginarme.

Un grito ahogado y un estremecimiento volvíéronme a la realidad:—Shan!

Rima, intensamente pálida a la luz extraña de aquella lámpara globular, se hallaba de pie, muy erguida, junto al cofre de granito!

El corazón me dió un vuelco, y luego pareció que detenía su ritmo, cuando la vi fijar en mi sus ojos suplicantes. Y Sir Denis, aquel hombre de nervios de acero, dió muestras de tal asombro como jamás le había visto exteriorizar en todos los años de nuestra amistad.

—¡Rima!—exclamó.—¡Buen Dios! ¿Has estado ahí escondida?

—¡Sí!—replicó ella, y vi que tenía las manos apretadas.—He hecho una promesa.—Y miró hacia la figura inmóvil sentada ante ella.—Fué mi parte del convenio.

Describiendo un amplio círculo en



me molestará. Conozco las condiciones y sé que mi seguridad está en que las cumplirá usted estrictamente. — Y dió unas sonoras palmadas.

—Yo no sé lo que esperaba yo que

fries un desmayo. Me manifestaba con un murmullo rápido e incoherente sus temores por mi seguridad, su felicidad de estar otra vez conmigo, cuando oímos las siguientes palabras pronunciadas en el tono igual y monótono que ya yo conocía:

—Sir Denis, he cumplido lo que prometí. Ahora le toca a usted...

Los últimos recuerdos, cuando me incliné para penetrar en el bajo pasadizo, siempre permanecerán vividos en mi mente.

Aquellas aureas reliquias del Profeta Enmascarado, uno de los más raros hallazgos de la arqueología, yacían fulgurantes en la estrecha mesa, a la luz de la extraña lámpara. El doctor Fu Manchú, con su barbilla puntiaguda descansando en sus manos cruzadas, los codos en la mesa, nos observaba fijamente.

Había cesado una de nuestras mayores preocupaciones. Respondiendo a una pregunta precisa de Nayland Smith nos aseguró que Rima no había sido víctima de ninguna "maldita droga o truco de los famas" (palabras de Smith). Y, tembando y aborreciendo al doctor Fu Manchú, por increíble que me pareciese, no se me ocurrió dudar de su palabra. Estaba loco por hacerle a Rima mil y una preguntas, pero antes que nada deseaba ver al cielo sobre mi cabeza, salir de aquellas tinieblas.

El Gran Corredor estaba vacío de punta a cabo. Y yo delante y Nayland Smith cerrando la retaguardia, fuimos dando traspies hasta el punto en donde se cruzaba con el pasadizo más estrecho. Al llegar allí me volví y escruté con mi linterna hasta donde alcanzaba su luz.

No se veía nada de particular. No podía menos de pensar que el doctor Fu Manchú se había quedado solo en la Cámara del Rey, con las preciosas reliquias.

Miré para Rima. Apretaba los dientes para no echarse a llorar y hasta fingió una sonrisa. Pero noté que estaba a punto de ceder.

—¡Pronto!—dijo Nayland Smith.—¡Acuérdate! ¡Diez minutos!

Más cuando pasando por el punto más bajo, comenzamos a ascender hacia el aire libre, no sé por qué no podía dar crédito a la idea de que el doctor Fu Manchú había hecho todo aquello sin ayuda de nadie. Volví a detenerme.

—Aquí fue donde oímos...—comencé a decir.

Como si mis palabras fueran la señal, desde aquella parte, imposible de definir en aquellas circunstancias, llegó a nuestros oídos el sonido vago de un gong.

Rima se apretó contra mí convulsivamente. En aquel antiquísimo corredor, en el corazón del más extraño monumento que ha erigido la mano del hombre, resultaba el ruido más pavoroso que hubiera podido conjurar a la imaginación.

—No temas, Rima,—dijo Nayland Smith.—Es solo la señal de que ya ascendemos.

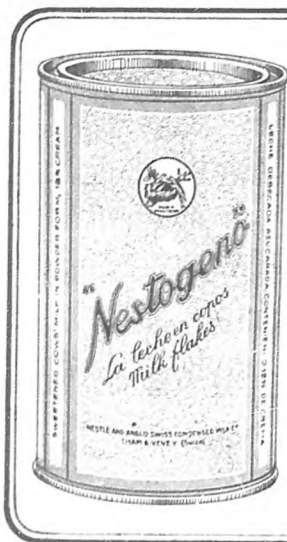
—¡Oh!—exclamó ella.—¿No puedo soportar esto mucho tiempo? ¡Sírame pronto de aquí, Shan!...

Seguí andando lo más deprisa que pude. Como lo habíamos dispuesto, el doctor Petrie con cinco hombres se hallaba justo a la entrada.

—¡Gracias a Dios, Petrie!—exclamó Nayland Smith con voz bronca.—¡Ya la tenemos! ¡Aquí está! ¡Cuidado bien, viejo!

Al ver al doctor, la fortaleza extraordinaria de Rima, cedió al fin; y se dejó caer en sus brazos con un grito

torno al siniestro chino, corrió hacia mí y pronto la tuve en mis brazos. La estreché fuertemente y le acaricié el cabello. Estaba a punto de su-



NESTÓGENO

El alimento más similar a la leche materna.

En la crianza de niños, sus resultados son maravillosos.

Preparado por

NESTLÉ

De venta en Droguerías y Farmacias

LA MASCARA DE FU-MANCHU

(Viene de la Pág. 15.)

ahogado, poniéndose a sollozar histéricamente.

—¡Rima, mi vida,—exclamé yo — ¡Rima!

Petrie, sosteniéndola con una mano, me hizo señas con la otra de que siguiera, asintiendo al mismo tiempo con la cabeza para darme a mi valor.

—Vamos, Greville,—dijo Nayland Smith.—Está en buenas manos y por el momento se hallará mejor sin ti.

Habíamos quedado—y confieso que nunca me atreví a esperar que nuestro propósito se llevara a cabo—en llevarla a Mena House. Abajo en las arenas al pie del declive estaban Sir Lionel y Hewlette. Y en el momento en que salté del último escalón:

—¿La han recuperado ustedes? ¿Está sana y salva?—preguntó con voz hurafía el jefe.

—Sí, está con Petrie. La pobrecita no ha podido contener más sus nervios... y no me extraña,—replicó Nayland Smith.—Pero no le ha sucedido nada malo. Barton. Déjela usted con Petrie.

—¿Dónde ha estado? ¿Cómo sucedió la cosa?

—Es imposible preguntarle nada hasta que se serenen sus nervios. ¿Tiene algo que informarme, Hewlette?

—Estoy abismado, Sir Denis. Pero, gracias a Dios, tienen ustedes a la señorita Barton. Hay una cosa: pocos minutos después que entraron ustedes, cuando no acercáramos a la pirámide oímos un horrible sonido como de prolongado lamento...

—¡El bramido de un toro, Smith!—gritó el jefe.—Pero Dios solo sabe donde diablos estaba escondido el que metía semejante ruido; no lo vimos por ninguna parte.

Nayland Smith miró de soslayo para mí.

—Tal vez la respuesta a la señal del gongo—murmuró.—Pero ¿cuál se dejaría oír primero? ¿Y cómo uno de los que hacían la señal oír al otro?

Vi a Hewlette consultar la esfera luminosa de su reloj-pulsera.

—Quedan tres minutos para marchar, Sir Denis,—anunció.—¿Cuántos hay allá dentro?

—Uno nada más—replicó Nayland Smith con voz extrañamente apagosa.

—¡Uno!—exclamó el jefe incrédulo.

—Uno, pero el mayor de todos.

—¿Cómo! No me querrá usted decir...

—Eso mismo es lo que quiero decirle, Barton. Dejamos a Fu Manchú solo en la Cámara del Rey.

—¡Cielos! Entonces a pesar de toda su astucia...

—Ha caído en la trampa—concluyó Hewlette.—No me explico cómo habrá entrado; cómo habrá introducido allí a la señorita Barton. Pero lo cierto es que no podrá salir.

Hablaba con razón, pues fuera de aquel Gran Salón o Gran Corredor por donde habíamos pasado hacía poco, no hay otra entrada a la Cámara del Rey, y las dos salidas de la pirámide estaban custodiadas.

El doctor Petrie le dio a Rima un somnífero y la metimos en cama en el espacio hotel que está a orillas del desierto. A pesar de todas nuestras precauciones, habíanse filtrado rumores de que sucedía algo insólito.

Mientras cuando llegamos el hotel había estado todo tranquilo, con pocas habitaciones iluminadas, ahora prevalecía en todo él un aire de expectación. Numerosas personas al parecer vestidas a toda prisa, formaban no pocos grupos. Habíamos introducido a Rima por una entrada lateral, pero en el salón de espera y en la terraza topé con muchas miradas curiosas.

Y había otra circunstancia más perturbadora. En el camino, y junto a la puerta siempre plagada de arribanones durante el día, habíase congregado un grupo como de cuarenta indígenas, de una clase con que no suele uno encontrarse a menudo. Era un grupo de las aldeas del desierto casi todos, y aunque guardaban raro silencio, percibí varios furtivos apertres que me parecieran francamente hostiles.

Por impaciente que me hallara de verme a los que se habían quedado junto a la pirámide, haciéndose imposible partir en el acto, Petrie estaba con Rima, a la que había puesto al cuidado de una enfermera local. La

pobre no hacía más que despertarse de continuo y llamarme con plaudos. Los veces me llevaron a su alcoba para tranquilizarla. Su disposición mental era de lo más misteriosa. Parecía obsesa por la idea de que me había ocurrido una desgracia.

Por último se había quedado dormida con una de mis manos fuertemente asida, tras de lo cual pude escurrirme sin despertarla. Y mientras me pasaba inquieto por el salón de espera, se me acercó de repente el doctor Petrie.

—La está bastante bien, Greville,—anunció,—y la señora Adams está a su lado.

—¿Llamamos?—le pregunté.

—Seguro! La máquina está afuera. Pero negaremos demasiado tarde para...

Yo sabía lo que él iba a decir; y sabía también por qué titubeaba. Los datos físicos, matemáticos, de la situación no admitían dudas; pero mientras más consideración le prestaba yo a la cosa más claro me hacía creer que un hombre de... efecto de su agencia se hubiera metido voluntariamente en aquella ratonera.

Ya que sabía como había entrado él en la pirámide y como habían introducido allí a Rima, además había introducido aquella lampara singular, la mesa y la silla árabe. Ahora tenía también allí las reliquias del profeta.

Mientras recorríamos la cazadilla de arena rumbo a la carretera, observados con gran curiosidad por varios resistentes que sin duda habían presenciado que el asunto que nos llevaba allí era de carácter inusitado, fuimos dar cara a cara con el grupo de nativos cerca de la verja. De una ojocada noté que habían recibido refuerzos. Ahora predominaban los turbanes negros de los "rifayeh".

—Esto me da mala espina, Greville—dijome a media voz el doctor Petrie.

Encontramos muchos individuos sueltos de idéntico tipo en la carretera corta y retorcida que conduce a la meseta; seguramente irían a reunirse con los congregados ya junto a Mena House. Pero tanto la mente del doctor como la mía estaban fijadas en aquel momento en el problema de mayor importancia; y cuando cogimos la última curva y percibimos la mole ingente de la gran pirámide:

—Sabes, Greville—me dijo Petrie,—que se me ha quitado un peso de encima? Honradamente creo que la posesión de las reliquias de Mokaana no harán mucho por el movimiento ese.

La seguridad de Rima se compraría todavía barata a cambio de todas las reliquias del museo de El Cairo.

—A mí me parece lo mismo,—confesé.—Aunque, desde luego, esas cosas son inapreciables, únicas.

—¿Qué únicas, ni únicas!—contestó Petrie.—¿Qué hay! ¿Quién va?

Era un policía que había alzado el brazo.

—No puede usted pasar por aquí, señor—nos gritó y se adelantó cuando Petrie hubo frenado.

Los dos nos apeamos. La noche era muy oscura, como ya he dicho. Al apearnos, el policía volvió sobre nosotros la luz de su linterna.

—¡Oh!—añadió.—Si son el señor Petrie y el doctor Greville, ¿no?

—Al revés,—contestó Petrie riendo.

—Tendrán ustedes que seguir a pie desde aquí. Tengo esas órdenes.

—No importa. De todos modos no hubiéramos podido ir en la máquina mucho más lejos. ¿Hay alguna noticia?

(Pasa a la Pág. 18.)



La Raza Humana

por Ofelia Rodríguez Acosta

JOSEPH Roth es un novelista alemán contemporáneo. Es mucho más y mejor que éste: es un escritor moderno. Por su estilo, de una ternura viril, de una vigorosidad suave. Tiene esa manera de decir, honesta, dulce y fuerte, de un Panait Istrati, de un Victor Serge, de un Elías Eremburg.

Como éstos, es moderno en la forma ágil, deslustrada y poética a un tiempo; y en la visión, amplia, denunciadora, plena de reacciones rebeldes.

"Job", la humanísima novela de Roth, viene a cumplir esa urgente función social del arte utilitario del que escribimos algo la semana pasada.

Como "Los Hombres en la cárcel", como "El amor de Juana Ney", "Job", es una obra de un extraordinario revolucionarismo espiritual. Es la novela de una familia judía. No vamos a hacer ahora una crítica literaria de "Job" porque, como hemos repetido insistentemente, no estamos investidos de la capacidad ni la misión del crítico; y, ahora, además, porque nuestro propósito es sólo tratar de extraer el sentido a la vez poético y realista de la obra. Es, sobre todo, tomar pretexto de esta novela para clamar una vez más, con la misma convicción y el mismo entusiasmo ideológico de siempre, por la supresión de los privilegios raciales: por la reivindicación y el derecho de las razas humildes y preteridas.

De todas aquellas que el blanco mira y trata con más injusto desdén, y con mayor crueldad soberbia; de todos aquellos pueblos que reciben de los llamados superiores un trato más vejaminoso y bárbaro; de todos aquellos seres, entre los predestinados de la repulsión, del odio de los que se creen privilegiados de la vida, acaso el judío sea el que más ha sufrido, el que más han humillado, el que sabe más del egoísmo y de la maldad humana.

No cabe destino más absurdamente triste, ni vida más injustamente miserable que la suya. Parece como si para todos los Mandel Singer y para todas las Deborah de ese pobre y repudiado pueblo judío, no pudiera haber paz y amor en la tierra, como si, efectivamente malditos, tuvieran que andar por el mundo errantes: errantes de la felicidad, del calor humano, mendigadores de la sociedad, cosechando sólo vilipendio y ultrajes.

Su mayor orgullo ha degenerado en su más grande desgracia: el origen judaico de Jesús. Su deshonra parece estribar en que fué el pueblo que crucificó y negó a Cristo. ¡Qué pueril, qué impudico resulta esto en los tiempos que corren! ¿Acaso no se volvería Jesús contra nosotros, pueblos criminales, corrompidos, que hemos creado el capitalismo como una reprobación de todas sus doctrinas?

"Ganarás el pan con el sudor de tu rostro"—dijo Jesús; y Lenin, "El que no trabaja no come".

Jesús ampararía al judío contra el cristiano, corrió-

do de vicios y pecados, que se atreve después de mil novecientos treinta y dos años de una historia de horribles matanzas, de atroces crímenes morales, de "salvajismo civilizador", a maldecir, a perseguir, a negarle el disfrute normal de la vida, a un pueblo lleno de virtudes esencialmente cristianas, en su principio eterno, como lo es el pueblo judío.

¡Nosotros, esclavos viles del oro, tarados de ambiciones bastardas, cobardes, perversos, imbeciles, erigiéndonos en amos y señores del judío, del negro, del chino! ¡Nosotros, castigando en nombre de Cristo al pueblo judío! ¡Nosotros esclavizando al negro, en nombre... ¿en nombre de quién, Norte América? ¡Nosotros tratando a punta de "diplomáticos" y a ametallazos contundentes, a la India, en nombre... ¿de quién, Inglaterra? ¡Nosotros, los grandes, los "civilizados", los cristianos, los blancos privilegiados, los seres superiores, imponiéndonos a sangre y fuego a los moros, en nombre... ¿de quién, España?

Y por todos los que nosotros hemos crucificado y negado. ¿quién nos persigue, nos condena? Mientras aún, a través de tantos miles de miles de años, nosotros le estamos cobrando a los judíos la cuenta de un remoto hecho histórico en cuya moral hemos incurrido tantas veces. ¿quién nos cobra a nosotros los terribles hechos históricos inmediatos en el pasado, y actuales, concretamente actuales?"

Por fortuna, en justicia, todas estas absurdas diferencias raciales vendrá a ser, relativamente pronto, episodio en la Historia del mundo civilizado, y asistiremos a la instauración y reconocimiento de La Raza Humana, socialmente considerada.

El determinismo histórico, pasando por sobre los postulados de humildad, dulzura y paciencia de Jesús, marca ya la era del supremo advenimiento de una Raza Humana, genuina, igualitaria. Porque según dijo, (si no recordamos mal, pues no tenemos a mano los libros sobre los que rectificamos la cita) Henri Barbusse, en el mundo no existen actualmente más que dos razas: la explotadora y la explotada.

En efecto, subsisten, en la realidad tradicional, estos problemas raciales, como los religiosos, los morales, etc.; pero deducido su origen de todo el aparato económico que sostiene por hoy "las situaciones" internacionales, "las posesiones" o los baluartes de las ideas, la lógica histórica establece la conclusión científica de que, en el fondo, en principio, no hay más que dos razas: la opresora y la oprimida, como no hay más que una razón explicativa, la económica del sistema burgués, en todos los otros conflictos de religión, moral, patriotismo, feminismo, etc., etc.

Para entonces, Mendel Singer, personaje admirable del talento novelístico de Roth, "tu raza" será un ingrediente elemental, esencial, de la Gran Raza Humana.



La papada afea la cara

... he aquí un tratamiento para corregir este defecto



CUANDO se dé usted masaje, no golpee los tejidos. Use de un movimiento de rotación, ligero y suave, como se ve en el grabado. Para que el tratamiento sea eficaz deben estar limpios los poros. Lávese con el Jabón Palmolive.



Tamaño Natural
En este tubo de cristal ve usted la cantidad exacta de aceite de oliva que entra en cada pastilla grande del Jabón Palmolive.

PO2 - 325

JABÓN PALMOLIVE

LA MASCARA DE FU-MANCHU

(Viene de la Pág. 16.)

—Que yo sepa no. Tengo entendido que todavía están registrando el interior.

—¿Cómo! Si no hay más que dos habitaciones, dos espacios que registrar!—exclamé yo. —Digo, a menos que estén registrando la aguja de Davison.

—Vamos, Greville,—dijo Petrie abreviando la conversación. —Véa-

moslo en persona. Tú puedes ser de mucha utilidad, pues debes conocer todos los resquicios y escondrijos del lugar.

—Así es, pero también el jefe los conoce... y se halla en el sitio.

Otra vez se nos dió el alto al llegar al pie de la pirámide; era un sargento que supuse estaría al frente del cordón de policías.

—Está bien, señor,—díjome al reconocerme.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién está allá dentro?

—El superintendente interino, señor, Sir Denis Nayland Smith y Sir Lionel Barton, acompañados de tres hombres.

—¿Y ninguno ha salido?

—Ninguno.

Petrie se volvió hacia mí en la oscuridad.

—¿Subimos?—me propuso. Cuando hubimos trepado hasta la entrada hallamos cuatro hombres. Nos dejaron pasar en seguida y cuando me encontraba a punto de entrar el primero, una voz ahogada llegó a mis oídos desde el interior:

—Le digo que es una triquiñuela, Smith. Se ha escabullido no sé cómo. Era el jefe.

Di un paso hacia atrás y sentí, porque no les podía ver la cara, una atmósfera de tensión entre los cuatro policías de guardia allí.

—Aquí hay traición. Alguien se ha dejado comprar.

La voz alta e irascible ofase cada vez más cerca:

—Todo eso es increíble, Greville,—dijo Petrie en voz alta;—pero evidentemente Fu Manchú ha logrado, quien sabe cómo, escapar, tan misteriosamente como entró.

—Supongo que no habrá duda de "nosotros"—se oyó decir con voz penetrante; y uno de los cuatro hombres, a quien observándolo de cerca, vi que era un sargento, se adelantó hacia nosotros. —Yo soy responsable al superintendente interino, por eso no me importa lo que diga el otro caballero. Pero le doy mi palabra de honor de que nadie ha salido de este lugar esta noche desde que salieron ustedes con la señorita.

—No lo dudamos, sargento,—replicó Petrie. —Sir Denis no lo dudará tampoco. No deben ustedes hacerle mucho caso a Sir Lionel Barton, que, naturalmente, está un poco perturbado.

—Puede ser...—comenzó el hombre cuando:

—¿Quiénes están de posta aquí?—mugió el jefe, saliendo repentinamente de la abertura.

—Un momento, Sir Lionel,—interrumpióle una voz llena de calma; y vi a Hewlette asirle el brazo. —Yo soy el responsable por los hombres de servicio aquí. ¡Sargento!

—Señor.

—¿Tiene usted algo que informarme?

—Nada, señor.

—¿Es una miserable triquiñuela!—gruñó el jefe.

Nayland Smith salió el último, me vió en la oscuridad y:

—¿Anda todo bien, Greville?—preguntó con entereza.

—Hemos logrado hacerla dormir,—replicó Petrie. —Todo está bien. Pero esto es para mí incomprensible, Smith.

—¿Lo es!—contestó el aludido.—Pero, ni que decir tiene que yo lo anticipé.

—¿Es una triquiñuela, un truco!—erró el jefe.—El hombre ese es un hechicero... siempre lo ha sido. ¿Cómo metió ahí a Rima? ¡Maldito sea! ¿No podemos preguntárselo a ella?

—Esta noche no le preguntaré nada, Barton,—repuso Petrie sin alterarse. —Y por la mañana tampoco hasta que yo te dé permiso.

—¿Gracias!—fué la respuesta. —Te recordaré en mi testamento. —¿Estaba verdaderamente airado y: —¿Dónde está Greville?—acabó preguntando.

—Aquí estoy.

(Pasa a la Pág. 56.)

DE LA ESPAÑA DE HOY



UNA FIESTA EN HONOR DE TOMAS BRETON, EL AUTOR DE "LA VERBENA DE LA PALOMA".—Un grupo de los participantes en tan lucido acto, entre los que pueden verse a los escritores Antonio Casero y García Sánchez, bien conocido de nuestro público este último.



LAS MANIOBRAS DE LA ARTILLERIA EN CARABANQUEL.—La foto muestra un grupo de cadetes emplazando una pieza de artillería ligera, en el campo de maniobras.



A la voz de "¡Fuego!", los cadetes hispánicos hacen tronar las piezas de tiro rápido.



EL PROCESO DEL FINANCIERO MARCH

—El x-Di pu ta do MARCH, expulsado de las Cortes bajo la acusación de practicar el soborno y el contrabando en gran escala, está siendo juzgado por los Tribunales de la República, que seguramente le condenarán. La foto le muestra en los momentos en que es conducido ante sus jueces

LOS EFECTOS DEL ENTUSIASMO TAURENO.

—Pilar García, entusiasta del arte de los valientes y matadores, durante uno de los momentos más emocionantes de primavera, vive en un estado de euforia que se ve en una Ley prohibiendo a las mujeres españolas dedicarse al antiespanto deportivo.

JABON CASTILLA

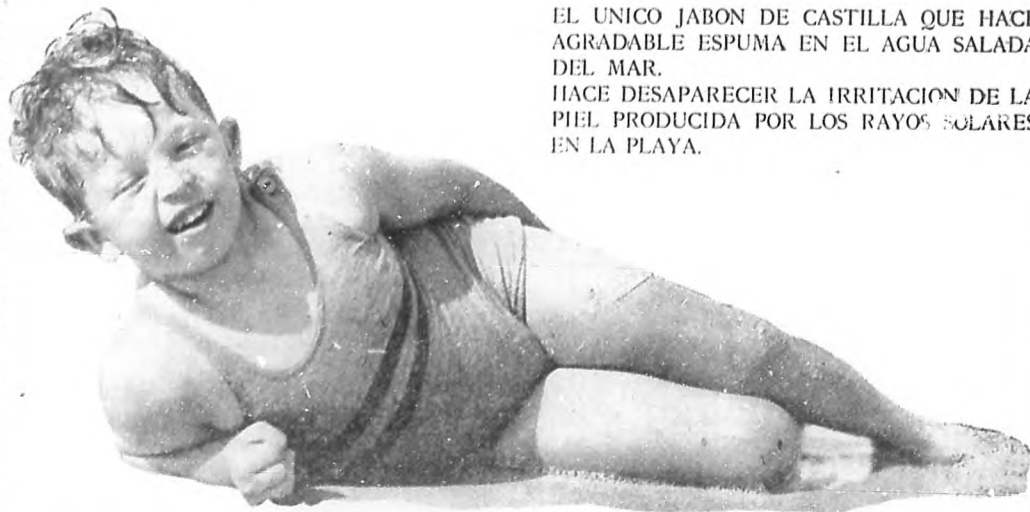
Goliath

ESPUMOSO

ELABORADO CON ACEITE PURO DE OLIVA

USELO EN LA PLAYA

EL UNICO JABON DE CASTILLA QUE HACE AGRADABLE ESPUMA EN EL AGUA SALADA DEL MAR.
HACE DESAPARECER LA IRRITACION DE LA PIEL PRODUCIDA POR LOS RAYOS SOLARES EN LA PLAYA.



CINCO CENTAVOS LA PASTILLA GRANDE

PIDALO EN FARMACIAS, TIENDAS DE ROPA, SEDERIAS Y

ESTABLECIMIENTOS DE VIVERES FINOS

SOLICITAMOS
AGENTES VENEDORES
EN TODAS LAS
POBLACIONES.

M. CABRERA Y CIA., S. EN C.

APARTADO 2482

HABANA.

CONCEDEMOS
REPRESENTACION
EXCLUSIVA EN
CADA PLAZA.

GUARDE LAS ENVOLTURAS Y OBTENDRA GRANDES PREMIOS.

Bohemia

Editorial

EL 14 DE JULIO

FRANCIA, y con Francia el mundo entero, ha rendido tributo a una fecha gloriosa.

El 14 de Julio de 1.789 marca el comienzo de una vida más libre y más justa. Aquel día sangriento e indiscutiblemente luminoso, aquel día de sublimes arrogancias populares y de sorprendente derrota para los señores a quienes cegaba el orgullo, luce como una de las graníticas bases que sirvieron de cimiento a la humana redención.

Como símbolo de todas las injusticias, como resumen de un período triste y bochornoso, la Bastilla ultrajaba al pueblo de Francia con la insolencia de sus torres e imponía espanto con la sombra de sus crímenes horrendos.

Una casta privilegiada, porque se creía fuerte, cínica e impunemente se burlaba de un pueblo en desdicha. La influencia cortesana y el favoritismo disolvente—haciendo escarnio de las necesidades públicas—convertían en guiñapos los derechos legítimos y la ley.

Unos cuantos hombres y reducido número de familias—como si los ungerian sagrados privilegios—humillaban a un pueblo generoso y le imponían el oprobio de organizaciones arbitrarias.

Poco a poco fué caldeándose el espíritu público francés. La ofensa que recibían personas, clases e instituciones, intensificábase al calor de recatadas protestas, convirtiéndose en ofensa de alcance colectivo. Y en todos los pechos de sanos latidos, como en todos los hogares puros, fueron arraigando sentimientos de esos que sirven de levadura para las hornadas victoriosas de la justicia y la libertad.

Pasan los años, se suceden las mudanzas más trascendentales en el universo, y la figura simpática de Camilo Desmoulin mantiene sus bellos perfiles, su espiritualismo insuperable. La silueta de aquel magnífico hi-

jo de Francia, iluminado cuando hablaba como un arcángel de supremas reivindicaciones en los jardines del Palais Royal, resiste la acción demoleadora del tiempo y de la crítica; y, no obstante el influjo de otras orientaciones, que reforman, alteran o destruyen conceptos de justicia estimados indestructibles, al recordarnos el almanaque la fecha que nos ocupa—fecha que dejó de ser francesa, para universalizarse—los hombres libres del orbe creen que escuchan el verbo cálido de Desmoulin recomendando el uso de la histórica escarapela, que en el asalto desenfadado simbolizaría la esperanza.

El choque entre los defensores de la Bastilla y las olas del pueblo atacantes, fué encarnizado, y la célebre fortaleza—rendida al empuje de una Francia rebelde—pasó a la Historia como algo representativo de un pasado muerto.

Las grandes conquistas de la Revolución Francesa no se han traducido plenamente en realidades. Si la patria de Foch y Victor Hugo puede sentirse satisfecha, porque no fué infecundo el sacrificio de tantas vidas preciosas, otros pueblos que se creyeron capaces de ser libres, y que lucharon bravamente por conseguirlo, viven todavía bajo el peso de más o menos disfrazada esclavitud.

Los suizos que se creían inquebrantables, cedieron al impulso de las masas francesas. La Bastilla tuvo fuerza bastante para ser durante algún tiempo como el baluarte de los orgullosos opresores. Un día el pueblo de Francia se dispuso a la contienda, y unos con armas—pero desarmados la mayoría—avanzaron los patriotas, que impusieron a la insolencia de la Bastilla el triunfo del bravo espíritu francés.

El 14 de Julio, todos los años, se sienten púbilos los pueblos que no sufren ignominiosas dictaduras, y esperanzados los que ven escarnecidas las libertades y la ley.

La Gran Clínica Habanera de la Asociación Cubana de Beneficencia



Esta sintética información gráfica recoge simples aspectos de la que se puede llamar justamente "la clínica modelo de la Habana": la de la Asociación Cubana de Beneficencia.

Esta "institución nacional de servicios médicos" (sub-título oportuno y autorizado) en casi veinte años de labor discreta pero enaltecedora, ha logrado conquistar la preferencia de los dos grupos en que se puede dividir los que hacen uso de sus servicios: los asociados de limitados recursos económicos y los que pagan accidentalmente por restablecer su salud.

Las cuotas del pobre hacen rica a la entidad para que el pobre pueda disfrutar de sus riquezas. El que paga por restablecer su salud debe reclamar algo más que cama y servicio médico. Requiere confort y ambiente plácido para él y para los que lo atienden.

Esto es la Asociación Cubana de Beneficencia; gran clínica médica en un lugar grato; un centro científico en un hotel de primera. La dificultad de su servicio está en quien lo presta y en cómo se presta; en la reputación de su prestigio personal facultativo, en los elementos modernos que se utilizan y en la condición del local donde se recluye el enfermo.

Esta página presenta la vista exterior del edificio de la Asociación Cubana de Beneficencia, en la Calzada del Cerro 440; un pasillo exterior, junto a las habitaciones; una de las salas de operaciones y un aspecto de los preciosos jardines que adornan el patio central. Y solo tienen estas líneas a invitar a todos los lectores de BOHEMIA para que acudan, en cualquier momento que estimen oportuno, a visitar la que está considerada por propios y extraños, como la clínica modelo de La Habana: la Asociación Cubana de Beneficencia.

DEL ULTIMO MINUTO



FIESTA DE FIN DE CURSO DEL COLEGIO "MAR A TERESA COMELLAS".—Con tal motivo fue celebrado un almuerzo en el restaurant "Encanto". La foto muestra parte de la distinguida concurrencia.



EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA ASOCIACION DE PROPIETARIOS DEL CERRO.—En honor de don Nicolás Paros se celebró este acto en que fue revelado un retrato del homenajeado, Presidente de Honor de la distinguida asociación.



LA ARISCA MISS CLUWARD Y SU GUARDA DE CORPS.—Esquivando a los reporteros, amenizando a los pasajeros y rechazando a las comisionadas de distintos clubs de clubes de La Habana, desembarcamos miss Nancy Cluward y su corpulenta Anselmo Calabouk. Parece que no es precisamente el deseo de estudiar la situación del negro en Cuba lo que motiva el viaje de la rica heredera inglesa.



WILLIAM HARRISON, EL HOMBRE DE ACEÑO, VISITA "BOHEMIA".—Acompañado de su representante Pablo Santos, recibimos la visita del vigoroso "Hombre del Oeste" a quien también acompañaba su esposa la señora Méndez. Los honores de la casa estuvieron a cargo de nuestro Galaz.



LA AVIADORA LIVINGSTON EN SANTIAGO.—Clara Livingstone, la intrépida aviadora antillana, nos muestra después de haber aterrizado felizmente en Santiago de Cuba, durante su vuelo New-York-San Juan (Punta Roca) con escala en la ciudad oriental.

Los bomberos tratando de sofocar el voraz incendio que se inició en los depósitos de madera instalados en Ayerán y Zaldo. La falta de agua hizo necesario el empleo de extinguidores químicos exclusivamente.



(Foto Mirada)



LOS JAPONESES ALIMENTAN A LOS NECESITADOS Y SIN EMPLEO.—El Ejército de Salvación de Tokio, alimenta a más de cuatrocientos indios sin pan ni hogar, suministrándoles una ración diaria de carne y arroz.



ULTIMA FOTO DEL EX-REY ALFONSO, que acompañado por la Marquesa de Carisbrooke visitó el Real Corinthian Yacht Club, donde se interesaron por un mampundi de pared y una tabla de las mareas y corrientes marinas.



AL GOBERNADOR ROOSEVELT RECIBIENDO LA FELICITACION DE LOS DEMOCRATAS DE ALBANY.—Una manifestación improvisada de más de quince mil demócratas, se congregó frente al edificio del Gobierno para felicitar al candidato.



A LOS ESPOSOS VANDELVERDE QUE VISITAN MADRID.—El líder socialista belga, acompañado de su esposa a su llegada a Madrid, con motivo del "Congreso de la F. Internacional Sindical" en la que tomará parte.



A Carlos Ibáñez, ex-Dictador de Chile, que ha regresado apresuradamente a aquel país donde ha pretendido fomentar una revolución contra el régimen de Díaz. Los últimos partes acusan la retirada de Ibáñez hacia sus propiedades del Sur, luego de fracasado el intento.



A Ramón Franco, as de la aviación española, Diputado recientemente electo por Sevilla y líder comunista, que acaba de solicitar del Gobierno la repatriación de los socialistas y comunistas exiliados a Villa Cisneros (Africa) con motivo de los recientes desórdenes. Cáceres Quiroga se opuso terminantemente en nombre del Gobierno aduciendo razones de orden y disciplina.



A Fernando Rein, piloto español que, a bordo de una avioneta Loring fabricada en su propio país, ha terminado el raid Madrid-Manila con éxitos. Al llegar a la Capital de las Islas Filipinas el aviador ha sido clamorosamente agasajado.



A LA FAMILIA DE MATTERN ESPERANDO NOTICIAS DE LOS AVIADORES.—(De izq. a der.) La señora de Mattern, la señora Müller, hermana del aviador y la madre del piloto que tiene en sus brazos la más pequeña de sus nietecitas, cachuchan, instaladas frente al radio los últimos reportes del raid Berlín-Moscú que pronto debe ser terminado accidentalmente en Minsk.



A LOS DOS ASES MOMENTOS ANTES DE PARTIR DEL AEROPUERTO DE FLOYD BENNET.—James Mattern y Benoit Gellin, momentos antes de iniciar la primera etapa del vuelo en que memoriza el record Post-Gates.

A LOS QUE DESCARTARON EL CERO DEL VAPOR "LEIFTH" HUNDIDO CERCA DE LAS COSTAS DE FRANCIA.—El Comandante Quilica Comodo por la derecha del barco de salvamento "Arctico", es felicitado por Percy MacIntosh (segundo de la izquierda) agente de la Compañía "Lloyd" al tener a Plymouth con el primer cargamento de oro rescatado del caso del "Expres" recientemente hundido, accidente a 875 mil pesos.



A LA SEÑORA DE GRIFFIN EN SU LARGA VIGILIA.—Sentada junto a su aparato de radio durante día y medio en que se hizo el paraiso de los intrépidos aviadores, la señora de Griffin, a pesar de el cansancio que experimentaba, no se movió del lugar hasta que recibió el parte anunciando el aterrizaje en los pantanos de Minsk.



A Enrique Pu-Yi, Presidente del Comité del estado de Manchuria creado por los japoneses en Manchuria, que pretende erigirse en Emperador de aquel país arrebatado a China.

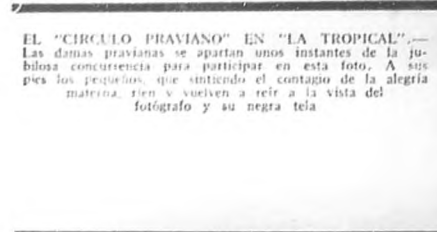


A Alberto I., el simpático Rey de los belgas, que ha venido que inmediatamente sus vacaciones para acudir a resolver el conflicto iniciado por los ministros del distrito de Chuanow, que en número de 50.000 se han desfilados en huelga, haciendo resistencia a las tropas chinas, en 67 mil hombres.

La Alegria Hispánica



LOS DEL "CLUB LUARQUES" INVADEN "LAS PIEDRAS".—Bellas mujeres, risueñas y felices, parleras y vivarachas, pusieron la nota de color y de alegría en la magnífica jira de los luarqueses a la que concurrieron más de quinientos invitados



EL "CIRCULO PRAVIANO" EN "LA TROPICAL".—Las damas pravianas se apartan unos instantes de la jubilosa concurrencia para participar en esta foto. A sus pies los pequeños, que sintiendo el contagio de la alegría materna, tiran y vuelven a tirar a la vista del fotógrafo y su negra tela



LOS CHANTADINOS EN "LA POLAR".—La música regional prendiendo llamas de gratos recuerdos en los espíritus, la risa de las mujeres rubricando los compases con un ritmo de alegría y la calidad de la concurrencia imprimiéndole un sello de distinción, tal es la síntesis de la fiesta de los de Chantada. En la foto se encuentran: Josefina Irujo, Carmita Cabrera, Victoria Cárdenas, Ernesto Cabrera Bayol, Pte. del Club Tenerife y otros distinguidos asistentes



HOMENAJEANDO A LA POETISA ROSALÍA DE CASTRO.—En los salones de la sociedad "Partido Judicial del Padrón" tuvo efecto un brillante homenaje tributado a la excelsa poetisa, con motivo del develamiento de su retrato



LAS DAMAS DE LA "JUVENTUD ASTURIANA" PREPARAN GRANDES FIESTAS.—Aspecto del Comité de Damas de la reputada sociedad en momentos en que se trataba de la organización de un ciclo de fiestas en los salones sociales. Junto a ellas, miembros de la Directiva del Club

La Etapa Final de Nuestro Concurso



EL JURADO LISTO PARA ACTUAR.—Los miembros del Jurado Nacional de nuestro Concurso Para Glorificar a la Mujer Cubana, momentos antes de iniciar sus actividades. (De izq. a der.) Miguel de Cofas, Pedro A. Valer, Pionero Artístico de BOHEMIA, Armando Maribona que presidió, Bernabéu, G. Baral y Carlos



HAN LLEGADO LAS BELLEZAS PROVINCIALES.—Risueñas, alegres, sin demostrar aunque sintiendo honda preocupación, las cinco Bellezas Provinciales acuden a la prueba final de la que saldrá una "Miss Cuba" digna de tal nombre. (De izq. a der.) María D. Gils, Miss Pinar del Río; Elena de Arcos, Miss Habana; Edith Lima, Miss Matanzas; Ángela, Rodríguez, Miss Santa Clara y Rosario Díaz, Miss Camagüey



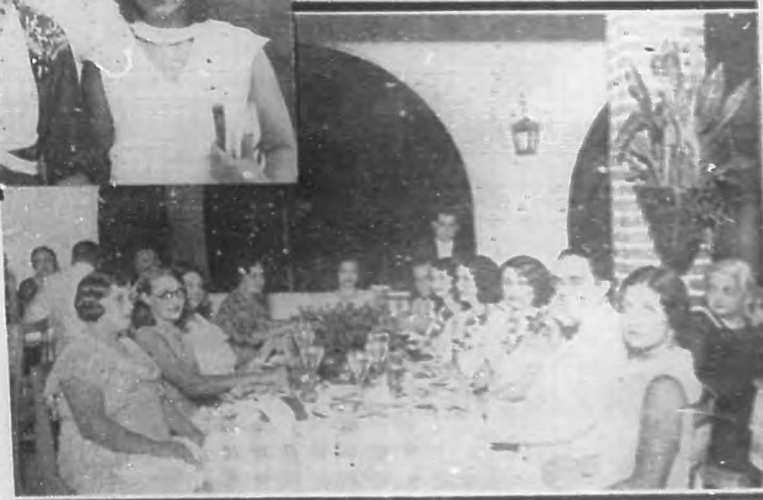
EL ÚLTIMO INSTANTE DE LA SELECCIÓN.—Los miembros del Jurado muestran su perplejidad en presencia de dos bellas. Miss Habana y Miss Camagüey... pero terminan decidiéndose por la primera aunque declazan que Miss Camagüey no tiene nada que envidiarle como mujer y como belleza



Como un manojo de flores, vistosas y perfumadas, las cinco bellezas posan después de la laboriosa selección

(FOTOS VALES)

Entre los muchos actos con que fueron agasajadas las triunfadoras de esta justa de belleza, figura la comida homenaje dada por la empresa de "Sans Souci". En la foto aparecen las cinco bellezas acompañadas por sus familiares y por nuestros compañeros Varona y Baral que tuvieron a su cargo la amable labor de acompañarlas



RENOVACION

SE ha dicho muchas veces: "La vejez no está en el desgaste físico ni en la suma de los años. Se puede ser viejo a los veinte y joven a los ochenta". Y los países de Indoamérica, jóvenes como nacionalidades, son unos pueblos decrepitos en su mayoría por la longevidad de las ideas que viven; por los prejuicios que corren sus organizaciones; por la repetición de los viejos sistemas fracasados una y cien veces a través de la Historia.

Es inminente la renovación completa de todos nuestros pueblos. Se impone la revolución ideológica, el balance, la revisión de valores. Con los hombres mediocres, con los individualistas herméticos y adocenados —hombres de standards hombres de catálogo—, deben perecer en el fuego de las evoluciones los credos falsos que han sustentado en los lapsos precarios de sus vidas inútiles. La mirada de los pueblos debe concentrarse en sí mismo, descubriendo las fuentes inagotables y prolíficas que hay en el seno de sus arterias candentes. Aperciéndose del momento actual para olvidar las viejas escenas donde tantos fracasos ha sufrido la Humanidad. Captar las líneas, invisibles para los ojos cegados por la luz de petróleo de los abuelos prisioneros.

Ya somos mayores de edad y la tierra donde brote la semilla de nuestra vida reclama el arado eléctrico de nuestras iniciativas potentes. Que se incineren los viejos pergaminos ignominiosos, atormentadores durante siglos del espíritu vibrante de estas tierras del porvenir. Todo debe hacerse nuevo en Indoamérica. Los rasgos de arrugada vejez, tuberculosa y fatal, que sean arrasados por la inyección de reconstituyente bacilo. Nuestros pueblos, en una apoteosis de trabajo y de estudio que se conviertan en una sola hormiga gigantesca y cooperativa. "Los viejos deben ir a la tumba"... decimos mal. Ni la tumba debe existir para los que traigan reminiscencia de pasadas torturas. El recuerdo es una cadena más que apaga con sus chirridos oxidados el grito de la conciencia moderna.

El hombre es nuevo cada día que pasa y las escenas de la vida de ayer son distintas a las de hoy. La naturaleza—si se quiere—es igual en cada creación, pero, en cada, brilla una chispa inédita. Indoamérica necesita hombres que la dirijan técnicamente. Hombres que tomen cada manecilla de sus necesidades físicas y mentales y las encaminen por las sendas del éxito de la vida.

¿Y cuál es el éxito de la vida de los pueblos? Sin teorizaciones, sin listados, sin sentimentalismos románticos; el éxito de los pueblos es comer bien todos los días; tener una salud inalterable que le de fuerza a sus músculos; poseer el derecho de aprender todas las cosas que su lente intelectivo puedan cifrar en su república de células; el derecho también, de hablar y de pensar en voz alta. Nuestras tierras deben producir para que a todos sus hijos alcance el fruto producido.

El éxito de los pueblos no puede realizarse mientras existan las balanzas desproporcionadas: en una, el oro radiante de la panza llena; en la otra, la estigme escudada del hombre esclavo y afendado. Mientras esa balanza rija los destinos de los pueblos, seguirán siendo burdas parodias de los abuelos rebaños asiáticos y europeos.

Lo que hemos tenido en Indoamérica y lo que tenemos aún no es lo que preconizaron los jóvenes fundadores que siguen viviendo en la conciencia de unos pocos, gritando y estimulando, maldiciendo a los fal-

El perfeccionamiento humano se efectúa con ritmo diverso en las sociedades y en los individuos. Los más poseen una experiencia sumisa al pasado: rutinas, prejuicios, domesticidades. Pocos elegidos varían, avanzando sobre el porvenir; al revés de Anteo, que tocando el suelo tomaba alientos nuevos, los toman clavando sus papilas en constelaciones lejanas y de apariencia inaccesible. Esos hombres, predispuestos a emanciparse de su rebaño, buscando alguna perfección más allá de lo "actual", son los "idealistas".—
José INGENIEROS.

seadores de sus doctrinas y la cobardía de los pueblos que se las dejan imponer. Aquellos jóvenes que se llaman Miranda, Bolívar, San Martín, Sucre, José Martí, Hidalgo, Morelos, O'Higgins, Madero, no querían que sus nombres fueren meros adornos de las fiestas patrióticas, alfombras de salones feudales, sino fructificación de sus palabras multiplicadas en hechos. Después de lo que ellos dieron, de luz que irradiaron para mostrar los caminos, no debía existir el solo lamento de "mala situación", ni un esclavo hambriento, ni un cretino perezoso en su trono, esputando el oro con que su egoísmo y su ambición agarratará a los pueblos. No deben existir. Jamás debieron ser una realidad. Y si aún los tenemos, todos los días son buenos para comenzar la renovación.

Tomemos ejemplos de los pueblos que han despertado y se han colocado a la vanguardia. Los nuevos hombres que han surgido del dolor de los fracasos y del látigo de los tiranos, parecen tener el dinamismo renovador que exige la nueva estructura humana. Tenemos fe en el comienzo de una nueva era que nos coloque junto a esa vanguardia, donde el trabajo hermanado con las ideas forma un fanal cuyos reflejos se expanden por todo el mundo. Trabajo que compensa al que mueve los brazos. Ideas que se convierten en frutos. Nuevo regazo florido para arrancar a la tierra el nombre de madrastra, ternándole el de dulce madre, cariñosa y pródiga con sus hijos. En esos pueblos se ha extinguido la execrable doctrina económica donde se subasta el hambre en beneficio de unos pocos amos. La piqueta y el fuego renovador laboran sin cesar destruyendo recuerdos narcotizadores. Sus hombres directrices, aunque tienen el poder supremo conocido por el pueblo y hacen de él un uso omnívoto, no quieren ser amos, sino consejeros, albaceas probos. Son la voz y la acción del PUEBLO. Cuando éste cae, la célula cercana se lesiona. La voz de un hombre puede hablar o dirigir un pueblo si esa voz es la condensación de todas las voces y todos los anhelos de aquél y al clamor de sus palabras surge la justicia colectiva y la sociedad de los que piden pan y cultura. Cuando un pueblo está mudo, maldiciéndole a sus espaldas, cada palabra suya es una herida más al hambre, un insulto fastuoso a los harapos de su cuerpo y un latigazo más a las injusticias que lo flagelan en la celda de su opresión.

Que vengan los nuevos hombres trayendo en sus espíritus y en sus pensamientos el eco humano de cada aspiración y que cada pensamiento vaya a parar, convertido en hecho, allí donde le necesita el bienestar de la gran masa colectiva.

Gerardo del Valle

Curiosidades



CINCO PERSONAS Y DOS CIVILIZACIONES DISTANTES. — La foto muestra a Mrs. Johnny Ground, india residente en el Parque Nacional de los Estados Unidos, acompañada de sus dos pequeños y de las Srtas. Clark y Brown, de San Francisco. La única concesión que estos indios han hecho a la civilización moderna ha sido aceptar que el pequeño use el traje que ostenta en esta fotografía.

EN DETROIT SE HA ABIERTO UN RESTAURANT DE A CENTAVO EL PLATO.—Todos los platos, excepto las carnes que valen dos centavos, se expenden a "kilito" incluyendo pan y café. El día de la apertura se sirvió comida a once mil clientes en un espacio de siete horas. Los fundadores del filantrópico establecimiento no se proponen tener beneficio alguno, sino alimentar a los necesitados sin hacerles sentir el peso de su caridad. La foto muestra el establecimiento momentos después de su apertura. ¡Es una lástima que los filántropos de Detroit no fundaran una sucursal en La Habana!

UNA MARAVILLOSA INSTANTANEA DE LOS INCIDENTES DE LAS CORRIDAS ESPAÑOLAS.—El toro, ciego y feroz, embiste al matador tomándolo en sus astas y lanzándolo a tierra con terrorífica fuerza. En vano luchan los capeadores por distraer los ímpetus de la bestia.

HASTA LOS PAVOS SE MUESTRAN ENEMIGOS DE LA PAZ.—La foto, tomada en uno de los más bellos parques bellos, muestra una fiera rifa entre dos bellas ejemplares de vistosas plumas. Al final de la contienda, las hermosas plumas de que ambas se envanecen, quedarán desechadas y estropeadas. ¡Así mismo le sucede a los hombres amigos de comoras!



Desde
París

(Especial para BOHEMIA)

PARIS cuenta, además de sus fiestas patrióticas y populares, con dos festivales en que la aristocracia y la nobleza se mezclan con el público: La primera manifestación es bajo techo, en la Gran Opera, cuando el gran diario "L'Intransigeant", organiza el baile de los Pequeños Lechos Blancos; el segundo es cuando todo París corre y se desborda en el hipódromo de Auteuil para presenciar, una vez al año, el acontecimiento deportivo más sonado de la estación: la Grand Steeple-Chase.

Este año la Grand Steeple-Chase fué un triunfo, pues nuestro indolente, nuestro huraño sol parisiense concurrió con su más vistoso traje, como un Rostchild, como un Derby, como un Maharajah de Kapurtala. Estaba allí desde por la mañana, curioso de ver el triunfo de un caballo de fama, curioso de ver de cerca los nombres más brillantes del Gotha, curioso de ver de cerca la curiosidad de las gentes, y por último, curioso de examinar, como todo el mundo, en detalle, minuciosamente, los trajes que vestían los maniqués de las grandes casas de costura.

Se ha dicho mil veces que el verdadero triunfador de las carreras de caballos no es el dueño del caballo ni el jockey que lo monta. Es el costurero. Es el modisto. Es el dictador de la concurrencia femenina. Es el maniquí.

En el Grand Steeple-Chase de Auteuil, hemos tenido este año uno de los más extraordinarios acontecimientos de la moda. Todas las grandes casas enviaron sus modelos desde las dos de la tarde, y dos millones de ojos los detallaron, los examinaron, los estudiaron hasta en sus más pequeños detalles. ¿Qué sería— nos preguntamos los parisienses—unas carreras de caballos como las del Grand Steeple sin que sobre la pelouse, sin que en las tribunas se paseen los modelos de los grandes modistos? Imposible concebirlo.

Y como ya hemos entrado oficialmente en la estación veraniega, casi todos los trajes que contemplamos en Auteuil eran blancos, de colores frescos, de telas aladas, de líneas cómodas, de matices agradables al ser vistos bajo el cielo sin brumas.

Un maniquí en la "pelouse" de Auteuil, entre dos carreras. (Foto INTRAN.—París.)

Correspondencia de la Moda

por

Madame Andrée
Bizet

Por ejemplo, examinad ese maniquí sorprendido por el fotógrafo en el momento en que charlaba con un fanático de las carreras. Es un traje a cuadros, fondo blanco rayado de azul y rojo, con una vaga sensación de dibujo escocés. Si las caderas aparecen un poco modeladas, los bajos de la falda y las hombreras son anchos. Un sombrero de paja rojo completa el conjunto. Si se quiere, se agrega previsivamente una piel al brazo. ¡Ninguna joya, absolutamente ninguna!

En las otras siluetas, que envío especialmente para las lectoras de BOHEMIA se puede ver la preocupación principal de nuestros costureros en la presente temporada: la extrema sencillez. Detalle invariable e indispensable: ruedo generosamente ancho, en pliegos, en vuelos. Casi ninguna fantasía en los adornos, y éstos muy contados, muy estrictamente repartidos en el conjunto.

Vimos en Auteuil algunos trajes sastres, lo que prueba que ni en los días calurosos del verano los abandonan París. No hay más remedio que aceptar esta verdad modística: el traje sastre es una pieza que puede llevarse en casi todas las manifestaciones sociales al aire libre. La diferencia entre un traje sastre para ir de tiendas,



de la piel de plumas, la antigua boa, que algunos modistos quieren sin duda desenterrar. Considero que es

una moda bien muerta, imposible de readaptar a nuestra época, que ya conoce la elegancia, la calidad y la comodidad del zorro y de la nutria y hasta del conejo. La boa de plumas no está de acuerdo con la vida actual, utilitaria que siempre la moda elegante moderna. El intento de

volverla a poner a la moda no creo que pase de lo que es, un mero intento.

Las alas de los sombreros siguen siendo pequeñas, verdadero halo para los rostros. Algunos modistos se han permitido, en esta brillante manifestación de Auteuil intentar una modificación en favor de la anchura de las alas. Pero como la intención de las boas de plumas, no ha pasado de ser intentona. En realidad, el sombrero es otra cosa que tiene forzosamente que estar de acuerdo con la vida automovilística en que vivimos. Para el invierno, la boina, para el verano, apenas un halo que preserve el rostro del sol...

París esperaba sólo este domingo de Auteuil para lanzarse a las playas y a las piscinas. De hoy en adelante me ocuparé exclusivamente, durante el tiempo que dure el verano al menos, de los trajes de playa, de los pyjamas de playa y de yacht, de los maillot para nadar, de los trajes de Casino y de paseo por la arena. Las vitrinas de los grandes almacenes parecen verdaderas orgías de colores, de colores que estallan bajo el sol. Es un regocijo para los ojos y para los sentidos. Es también el reino de los Colores Valientes, que andan por la calle y descienden hasta la playa sin ninguna timidez, sin buscar atenuantes y sin pedir permiso. Son como personas que acaban de cumplir quince años... Dejémoslos vivir bien su juventud.

Vimos también algunas pieles colgando del brazo, un poco negligentemente, pero otras la llevaban francamente en el cuello. A este respecto nos sorprendió un poco la innovación

Además de la autoridad que le confiere su condición de mujer, Odette Florelle puede hablar del amor por la experiencia adquirida en su vida artística, indefectiblemente expuesta a las emociones de ese divino sentimiento. Y he aquí, manifestadas elocuentemente, sus opiniones sobre el más bello de los temas literarios, que es también la pasión primordial de la humanidad.

ción. Son ellas, al contrario, quienes definden los últimos reductos del corazón, en los cuales el amor se ha atrincherado. Frente a la deplorable ofensiva frente a la revolución levantada contra el amor, las mujeres constituyen el elemento conservador, la roca resistente contra la cual van a estrellarse todas las tentativas destructoras.

En una época en que el romanticismo está desterrado y escarnecido, la mujer continúa la tradición que tuvo por figuras máximas a Musset, Lamartine, Hugo, Nerval, y tantos otros nombres ilustres, cuyos versos o cuyas prosas han arrullado nuestros sueños de juventud.

Pero es necesario hacer una distinción entre la mujer enamorada y la que no lo es.

Para esta última, el amor no es más que una palabra, una expresión de lenguaje que se perpetúa de siglo en siglo y que las épocas pasadas nos legaron enriquecida y más incomprendible que nunca.

Es algo misterioso y desconocido, que excita interiormente su curiosidad. Le teme y lo desea. Lo ve entre sueños por la noche, y lo desconoce durante el día.

Para la mujer que ha sentido sus efectos, el amor representa un bienestar incalculable. La mujer que ama vive envuelta en un continuo encantamiento. El amor la transforma y la transfigura.

El amor es el principal o el único estímulo de una mujer. Es una llama que enciende y aviva la lámpara de nuestra vida, una tormenta que nos purifica y nos engrandece.

El hace arder nuestra sangre, despierta nuestro espíritu, embellece nuestra vida. Por él, consagramos sin darnos cuenta una atención infatigable a nuestros atractivos; nos hacemos más expertas en el arte de maquillarnos;

(Pasa a la Pág. 52.)

La Mujer y el Amor

por

Odette Florelle

TODOS los sentimientos, todas las ideas de la mujer convergen en un solo punto: el amor. La bondad, la caridad, el orgullo, la modestia, la ciencia y la erudición no son en ella sino atributos derivados del amor. Por escéptica que sea una mujer en el orden sentimental, el amor existe en ella en estado latente, más o menos apacible, más o menos impaciente, pero incontestablemente vivo.

La mujer ha sido creada para amar. Su amor puede manifestarse bajo formas diferentes: puede florecer en la sombra, sin ser apercebido por el hombre que lo ha inspirado, o en cambio, puede manifestarse bajo un aspecto imperioso y combativo. Una mujer enamorada es capaz de los sacrificios más grandes, de los actos más heroicos, de la abnegación más sincera.

Y es que en todos los corazones femeninos subsiste cierto romanticismo del amor, que contrasta con las ideas materialistas de nuestro siglo.

Muchos hombres han dicho que las mujeres matan el amor. Nada es tan innecesario y tan caprichoso como esta aseveración.

Este es un Hombre a quien no le Entran las Balas

por Don Galaor

PUES señor, éste es un hombre a quien no le entran las balas. Tiene los ojos azules y siente un amor profundo por los animales y los sin suerte. Fuerte, hercúleo, gigante, pone su pecho a las balas y las balas no entran en su carne...

—¿Sabe usted?—me dice con sus ojos muy abiertos, y sin dejar de mirarme a la cara para advertir mejor el efecto que me puedan causar sus palabras.—Mi padre tenía un rancho... Y como es natural tenía enemigos. Una vez, los otros rancheros que limitaban con mi padre y que no habían podido ponerse de acuerdo con los nuestros, atacaron el rancho. Yo también tomé mi fusil y atacué como un bravo a los asaltantes. Sin saber cómo, caí prisionero. Me ataron a un árbol, me anunciaron que me fusilarían y pretendieron vendarme los ojos. Me negué, desde luego. Se formó el grupo que había de matarme. Yo erguí mi frente. Me paré como un hombre. Me puse rígido, como una estatua, y esperé valientemente...

—Y en eso llegaron los suyos y evitaron su fusilamiento, ¿no es eso?

El vaquero sonríe. Hay en su expresión un gesto bondadoso y tierno. Es esa bondad y ternura de todos los fuertes, acostumbrados a proteger y a perdonar.

—No señor. La orden de ¡Fuego! fué dada.

—Pero se negaron los que debían disparar...

—¡Oh! No, tampoco. Los cuatro fusiles dispararon sobre mi pecho, y las balas no me hirieron.

Gesto de consternación en la cara del escritor. Los ojos azules del vaquero se esconden bajo el peso de sus pestañas, húmedos tras un cortinaje de arrugas. El escritor se rasca la nuca y su boca se encoge hacia un lado. El vaquero se lleva la mano al corazón.

—Usted no cree. Nadie cree. Yo doy mi palabra de honor que es cierto cuanto acabo de decirle. Don Pablo tampoco cree...

Don Pablo es don Pablo Santos, el obeso empresario del vaquero que me habla, y que me lo llevó a BOHEMIA para que yo lo conociera.

—Desde luego. ¿Verdad, Santos, que no cree?

—¡Chico, yo no lo creo!

—Yo llevo doce años haciendo el mismo experimento. Todos los fusiles de América han disparado sobre mi pecho. Las pistolas de los jefes de policía, los revólvers de los oficiales, ninguno ha podido penetrar en mi carne.

Y vuelven a observarme, escrutadores, los pequeños ojos azules del vaquero. Ha encontrado con seguridad, el mismo gesto incrédulo en mi cara, porque sin decir palabra, se desabrochó la camisa, desnudóse el pecho y mostróme las huellas moradas, como de pequeños pelliceros que han dejado en la epidermis los más recientes disparos.

Yo no sé si cuando esta entrevista sea publicada, William Harrison, que tal es el nombre de este extraño visitante, habrá demostrado al público que puede ser fusilado impunemente. Así me lo ha prometido y yo espero convencerme "con mis propios ojos".

Muchas otras cosas me contó Harrison en la visita que me hizo a esta redacción de BOHEMIA. Por ejemplo: Que nació en Alemania, que es de familia de artistas, que a los siete años ya hacía ejercicios de látigo, lazo y puñales. Que trabajó para la "Ufa", la gran productora cinematográfica de Alemania y que fué el doble de Douglas Fairbanks en su famosa película "Don Q." o "La Marca del Zorro". Que en la "Ufa" protagonizó películas tan sensacionales como "El Secreto del Molino", "El Baile de los Vaqueros" y "El Último Tren", y que está casado con una argentina.

—¿La conoció usted en Argentina?

—Sí, señor. Dos años estuve por allá.

—¿Y es artista también?

—Sí. Se llama Esmeralda Méndez, cantaba tangos. Y aún hoy combinamos los programas de forma que me ayude en mis peligrosos ejercicios y cante también.

—¿Y cómo consiguió que ella se arriegue ante sus puñales?

—Salí de ella misma. Yo tenía un ayudante para esos actos peligrosísimos. Pero una noche se apareció en el escenario muy borracho. Se puso ante el tablero y yo lancé mi primer puñal... Su cuerpo se balanceó y quedó un poco inclinado. Lancé el segundo puñal y otro movimiento inconsciente por poco hace que lo atravesara. Entonces mi esposa salió al escenario, lo quitó de su sitio y se puso ella. El público comprendió, y la aplaudió mucho. Y ya no tuve otro ayudante.

Esmeralda Méndez, ya lo pueden ver ustedes en la foto, es pequeñita. Pero de una valentía rayana en la temeridad. Comparte con su esposo los ejercicios más arriesgados sin incom-



tarde. Y cuando habla, sin embargo, parece que nos está cantando un tango.

William Harrison la adora. Se le nota en sus ojillos azules cuando la mira. Se nota en el tono que adquiere su voz cuando le habla. Su advierte en el cuidado que pone cuando ella desafía sus puñales, su látigo y su lazo...

—Su esposo es muy fuerte—le dije.—¿No le tiene usted miedo?

—¡No! ¿Por qué he de tenerle miedo? Yo soy más fuerte que él.

—No se lo creo.

—Pregúnteselo.

—¿Es cierto eso, Harrison?

Harrison sonríe. Va a abrazarla. Ella se escapa de sus brazos en un movimiento brusco.

—Diles quien es más fuerte de los dos.

Y clavó sus ojos negros y enormes en los suyos arragaditos. Su boca de gruesos labios salvajes se entreabrió mostrando...

(Pasa a la Pág. 52.)

LA RESURRECCION DE LOS MUERTOS

Por N. TASSIN

Los periódicos de Europa hablan en estos días de un profesor de Viena, el Dr. Eisenmenger, que ha inventado un aparato para resucitar a los muertos. Y un periodista francés hace en este artículo algunas explicaciones sobre la invención del sabio austriaco y cuenta algunos casos que testimonian la efectividad científica del famoso aparato.

CUANDO llegué a Viena y solicité una entrevista con el doctor Eisenmenger, me contestaron con la mayor naturalidad del mundo:

—El Profesor Eisenmenger ruega que lo espere un instante; está devolviéndole la vida a un muerto.

Confieso que la sorpresa sacudió bruscamente todos mis nervios: una honda inquietud se apoderó de mi espíritu. Ciertas palabras tienen el don de precipitar las sensaciones, de multiplicarlas, y la palabra resurrección es una de ellas. Tal vez no hubiera experimentado un asombro mayor, si me hubieran anunciado que Jesús iba a sacar de su tumba a Lázaro, el muerto de Betania, o que iban a dejarme ver al señor Valdemar que vivió, muerto, más de siete meses en la imaginación de Edgar Poe.

Sin embargo, yo no estaba ni en Palestina, en los tiempos de los milagros, ni en el país de los cuentos, sino sencillamente en el hospital general de Viena, cuyo eminente director, el profesor Hochenegg, favorece tantos experimentos curiosos.

Quando la enfermera que me había traído el informe volvió a pasar cerca de mí, la detuve para interrogarla:

—¿Quiere usted decirme, señora, ¿quién es ese muerto que están resucitando?

—Jacobó Adler, un comerciante en ganado de la capital—contestó la mujer en un tono de absoluta indiferencia.—El pobre diablo sufrió un accidente automovilístico. No resultó herido, pero el susto paralizó su corazón.

Con una amplia provisión de sorpresas en las manos, la enfermera se preparaba a abandonarme cuando terminó su respuesta. Pero yo la retuve con esta otra pregunta:

—¿No respira?

—No—replicó ella.—No mostraba el menor signo de vida cuando lo colocamos bajo el aparato. Pero pronto resucitará, como los otros.

—¿Y todavía estará muerto durante mucho rato?

—¡Bah! ¿Quién sabe? (Se encogió de hombros.) Veinte minutos, treinta minutos quizás...

Mi curiosidad se agigantó. Contrariando las disposiciones del reglamento, seguí a la enfermera en el laberinto de la clínica hasta la sala de la resurrección. A través de los cristales, vi antes que nada al Dr. Eisenmenger, un cuádragenario de cráneo despoblado. Su aspecto me tranquilizó. El hombre era sólido, grueso; parecía más

bien un físico que un mago. Su mirada penetrante brillaba detrás de unos lentes circundados de oro. Iba y venía alrededor de un paciente, del cual yo veía apenas el rostro rígido, desfigurado, con todos los caracteres de la muerte. Entre el médico y el muerto, había un pequeño aparato que dejaba escapar un débil ruido, mecánico, ronroneante, exasperante. El aparato, instalado en el suelo, se comunicaba por medio de una tubería de caucho y de metal con una campana puesta sobre el pecho del paciente. Era todo lo que podía verse.

En un rincón de la sala, algunos internos discutían sobre el experimento.

—Resucitará dentro de un rato, como María Eisner—murmuró un joven rubio, de aspecto agradable.

Entonces pregunté:

—¿María Eisner?

—Sí: la criada de Adolfo Seipei, el banquero. A causa de unas contrariedades amorosas y a pesar de que tenía diecinueve años solamente, María Eisner determinó ahorcarse. La encontraron, con la lengua afuera, con todas las apariencias exteriores de haber cesado de vivir. No respiraba. Su corazón no latía ya. Entonces llamaron al Dr. Eisenmenger.

—Y bien...—dije yo.

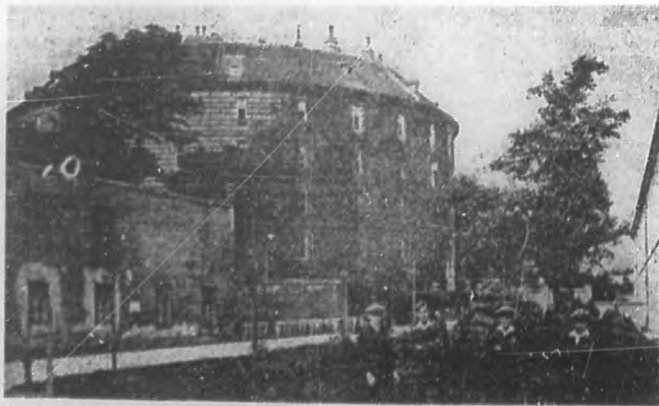
—Y bien...—prosiguió el estudiante, en un tono menos agradable, como si mi interjección fuera importuna.—La pusieron bajo el aparato. Y después de cuarenta minutos, la muchacha empezó a respirar, espontáneamente. Veinte minutos más tarde, su respiración era completamente normal. En dos días, recobró la vida en todas sus manifestaciones.

Arriesgué otra interrogación tímida:

—¿La muerte no era más que aparente?

El interno no me contestó. Nuestra conversación fué interrumpida por un ruido de puertas que se abrían y se cerraban. El doctor Eisenmenger apareció entre sus discípulos y anunció con una voz estentórea:

—Ya respira. Dentro de algunos minutos la vida palpitará en todo su organismo.



El hospital de Viena donde se efectúan los experimentos del doctor Eisenmenger.



El maravilloso aparato para resucitar a los muertos.

Un cuarto de hora más tarde, después de todos aquellos acontecimientos, vi pasar cerca de mí, sobre una camilla, a un paciente que abría los ojos y que probablemente no daba cuenta que regresaba de un viaje al otro mundo. Jacobo Adler hacía gestos y ademanes como quien despierta de una horrible pesadilla. Había vuelto del país de los muertos y se encontraba entre los vivos.

La decoración cambió. Me condujeron a un laboratorio estrecho y me senté al lado del mago.

Accediendo a mis interrogaciones, el doctor Eisenmenger se quitó las gafas y declaró:

—Desde hace algunas semanas, recibo millares de cartas en las cuales me preguntan si es verdad que puedo resucitar a los muertos. La misma pregunta la hacen por teléfono y hasta por telégrafo. Enviados especiales de todos los países invaden el hospital. Todos vienen en busca de la revelación de un milagro.

Comencé a escribir. Y como si estuviera ante un discípulo, el doctor Eisenmenger me dictó con una voz breve:

—Sí, he inventado un aparato que puede arrancar de las garras de la muerte a muchas de sus víctimas. Sin embargo, no realizo ningún milagro. Mi trabajo sorprende porque casi todo el mundo ignora que la muerte—con excepción de los casos de ejecución capital, parálisis fulminante o suicidio por arma de fuego—no son sino raramente un accidente brutal. Las fuerzas desconocidas luchan con el paciente casi siempre durante diez minutos. La respiración cesa primeramente, y después de diez minutos el corazón deja de funcionar. En tal momento, los que rodean al moribundo, los familiares, los amigos y hasta el médico piensan que todo ha terminado. Ahí reside el gran error. To-

davía no ha terminado todo. El individuo no está muerto mientras las células cerebrales resisten todavía. Estas no mueren sino doce minutos más tarde. Entonces, solamente entonces, el proceso de la muerte ha finalizado.

—¿Así que usted opina que durante ese período transitorio, mientras el organismo se debate entre la vida y la muerte, puede todavía recobrar la vida un corazón que ha cesado de latir?...

—Sí, a condición de que el organismo no sea caduco, demasiado viejo. En ese caso hay que preparar la mortaja. Pero hay otros casos... ¿No le han contado la historia de la criada a quien le devolví la vida, después de haberse ahorcado? Ahora acabo de obtener otro triunfo igual. Jacobo Adler, un comerciante de la capital, llegó aquí completamente muerto. Todos creían que era un cadáver definitivo. Le apliqué el aparato y ha recuperado la vida.

—¿Son numerosas las muertes aparentes?

—Sí—contestó con acento firme el Dr. Eisenmenger.— En el estado actual de la medicina, no se puede afirmar con absoluta certidumbre si alguien ha fallecido.

El doctor Eisenmenger señaló con un dedo hacia el aparato salvador de los difuntos.

—Lo nombro Biomotor, y el Biomotor ha hecho ya, en Viena, muchas obras. Hemos provocado la respiración en varios recién nacidos que no respiraban y que hubieran muerto sin este auxilio. Hemos devuelto la existencia a algunos ahogados, asfixiados, a varios obreros electrocutados y asfixiados por gases deletéreos. El fin, hemos obtenido resultados muy satisfactorios en casos de enfermedades del corazón, de los pulmones y del intestino. Los sabios franceses lo saben, puesto que pude expresar mis ideas en la Academia de Medicina de París. Y uno de sus médicos, el doctor Luis Cheron, ha construido también un buen aparato para resucitar a los muertos.

Jacobó Adler deseaba ver a su salvador. Acompañé al doctor Eisenmenger a la cabecera del hombre que ha vuelto de su viaje al más allá.

—Ahora, sólo le falta a la ciencia inventar la manera de arrancar de las garras de la muerte a todas sus víctimas, dije yo, entusiasmado por el milagro que acababa de verificar el Biomotor.

El médico me miró escépticamente y replicó:

—Eso no lo conseguirá la ciencia ahora ni jamás. La muerte es la ley de bronce de la Naturaleza. Lo que está condenado a morir. Ninguna ciencia podrá este principio inmutable.

Una Nueva Interpretación de La Atlántida



LA gran novela de aventuras fantásticas de Pierre Benoit, reaparece en la pantalla cinematográfica.

¿La Atlántida existió realmente? Vestigio de una civilización desaparecida, sepultada por el océano de arena, presa milenaria del desierto africano, la Atlántida, según la imaginación del ilustre novelista francés, encierra todavía, en sus yacimientos subterráneos, todo un vasto tesoro de inconcebibles maravillas.

¿Será verdad que un príncipe extranjero se enamoró un día, en París, de una mujercita que bai-

laba el "french cancan", se casó con ella y la condujo a la Atlántida? ¿Será verdad que la hija de esta bailarina se convirtió en la desconcertante Antinea y reinó sobre un pueblo fiel, resguardado de la influencia francesa por sus altas montañas y sus feroces ciudadanos? ¿Será verdad que el teniente de Saint-Avit y el capitán Morhange cayeron en una emboscada y fueron prisioneros de Antinea? ¿Será verdad que Morhange resistió el encanto de Antinea y que Saint-Avit, locamente enamorado de la soberana, obedeció la criminal sugestión que brotó de sus labios deliciosos y sacrificó a su compañero de combate? ¿Será verdad que Saint-Avit, nombrado capitán, desertó del ejército, y seducido por Antinea, se doblegó servilmente a sus caprichos?

Lo cierto es que Pierre Benoit, este poderoso constructor de visiones literarias, creó una obra de renombre universal, cuyo asunto alucinante y grandioso, es una deslumbradora tentación para los constructores de visiones cinematográficas.

Ahora la Atlántida ha sido cinematografiada con una magnificencia extraordinaria. En ella triunfa, con su misteriosa hechicería oriental y pagana, Brigitte Helm, la fascinadora artista que encarna a Antinea con una imponente perfección.

Y entre las otras artistas que participan de su triunfo, está Odette Florelle, de quien publicamos en este mismo número un lindo artículo sobre el amor.



Grand Steeple-Chase

por Eduardo Avilés Ramírez



¿Un maniquí? No, una dama...



Desde la una del día, bajo el sol de París.

parisiense sea la prueba turfística por excelencia. Y el sol, ayer, lucía esplendoroso sobre Auteuil, y París entero estaba en Auteuil bajo el sol. Desde las tribunas, yo ojaba el paisaje y me acordaba de Manet, de Whistler, de Pissarro, de todos los pintores de fin de siglo y de comienzos del nuestro, que tanto amaban manchar sus telas con los colores vivos y los movimientos inusitados de las tardes de Auteuil y Longchamps.

Monsieur Lebrun, Presidente de la República, enarbolaba sus ocho reflejos. En las otras tribunas estaban los otros ocho reflejos de los Ministros, del Cuerpo Diplomático, de los millonarios franceses, italianos, españoles, ingleses, que gastan sus fortunas manteniendo caballos de raza. Y en las tribunas públicas, en la "pelouse", en los alrededores, millares y millares de gentes, millares incalculables de fanáticos que, como en los cuadros de Pissarro, de Whistler y de Manet formaban una sola, ondulante, cromática, sonora y ardida masa, teniendo por segundo término la masa verde de los árboles de Bois.

Desde la una del día las cataratas de hombres y mujeres eran incesantes hacia Auteuil. Contemplar esa emigración de colores frescos, de colores veraniegos, hacia los paddock de Auteuil, es lo seguro, es ya un espectáculo impresionante, y no obstante es apenas el prelude del fantástico espectáculo que se celebrará a las tres. La tribuna presidencial, en medio, es como un paraíso de hortensias, de rosas, de lilas gigantes, de macizos verdes. Bajo la tribuna, los aristócratas de la elegancia se pasean bajo el cliqueteo de las máquinas fotográficas. Los Choiseul, los Rothschild, los Paddy, los Derby, los Rivauz, los Tacquet se exhiben enfundados en sus levitas claras, tocados con los clásicos bombines crema, con los gemelos en bandolera, escoltados por secretarios pulcros y discretos que van y vienen bajo la incesante llovizna de las miradas de millones de personas que saben de memoria sus nombres y los de sus caballos.

No es eso todo: los reyes de la costura, los Patou los Heim, los Chanel, los Worth, los Lanvin, dictadores todopoderosos del color y de la línea que las elegantes han de exhibir en el Grand Steeple-Chase, habían echado sobre la "pelouse" y las tribunas un ver-



FOTOS "INTRAN". PARIS.

En un "entreacto"...

AUTEUIL y el sol. Estos dos elementos son, aseguran los entendidos en la materia, indispensables para que el Gran Steeple-Chase

hadero y extraordinario ejército de maniqués, de mujeres lindas, ataviadas como sólo las reinas del dinero o de la sangre pueden hacerlo. Y el cliqueteo de las cámaras internacionales de la fotografía no dejaban de sonar, y ellas se decían que días después sus siluetas viajarían en trenes vertiginosos, en el vientre de los grandes paquebots, en la cruz de las alas de los aeroplanos, y hasta serían transmitidas por teléfono sin hilos y curiosamente estudiadas en las planas de todos los grandes diarios de la tierra.

Veinte caballos, veinte colores, veinte flechas que parten. No creáis que en un vértigo, no: a ritmo lento, en balanceo cadencioso, para acelerar, pasados los primeros obstáculos, acelerar y acelerar progresivamente hasta lo inverosímil—uno comprende el sentido motorista del caballo en esta progresión ajustada y casi mecanizada en que el jockey es el chauffeur.

El sol sigue brillante. La masa gigantesca de Auteuil, calculada en un millón de personas, sigue moviéndose sin desplazarse, como en los cuadros cromáticos y hormigueantes de Manet. Y Duque de Arjou, un caballejo que sólo cuenta cuatro años de edad, nacido y criado principescamente en las ecuries de M. Tacquet, ganó la ruda prueba por una cabeza sobre otro caballejo, perteneciente éste al Vizconde Max de Rivaud, desatando un entusiasmo que alzó en masa a la masa vociferante de Auteuil.

Estos festivales fantásticos al aire libre, que nos recuerdan las epopeyas romanas de las carreras de carros, son una bella cosa, no cabe duda. Pero el filósofo, que sabe ver un poco más allá de las narices de los caballos de lujo, debe afligirse en su corazón anacoreta. París ha comenzado ya a temblar bajo el látigo invisible del chômage. Bajo los puentes, junto al Sena, las teorías de los hombres hambrientos forman contraste violento con este millón de personas que gastó, en una sola tarde, en Auteuil, casi doce millones



¡La inevitable rubia entre la multitud!



¿Una dama? No, un maniquí.

de francos por ver veinte caballos saltar obstáculos. No hay derecho...

Por lo demás, el turfismo parisiense está contento, los reyes de la costura también, los aristócratas de la elegancia así mismo, los frágiles maniqués y los fotógrafos de todas las agencias internacionales. Todo el mundo está contento. Hasta los artistas de la cu-



El sensacional "Duc d'Arjou", vencedor.

(Pasa a la Pág. 54.)

¿EL PARAISO PERDIDO?

por Floyd Gibbons

El cazador de títulos para primera plana nos revela en este artículo cómo el caso Maesie ha llamado al fin la atención al hecho alarmante de que la única Selma de los Estados Unidos en el ominoso Pacífico se encuentra ya prácticamente en manos asiáticas.

Salud a todos:

Hagámos girar el globo hasta dar con el Océano Pacífico. Aquí está, cerca por diez mil millas de agua que se caldean cada día más. Y eso no quiere decir que se caldeen porque las atraviesa el Ecuador. Es la vieja llama de las batallas, la consecuencia de la guerra allá en el Lejano Oriente, lo que ha de hacer hervir el Pacífico.

Ahí a dos mil millas de San Francisco hay ocho islas: el Archipiélago de Hawaii. Estas islas son las únicas defensas que tendríamos cuando un enemigo venga barriéndolo todo en nuestra dirección desde el Lejano Oriente.

Por eso conviene examinar primero las islas Hawaii. Contendremos ante todo, esos cinco puntitos que señalan los únicos fortines del Ejército. Y el sitio que llaman Puerto de las Perlas: nuestra única base naval en el Pacífico. Hay allí destacados 1200 soldados y unos 1000 marinos.

Dos mil quinientos soldados y marineros completamente rodeados por una población de 208,336 isleños, tres quintas partes de los cuales son asiáticos.

Esa es nuestra sola defensa en el Pacífico, que ni siquiera está bajo el estandarte del Ejército y la Marina. No, señor. Se halla bajo un sistema político civil que depende de los sufragios de asiáticos. En otras palabras, confiamos la defensa de nuestra costa occidental a políticos locales en vez de al Ejército y la Marina.

Y para que la cosa sea peor, más del cuarenta por ciento de la población isleña es japonesa, y un gran porcentaje es de una mezcla asiática parda y amarilla. Esos son los ciudadanos que dominan el gobierno territorial hawaiano. La defensa no les preocupa. Lo malo con nosotros es que no hemos echado una buena ojeada a nuestra defensa del Pacífico en los últimos treinta y cuatro años, es decir, desde 1868. Treinta años antes de esa fecha, ya necesitábamos las islas Hawaii cuando adquirimos Alaska. En 1860, La Gran Bretaña, Francia y Rusia se las disputaban en aquella época. Conocían la importancia de las bases navales en el Pacífico.

Al fin en 1897, el Congreso aceptó las islas y las convirtió en territorio con un montón de nombramientos políticos. Así han seguido desde entonces. La población asiática ha ido creciendo por años y la defensa militar ha permanecido casi la misma.

Hace poco, el caso Maesie hizo que todo el mundo volviera a mirar para las islas. Y lo que hemos descubierto es que, racial y políticamente, las Hawaii se han escapado prácticamente de nuestro control y han pasado a manos asiáticas.

Eso quiere decir que ya es hora de poner a las islas bajo el dominio del Ejército y la Marina o perderemos también su control militar. No es lo mismo que si colocáramos bajo la ley marcial una ciudad o estado. Es simple y sencillamente declarar a las islas Hawaii zona de defensa. Sería manipular los asuntos de las islas de manera que terminara de una vez en ellas el control asiático.

El dejar que se nos escape el control de los hawaianos, quiere decir el sacrificio deliberado de millones de vidas en los Estados Unidos en caso de guerra. ¡Tan importantes son las islas como primera línea de defensa! Si sabemos sacarles buen partido, pueden servir de escudo a todo el continente, desde Alaska al Canal de Panamá.

El Archipiélago presenta un frente de doscientas millas en el cruce estratégico del Pacífico. Trás ellas hay agua libre para mantener la comunicación. San Francisco está a 2089 millas náuticas de distancia. Los Angeles a 2230. Seattle a 2493. Los aviadores Maitland, Hezenberger, Roderer, Goebel y Jensen han llegado a ellas por el aire. Con la ayuda de porta-aviones, la aviación sería un gran factor a la hora del ataque.

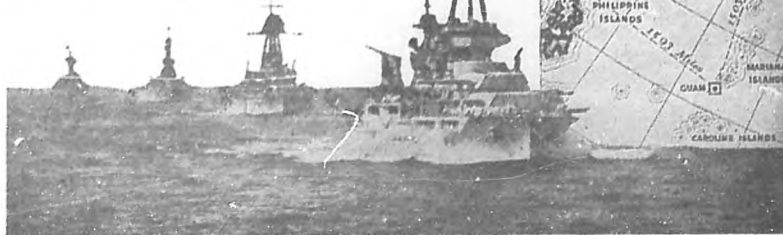
Todo lo cual nos recuerda que cada una de las ocho islas del Archipiélago tiene campos de aviación, que no se hallan bajo el control del Ejército.

Las Hawaii están situadas directamente en la ruta del Lejano Oriente al Canal de Panamá, que se encuentra a 4711 millas hacia el Sudeste.

Contra esta posición defensiva, el Japón está a 3,500 millas allende Honolulu; casi el doble que San Francisco, Manila, si fuese capturada y utilizada como base hostil, estaría a 4770 millas de navegación.

Da la sensación de que estas distancias hacen comparativamente seguro el Archipiélago de Hawaii. Pero por eso precisamente, fué que el Japón se contentó con una tajadita después de la Guerra Mundial. Se satisfizo con que le dieran mandatos sobre las Islas Carolinas, las Islas Marshall y el Archipiélago de Mariana, que se hallan en línea recta entre Honolulu y Manila. (Véase si nó el mapa.)

Desde luego, que el Japón prometió a la Liga de Naciones no fortificar esos lugares, pero en ellos hay puertos para los acorazados de mayor calado. Todo el grupo de islas que los alemanes llamaban Micronesia se extienden por más de mil millas hacia Hawaii. Eo reduce el radio de navegación desde el Lejano Oriente. Y si nos quitaran a la fuerza a Guam, la distancia que quedaba para llegar a Honolulu no pasaría de tres mil millas. Más tarde, en la Conferencia de Armamentos de Washington, celebrada en



1921, el Japón nos quitó el derecho de fortificar cualquiera de nuestras islas que estuviese más allá de Hawaii, en el Pacífico. Tal es la situación. A nosotros nos toca sacar el mayor partido de lo que nos queda en el ingente Océano. Esa es nuestra actual tarea en Hawaii.

Mientras descansábamos sobre nuestros laureles después de la Guerra Mundial, otras naciones se cuidaban de prepararse en el Pacífico. Preveían la situación que ahora se presenta.

La Gran Bretaña enviaba sus diplomáticos a las conferencias; mas al mismo tiempo tenía de Gobernador General en Nueva Zelandia al Almirante Jellicoe, Vizconde de Scapa. Este marino reorganizaba las rutas navales de la Gran Bretaña alrededor del mundo.

Eso ocurría en 1924. La Gran Bretaña consiguió lo que quiso. El Japón consiguió esa larga lanza de islas que apuntan para Hawaii: lo que necesitaba. Nuestro archipiélago hawaiano siguió ensilando piñas, jugando a la política local y criando hijos asiáticos.

Nunca ha sido un secreto que los japoneses no simpatizan con nosotros. Y los que hayan leído últimamente los periódicos



Floyd Gibbons ve en Hawaii una seria amenaza para la tranquilidad del Pacífico.

cos no me culparán porque me preocupe tanto de nuestra defensa en el Pacífico.

Los Estados Unidos han tenido unos cuantos buenos amigos en el Japón durante los últimos años. Ahora bien, los tres más preeminentes han sido asesinados. El premier Yuko Amaguchi, que era uno de nuestros mejores amigos nipones, fué muerto a tiros por un estudiante fascista en 1930. El segundo era el ex-Ministro de Finanzas, Junnosuke Inouye. El Barón Takuma Dan, administrador general de los intereses Mitsui, que tenían muchas ramificaciones en este país, fué muerto el 5 de marzo de este año.

Por último, el 15 de mayo los fanáticos militares coronaron su obra llamando a la puerta de su casa al Primer Ministro Psuyoski Inukai y abatiéndolo a balazos.

Todo el mundo sabe lo que pasó después: los fascistas japoneses se quitaron la careta y exigieron la formación de un gobierno a su gusto y conveniencia. Será un gobierno militar. El comercio y otros negocios honrados quedarán subordinados a la gloria de la conquista.

Los militaristas están a caballo y locos por guerrear. Tal vez sería una probabilidad remota para ellos el atacar a los Estados Unidos. Pero los militaristas, ebrios de belicosidad, no atienden a la razón. Los consejeros militares del Kaiser

buscaron la probabilidad remota y no ganaron. Mas ocasionaron hartos males al mundo para cincuenta años. Ese es el peligro que hoy nos amenaza.

El partido japonés de la guerra tiene muchos agravios que vengar. Nunca les agradó la ocupación norteamericana de las Filipinas.

Las leyes de inmigración de los Estados Unidos han causado siempre enojos. Muchos autores japoneses han escrito libros llenos de acritud contra la Doctrina Monroe, que según ellos les cerraba las puertas del mundo Occidental. A otros ofendió la intromisión americana en Siberia durante la Guerra Mundial. El Japón obstaculizó el proyecto de ahogar al bolchevismo apoyando al almirante Kolchak.

Los intentos japoneses de expansión han llevado algo así como unos 125,000 centerráneos suyos a California a pesar de las leyes de inmigración. En Hawaii hay más de 140,000. Estos son puntos deseables. Y la vista de un territorio deseable por un gobierno que es aplastantemente militarista, se convierte en la tentación casi irresistible de invadir.

Los labriegos y cosecheros de frutas japoneses que viven en Hawaii no pertenecen a la clase militar que acaba de tomar el Poder en Tokio. Los funcionarios de las islas dirán que son gentes aborritiva y trabajadora. Obedecen las leyes y siguen las enseñanzas de su religión. Es el partido militarista allá en su patria.—los señores de la guerra del Japón—el que hace real la amenaza a las Hawaii.

Un partido capaz de recurrir al asesinato de sus compatriotas para ganar el Poder, no titubearía en sacrificar a sus soldados en una guerra, por azarosa que ésta fuera.

Luego, otra cosa: el Japón no ha descuidado sus defensas. El Almirante Fletcher, uno de nuestros marinos más capacitados, que estudió las aguas orientales, hizo la siguiente observación:

"En tiempo de guerra, casi toda la marina japonesa podría utilizarse en operaciones ofensivas lejos de su país, sin preocupación seria por la seguridad de éste."

Todas estas cosas están dentro del dominio de las posibilidades. Hay otras muchas posibilidades también. Hay posibles alianzas que harían la posición ofensiva del Japón mucho más fuerte aún. Hay la posibilidad de que consiga aliados si metemos los dedos en negocios extranjeros.

Lo único que espero es que todo el mundo aquí, en mi país, vea que a nosotros nos toca ahora sacar el mejor partido de esa sarta de islas del Pacífico, convirtiéndolas en una verdadera defensa. Son más que una salvaguardia, una amenaza hasta que se entregue su control absoluto al Ejército y la Marina y se las equie adecuadamente. Para eso fué que las aceptamos. La anexión requirió sólo una ley del Congreso. Otra ley las convertirá en un baluarte seguro.

La guerra en nuestro continente—años de guerra tal vez—la pérdida de incontable número de vidas: he ahí un precio muy elevado para un campo de diversiones en el Pacífico. El Archipiélago de Hawaii es bello, cierto: clima maravilloso, mares azules, bosques de palmas, la blanca resaca rompiendo contra los arrecifes de coral. Le llaman un paraíso. "Es" un paraíso.

Pero lo que Norteamérica quiere saber es: ¿Serán las Islas Hawaii un paraíso perdido?

"Ego sum qui sum..."

UN "Extra"—equivalente cinematográfico de un corista o comparsa teatral—es un hombre extraordinario. Por lo menos, es un hombre extremadamente perezoso, extremadamente haragán.

A veces se trata de un joven ambicioso, ávido de abrirse paso como cineasta. Pero por lo regular la clase está formada por una juventud ociosa, demasiado altiva para trabajar; ahora bien, como el organismo humano no puede subsistir sin alimento, de ahí que el vago profesional objeto de estas confidencias siga la línea de menor resistencia, e ingrese en un "studio" en Cinelandia. Convertido en "extra", obtiene de \$5 a \$7 diarios ocasionalmente. Y así come y cubre sus otros gastos; de un modo precario, pero los cubre. La cues-

ción es no tener que doblar insistentemente el lomo.

Yo soy un "extra" porque soy demasiado orgulloso para laborar como todo el mundo. Cuando papá se arruinó y tuve que interrumpir mis estudios, perdiendo mi carrera, no se me ocurrió colocarme en un taller o en una oficina, ni por un momento. Ni siquiera pensé en

lo más socorrido: meterme en el periodismo o dedicarme a la política. Parece que no, pero son oficios muy arduos. Tampoco la determinación de dar clases de francés. No rinden gran cosa. Y deseché el vulgar recurso de hacerme bailarín de "night club" o salva-vidas en un balneario. La vida de esos "gigolós" de mar y tierra exige brazos y piernas atléticas, y mi fuerte no fué nunca la gimnasia. Nada de esas actividades. Escogí la menos dinámica de las tareas. Me hice "extra".

Antiguamente, cuando un caballerito venía a menos, se alistaba en el ejército en tiempo de guerra; en tiempo de paz se convertía en maestro de esgrima o en profesor de equitación; y si le tiraba la vida sedentaria, se internaba en un convento. Hoy en día, (fuera de un "buen casamiento"), el lugar de más dulce "far niente" en el globo es el salón de espera de un "studio" cinesco.

Dicho sea con todo cinismo: no hay vida más agradable que la del "extra". Casi no se hace nada. Los horarios de faena son cortísimos; los itinerarios son siempre amenos; las compañías no pueden ser más variadas. Es la monotonía de la sabrosura, para los que la saben apreciar, para los que nacieron para ella. Y luego, estar en perenne contacto con las estrellas, convivir a diario con las bellezas de la pantalla, poder aspirar a ser objeto de un capricho de una de esas feminas famosas... No es para juego, señores.

Además, que fuera del "studio" la gente nos toma por actores de alta categoría y somos el blanco de todas las miradas. ¡Cuántas veces no me han confundido a mí con Navarro o con Don Alvarado! Las muchachas se pirran por nosotros y los guardias detienen el tránsito para que pasemos. Y nosotros, siempre con aire de príncipes de incógnito, sabemos sacar partido de nuestra prestancia personal. Por supuesto, los que tenemos tipo valentinesco. Esto no reza con los infelices del gremio, con los que hacen papeles de "cow-boys" o marineros, por ejemplo.

Es verdad que las estrellas, las bellezas mundiales, ni nos miran a derechas; y que no nos dirigen la palabra sino para darnos las gracias por haberles recogido algo que se les haya caído, fuera de escena. Ello no obsta para que abriguemos siempre la íntima esperanza de una probable conquista, y de que hablemos de ellas fuera del "studio" en los términos más familiares. En el café, en nuestras cartas a la familia y en la casa de huéspedes, nos referimos a la Garbo, a la Dietrich o a la Crawford, verbigracia, con aires de íntima confianza: "Le dije esto y lo otro a Joan". "Marlene me preguntó mi opinión sobre la escena de la piscina". "Hoy le quité un hollín del ojo a Greta". Esto nos da importancia, y a fuerza de repetirlo casi lo acabamos por creer

también nosotros. ¿No tengo yo un retrato de Nancy Carroll dedicado por mí mismo?

A veces, de tiempo en tiempo, un "extra" se convierte en un actor de plantilla y logra acceso a la nómina regular. Lo que nunca ha ocurrido—hasta ahora—es el matrimonio de una actriz de primera o de segunda con un "extra"; pero todo llega en este pícaro planeta. Lo que si acaece a menudo es el ingreso de uno de nosotros en el hospital, por lesiones recibidas en un filmaje; esto constituye una sinecura, porque mientras estamos en clínica cobramos sin trabajar, por de contado; y, de paso, hacemos el rol de héroes ante las enfermeras. Por lo general exageramos la importancia de las contusiones, para que nos den de baja.

Somos unos pillines. Y además, unos mal intencionados empedernidos: continuamente estamos deseando que se enferme uno de los primeros artistas repentinamente, o que se descomponga un aparato, u otro accidente análogo durante la fotografía de una película. Ello representa cobrar ese día muy bonitamente, sin mover un dedo, y la prolongación de una jornada más para el personal. Pero esas brevas son muy raras. Las que sí caen a cada rato, descienden literalmente del cielo. Explicáreme.

¿Saben ustedes cuál es la deidad favorita de un "extra" en cuanto se arregla para una escena? ¡Madama la Lluvia! Si llueve, cobra esa sesión sin trabajar. ¡Albricias! Es decir, si el filmaje en esos momentos pluviosos es en un exterior, a la intemperie.

La única calamidad general e inevitable del Cinema es el maquillaje. No tiene nada de placentero embadurnarse de grasa. Los negros son los únicos que están exentos de tal molestia. ¡Y el trabajo que cuesta quitarse luego esa manteca! Esto último es lo que más encorcora del embarramiento. Bueno, paciencia, no todo va a ser color de rosa...

Hay otras nubes. Frecuentemente se ve uno cogido entre los anillos de una película donde hay que trabajar casi tanto como un cartero en vísperas de Noche Buena. Son esas cintas donde hay bandidos mexicanos o policías cubanos apaleados. En "La Manisera", donde tanto luce Lupe (Vélez) vendiendo cacahuetes, yo era uno de los polizontes habaueiros estropeados por la infantería de marina yanqui. Tuve uno de mis aterciopelados ojos cerrados, por luto reciente, durante una semana.

En otra super-joya, trabajando con Lolita (Dolores del Río), me administraron casualmente otro "brillante" en la región ocular, esta vez a manos de una india brava que yo ayudaba a raptar.

Pero el descalabro—cumbre de mi carrera—si se exceptúa la pateadura en serio que me dió un caballo en el patio de la Pathe—tuvo lugar en un episodio de uno de esos fotodramas de pistoleros y contrabandistas que están ahora en boga.

Hace poco tiempo de esto. Yo hacía un papel de narcómano aletargado sobre la mesa de una taberna, al fondo del cuadro. Tenía que estar toda la escena con la nariz pegada al hule. Nada

más. El diálogo de los protagonistas era asaz largo y... yo me quedé dormido de veras;—la noche anterior había estado de picos pardos. Me desperté de improviso, al ruido de un disparo de revólver, y sin darme cuenta me puse en pie y di un paso. ¡Para qué hice aquello! Clark Gable, que tenía en un "hold up" a unos bandidos, dejó caer el arma y me tiró un gagnetón que me acertó en la yugular.

No sé de mi comportamiento después sino por referencia. Dicen que salí de "rolling" en dirección de una puerta cerrada, que la abrí con la cabeza y que rodé 24 escalones como si fuera a robarme una tercera base. Una semana estuve en la enfermería dentro de una escafranda de algodón y alimentándome con pajitas de refresco. El aire me lo suministraban también con manguera. Tantos eran los po- (Para a la Pág. 52.)

Una Victoria Sobre Kid Berg le Brindará a Kid Chocolate Oportunidad en el Campeonato

JACK Kid Berg y Kid Chocolate pelearán, según asegura Jimmy Johnston, vice presidente y primer match maker de Madison Square Garden, el próximo lunes por la noche en el gigantesco stadium construido por dicha empresa en Long Island. Esta pelea, como saben todos los lectores, fanáticos del viril deporte de los puños, debió efectuarse el lunes pasado pero por enfermedad del inglesito se pospuso, haciendo esto que Kid Chocolate, sin culpa alguna, se gastase algunos cientos de pesos más en sus gastos de entrenamiento.

Muchos no le dan a este próximo combate del Kid importancia alguna, por entender que el inglesito Berg será derrotado decisivamente, sin embargo, no participamos de esa opinión aunque si creemos que el actual campeón junior light weight del mundo está preparado para batir a Berg lo mismo que a Petrolle y todos los demás boxeadores de la categoría ligera y junior welter aunque vaya al ring en condiciones desfavorables de peso.

Chocolate, sin duda de ningún género, es la maravilla de los pesos feather, light weight y hasta de la clase inmediata superior, si es que lleva a cabo para peleas con los mejores representantes de esas divisiones un entrenamiento adecuado. El Kid parece que no logra rebasar las 130 libras, y sin embargo, resultando este handicap contraproducente para la mejor realización de sus demostraciones, vence avasallando a todos los que se le opongan.

UN DIFÍCIL RIVAL

No dudamos que Kid Chocolate vencerá a Jack Kid Berg aunque el jurado vaya a cumplir su labor dispuesto a jugarle otra mala partida al "As" cubano, pero de esto a pronosticar que el Kid paseara sobre la anatomía del inglesito como si fuera un "Paluka" dista un abismo.

Jack Kid Berg es un fajador sempiterno que ama el ataque sobre todas las cosas y posee un poder asimilativo capaz de anondar a cualquier adversario. Chocolate posee una técnica diez veces superior a su próximo rival pero quien puede negar que un golpe de Berg eche por el suelo la velocidad y la técnica de nuestro gran puellista. En cuestiones del ring siempre hay que tener en cuenta lo imprevisto y lo probado múlti-

ples veces que aquellos boxeadores que con menores "chances" suben al ring son los que durante el combate más difíciles y peligrosos se presentan.

Kid Chocolate está en la mejor forma de su vida, nos ha dicho un amigo nuestro que observa diariamente el entrenamiento del cubano.

Si es así, no cabe duda que por encima de todo se impondrá el campeón junior light weight del mundo pues debemos recordar que cuando Berg lucía mejor que ahora y Chocolate se encontraba en un periodo de su vida profesional que puede considerarse como su más difícil, fué vencido por el inglesito en un combate que muchos críticos estimaron debió haberse declarado tablas. Tan poca importancia le concedieron los fanáticos a esa victoria obtenida por Berg que el Kid cubano fué contratado poco después por otro muy importante match y su vencedor relegado a un plano secundario.

FRENTE A CANZONERI

El ideal de Kid Chocolate es enfrentarse en pelea rancha a Tony Canzoneri, el actual titular de los pesos ligeros.

Fuimos testigos presenciales de este match, celebrado en Madison Square Garden, New York, y podemos dar fe que entre las pésimas decisiones que recordamos la que dió el jurado en la pelea Canzoneri-Chocolate ha sido una de las peores.

Y, según el mismo Chocolate, no lucía aquellos momentos como ahora en que se ha propuesto obtener los más altos laudos del boxeo mundial.

Aquellos fanáticos que consideran a Jack Kid Berg fá-

cil, deben irse preparando para escuchar por radio varios rounds en que el inglesito, en desesperados esfuerzos, tratará de "llevarse" a Chocolate con un solo golpe. En pelea a distancia, Chocolate debe acabar con Berg, pero éste, que conoce bien al cubano, tratará de llevarlo al "clinch" y hacerlo pelear bien de cerca, única manera de obtener algunas ventajas, y con ellas un posible triunfo, inaccesible de otro modo.



LOS RUSOS, IMITANDO A LOS AMERICANOS, SE DEDICAN CON ENTUSIASMO A LOS DEPORTES, CONFIANDO EN "CONSTRUIR" UNA GENERACION MAS FUERTE.—La foto muestra los porta-estandartes de las distintas agrupaciones deportivas de Moscú, marchando hacia la Plaza Roja durante la reciente demostración atlética en la que participaron más de cien mil personas, hombres y mujeres.

ADOLFO FONT



(ILUSTRO HORTSMANN.)



YO acababa de sentarme en la elegante sala de aguas café frecuentado por una clientela distinguida, cuando una hoja de papel estrujado, que estaba de bajo de la mesa, atrajo mi atención. Recogí el papel y, desdoblándolo con precaución, vi que estaba cubierto de unas letras minúsculas de extraños rasgos, que revelaban una profunda inquietud.

Era una carta de mujer. Su aspecto, su carencia de firma excitaban mi curiosidad. He aquí lo que pude descifrar:

"Mi querido Juan: ¿que triste estoy por tu ausencia! ¿Te imaginas a Nadina sola, completamente sola y lejos de tí? La semana que ha transcurrido desde que estas de viap, me ha parecido un siglo. Las noches, sobre todo, me parecen interminables; así y despierta hasta muy tarde y apenas dormo algunas horas. Ayer me levante antes de salir el sol, causada, nerviosa, desolada... Me aburro enor me mente; no puedo vivir lejos de tí.

Hago esfuerzos mandados por consolarme. Pero, ocho días sin tus besos, ocho noches inmensas sin verme entre tus brazos, es un tormento demasiado grande para una mujer que ama apasionadamente como te amo yo.

Yo podría no confesarte esta impaciencia de mi corazón, aparentar una bella tranquilidad, pero no quiero mentir. No puedo engañarte. Todos mis pensamientos son tuyos, en mi vida no hay el más mínimo secreto para tí. No te oculté nada; jamás te ocultaré nada. Estoy absolutamente identificada contigo. Además, ¿no es esto una prueba elocuente de mi constancia y de mi fidelidad?

No, tú no ignorarás nada de mi vida; te contaré todos los detalles, hasta los más insignificantes. Te reirás, Juan, te reirás de mis puerilidades. Precisamente, en este momento, mientras te escribo esta carta en este café, un joven que está sentado ante una mesa vecina a la mía, no se cansa de mirarme. Sí, yo lo observo sin que él lo note, sin levantar la cabeza. ¿Se imagina ese hombre que el corazón de Nadina es una plaza conquistable? ¡Ah, cómo pierdes tu tiempo ese individuo! No tengas temor ninguno, mi querido Juan. Los hombres pueden codiciarme, aquí o en otra parte, ofré rme su puesto en el ómnibus, con una sonrisa que dice mucho de sus intenciones, o correr detrás de mí en la calle—como me sucedió ayer con un señor—para alcanzarme un guante... que no era mío. Yo soy tuya, amor mío, tuya exclusivamente. Para mí, no

existe en el mundo ningún hombre que pueda compararse contigo.

¡Cuántas trampas, sin embargo, acechan los pasos de una mujer sola! ¡Cuántas tentaciones! Hay que reconocer que los hombres tienden sus redes con una tenacidad que desconcierta. Por ejemplo: hace ya tres cuartos de hora que este joven no me quita los ojos de encima. Siento su mirada clavada sobre mí; me molesta. Después que está mirándome este hombre, me siento más desalentada, más triste. Vuelve pronto, mi querido Juan, mi Juan adorado.

¡Ah! Este joven es insoportable. Siento deseos de repeler esa mirada con un gesto rudo. ¿No experimentarás una inmensa alegría, mi adorado Juan cuando encuentres en esta carta las huellas fieles de mis pensamientos. ¿No es verdad que estoy dándote una gran prueba de amor?

Este joven no es un tipo desagradable. Otra mujer podría sentirse orgullosa de sus miradas. Espera: voy a trazarte su retrato. Es trigüefio... Sus ojos son negros, muy negros... ¡Qué expresión tienen esos ojos! Pero no vayas a sentirte celoso, mi querido Juan. No tienes ningún motivo para sentir celos. Tú sabes que no soy de esas mujeres propensas a ser conquistadas.

¿Te acuerdas, Juan mío, de nuestro último paseo antes de tu partida? ¡Qué tiempo tan precioso hacía aquella tarde! ¡Qué feliz era yo, acurrucada a tu lado, en tu automóvil! ¿Por qué no estás aquí, amor mío, para que me abracés fuertemente contra tu pecho?

Este joven no se cansa de mirarme. Hay fuego en su mirada. Y también algo como una caricia, que penetra, que adormece, que fascina... Es una mirada embrujadora. ¡Qué turbación me causa este hombre! ¡Qué desdichada soy! Juan, mi querido Juan, ampárame. Pero... ¡no! Yo no soy de las que se abandonan... ¡Qué nerviosa estoy! Todo me parece tan confuso, tan complicado...

¡Dios mío! Yo no quisiera que ese joven me mirara de esa manera... ¡Tengo tanta necesidad de ser amada! ¡Y qué bellos son sus ojos! Están llenos de ensombrecimientos... Odio a este hombre, lo detesto...

Esas eran las últimas palabras de la carta. Traté de representar en mi mente a Nadina, nerviosa, atolondrada, interrum-

(Pasa a la Pág. 49.)

Los Juegos Olímpicos

por
Geney Tunney

"Un buen 'sportsman' puede siempre mostrar a un estadista prestigioso el camino a seguir", declara el famoso boxeador, abogando por menos nacionalismo y más 'sportsmanship' en los grandes juegos.



Gene TUNNEY, campeón de Boxeo del mundo que se volvió invicto, el autor de este artículo



La Campeona de "diving" de los Estados Unidos se entrena para los eventos olímpicos

El deseo de proezas atléticas es tan instintivo como el de comer. Pero así como se dice que la cultura viene con el ocio y que no hay raza que no haya desarrollado su cultura sin poseer antes una clase acomodada, el atletismo también necesita de las mismas condiciones.

Los ejercicios atléticos y los juegos, según cree casi todo el mundo, fueron inventados por los griegos, y ya Homero describe con lujo de detalles las fiestas atléticas del año 1000 A. de J. y aún de antes. Los egipcios, empero, tenían sus juegos atléticos mucho antes que los descritos por Homero. Más no hay duda de que si el atletismo hubiera quedado en manos de los esclavos de la civilización egipcia, no habría habido deportes, como tampoco habría habido un arte que mereciera la pena. Los hombres exhaustos por el trabajo no pueden tener voluntad para jugar, y la competencia atlética es un juego. El arte también es juego. El niño que hace pelotas de fango, es el padre del escultor, y el niño que juega al tejo en el patio de la escuela, llega a ser más tarde el héroe del Maratón Olímpico.

Para los griegos que establecieron los juegos olímpicos, los ejercicios atléticos tenían importancia no solo como preparación para la guerra, sino también como preparación para toda la vida. No concebían una mente perfecta si no iba acompañada de un cuerpo perfecto. Los muchachos que han de competir en Los Angeles debieran servir idéntico ideal, más, por desdicha, los ejercicios atléticos de hoy no parece que sirvan ya a la causa de la cultura.

El triunfador de Olimpia era glorificado por sus conciudadanos. Fidias esculpió su estatua; Píndaro entonaba las alabanzas de toda su raza; los padres de la ciudad decoraban su puerta con mirtos. Hoy el triunfador olímpico recibe un título a cuatro columnas y luego se le olvida. Acaso más tarde saque alguna utilidad de su triunfo aceptando efectivo por encima o por debajo de la mesa. Esto nos parece injusto.

Nos hemos convertido en una raza de especialistas. Cada cual se dedica a lo que mejor sabe hacer, ya se trate de la banca, la pintura, el derecho, la cirugía o los deportes. El mejor en cada oficio recibe la mejor paga, es decir, menos el "sportsman" o atleta.

En cuanto se menciona la remuneración ármase un escándalo horrible. En algunas esferas, profesionales del deporte y parias son sinónimos. Y esto a pesar de que el tiempo y la energía gastados por el atleta en aprendizaje y preparación es comparable con el que han empleado en lo mismo el médico o el abogado.

El número de atleta de los tiempos modernos, Jim Thorpe, el campeón de Carlisle, cayó en desgracia porque se descubrió que recibía una modesta pitanza. Después de haber ga-

nado mayor número de puntos que ningún otro atleta olímpico, lo borraron de los "records" oficiales porque había aceptado dinero para sus gastos por jugar al "base ball" durante las vacaciones. Thorpe recibía dinero por encima de la mesa. Otros, aprovechándose de su error, insisten en que se lo pasen por debajo de la mesa.

No obstante, el espíritu y la actitud de Jim Thorpe, acercábanse hasta decir no más al ideal del "amateur", según lo entiendo yo. Amaba el atletismo y competía por lo que para él era el mayor galardón: la gloria.

Los aplausos, que acompañan a las victorias atléticas, no constituyen la sustancia de esta gloria de que hablo, sino que son un elemento incidental de ella. Hay en la gloria algo más noble: un sentimiento emocional que resulta inspirador: la conciencia de que se ha conseguido la victoria contra competidores dignos, que las molestias del largo y tedioso "training" han sido ampliamente recompensadas, que el temple de uno ha salido airoso de la prueba: todo esto se reúne para integrar la gloria.

Estamos en una era de vulgarización y cada uno pone su piedra consciente o inconscientemente. Del atletismo, el "football" es un ejemplo. Cien mil personas se congregan en un estadio para ver un juego entre dos equipos coordinados y bien entrenados. Es difícil discernir en el espectador de los juegos de "football" donde termina la excitación y comienza la locura. El error lo es todo. La incitación a la vic-

torias es psicopática. El doctor Nicholas Murray Butler, de la Universidad de Columbia, ha comparado la excitación que prevalece en el estadio de "football" al desenfreno del anfiteatro romano.

Dicen muchos educadores modernos que la importancia que se presta al "football" está fuera de toda proporción. Esto lo niegan muchos "antiguos graduados". En todo caso es evidente que el espíritu de la institución del football está tan alejado del espíritu del deporte por el deporte como los combates gladiatorios del anfiteatro romano lo estaban del espíritu de los primeros juegos olímpicos.

Los griegos se interesaban por la forma y por el ritmo, por la poesía del movimiento y su relación con el perfeccionamiento del ser humano. Los griegos amaban los juegos; mientras que, por otra parte, los romanos amaban los combates. Los romanos se interesaban por la supremacía física y por el juego: la competencia

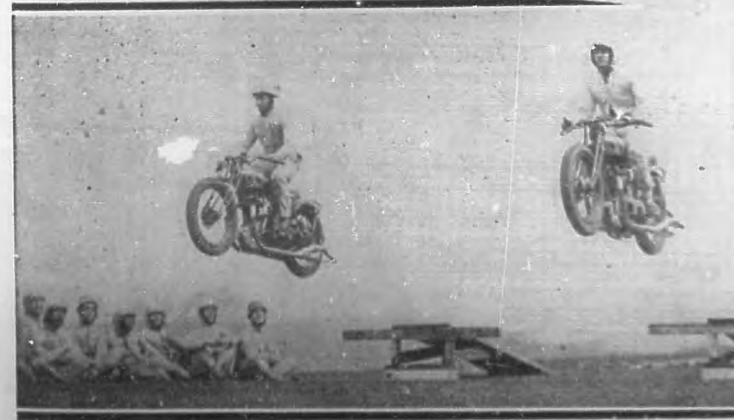


Helena MADISON, la Campeona de Nación de los Estados Unidos se entrena para los próximos Juegos Olímpicos

atlética no era más que una prueba de agilidad.

Los primeros juegos olímpicos de que se tiene noticia se celebraron en Olimpia el año 776 A. de J. Olimpia estaba situada en la parte Suroeste de Grecia. Las primeras Olimpiadas solamente se componían de carreras a pie y la fiesta duraba no más que un día. Más tarde se añadieron las competencias llamadas Pentathlon (boxeo, lucha, salto, lanzamiento de disco y lanzamiento de jabalinas.) Posteriormente aún colocóronse en la lista las carreras de carros y el "pancratium". El "pancratium" era una combinación de boxeo y lucha.

Estadista MARUSARYZ, atleta estrella del team de ski polaco, cuando un marañilino salta, en su training para participar en las próximas Olimpiadas



Atletas ingleses, expertos en el manejo de la motocicleta, entrenándose para un truco en Londres, como paso previo para participar en las Olimpiadas

Parece que en este "pancratium" todo estaba permitido salvo el sacarse los ojos con el puñal y la estrangulación. Visto desde todos los ángulos (Para a la Pág. 45)



Max Baer, la esperanza de California, en la categoría completa, ya demostró por segunda vez su superioridad sobre King Levinsky en un match celebrado en Reno, Nevada el día cuatro de julio.



Vista parcial de la concurrencia que asistió al Stadium de Reno, Nevada durante el match Levinsky-Dempsey, promovido por el ex-campeón Jack Dempsey.



Max Baer, el peso completo californiano, recibe sin inmutarse un izquierdazo a la oreja que le desembarca King Levinsky en el séptimo round del combate que celebraron el próximo pasado día 4 de julio en Reno, Nevada.

Debido a las reglas especiales que rindieron en el match Baer-Levinsky, el referee consistió en que ambos se golpeaban bajo varias veces. En la presente foto se observa a King conectando un golpe bajo la línea límite.



King Levinsky, boxeador peso completo que tiene en su record haber derrotado a la sombra de Jack Dempsey, perdió de manera definitiva la decisión en su pelea con Max Baer. King venció a Dempsey... recientemente.

(Viene de la Pág. 47)
 los puntos era un espectáculo brutal y tras un breve periodo fue suprimido de la lista de los deportes. Los participantes sufrían muchos golpes en la cara y en la cabeza y al parecer llevaban las cicatrices y marcas de su deporte como nuestros luchadores y pugilistas de hoy. A una oreja agrandada—lo que nosotros llamamos orejas de coliflor—se le llamaba oreja pancreática. Diré de pasada que, siendo miembro de la iratemidad de la oreja pancreática, voto por ese nombre.

Después del aumento del programa, la fiesta se prolongó hasta cinco días para que todos los competidores pudieran participar en los juegos. Estos competidores venían de todos los rincones de Grecia y había que llenar los requisitos mental y moral, lo mismo que físicamente.

Ciara está que para comprender la seriedad de las ceremonias y el entusiasmo de los griegos para los juegos, es preciso recordar que su móvil era puramente religioso. Creían que el dios Zeus deseaba el desarrollo y la disciplina del cuerpo lo mismo que el de la mente y el espíritu. Es difícil concebir una inspiración más notable que ésta para un atleta.

En contraste con el motivo religioso de los griegos, el tema patriótico ha entrado en las Olimpiadas modernas. En lugar de ser un símbolo de paz—según afirman competidores y espectadores fidedignos—los juegos modernos se asemejan a una guerra mundial en miniatura. Sería mejor alejar a los "patriotas" de los juegos, especialmente cuando quieren reglamentarlos.

Cuando el Barón Pierre de Coubertin, padre de los juegos modernos, escribió en 1894 a los grupos atléticos oficiales de las naciones más grandes para persuadirlos a que cooperasen con él en su intento de revivir los juegos clásicos de Grecia, podemos estar seguros de que no previó la nota patriótica e insidiosa que afecta a todas las Olimpiadas de hoy.

"Monsieur" de Coubertin logró persuadir a los entusiastas del atletismo y a los eruditos clásicos de que intentar un renacimiento de los antiguos juegos. La primera nueva Olimpiada se celebró en Atenas en 1896 y señaló el comienzo de una era nueva en el atletismo.

El juramento que pronuncia el moderno atleta olímpico—una sentencia que posiblemente sea responsable por la actitud belicosa de los funcionarios y competidores a la vez—dice:

"Juramos tomar parte en los Juegos Olímpicos en leal competencia, respetando el reglamento que los gobierna, y deseando participar en ellos con un verdadero espíritu de "sportsmanship", "por el honor de nuestro país" y por la gloria del deporte".

Si yo pudiera volver a escribir ese juramento le cambiaría la frase, "por el honor de nuestro país", poniendo en su lugar: "por el honor de nuestra civilización". El deporte, como el arte, es internacional y no debe ser "patriótico".

narse al estrecho surco patriótico de los estadistas chauvinistas.
 Los juegos olímpicos de la antigüedad—los festivales religiosos—cesaron por un edicto del Emperador Cristiano de Roma, Teodosio, a fines del siglo cuarto de nuestra era. Después de la ocupación de Grecia por los romanos, los juegos habían caído en el desprestigio. Atletas pagados competían en nombre de los individuos y de las ciudades.

Hace diez y seis o diez y ocho años cuando el entonces joven autor de estas líneas, lleno de ambición atlética, se iba a correr por las calles de la ciudad ataviado con el leve traje del corredor, lo silbaban y se reían de él invariablemente aquellos cuya atención atraía el curioso espectáculo. Un buen porcentaje de los mayores de aquella época no comprendían los ejercicios atléticos, ni podían entender la necesidad o utilidad del atletismo. Según ellos era malgastar el tiempo.

La situación ha cambiado. El corredor que da la vuelta al Parque Central ya no es objeto de curiosidad. Muchas causas han contribuido a este cambio en la actitud pública hacia el atleta. Sin embargo, el primer factor es el conocimiento. Sabios, educadores, médicos y sociólogos han descubierto y propagado los beneficios de los ejercicios y juegos.

Ahora tenemos un interés extensísimo en todas las ramas del atletismo. ¿Por qué no procuramos captar un poco del espíritu clásico en nuestra actitud hacia los juegos? ¡Un cuerpo bien formado, perfectamente coordinado es una cosa tan bella! Debemos comprender y crecer en estas cosas a medida que entramos en el porvenir y en sus facilidades.

Todo el mundo va disponiendo cada vez de mayor tiempo. Esto se le debe a la máquina. A medida que cada nación se industrializa, sus habitantes disponen de mayor ocio. Una gran parte de este tiempo sobrante va a emplearse en el juego y en los deportes, con el consiguiente interés, cada vez mayor, en el atletismo. El hombre que hoy se opone a los ejercicios atléticos, se opone al porvenir.

Laboremos por hacer de los Juegos Olímpicos del futuro un símbolo de paz, como lo eran en el pasado. Mucho bien puede provenir de estas conferencias atléticas internacionales si nos aprovechamos de las ventajas que ofrecen. Un buen "sportsman" puede siempre mostrarle al estadista prestidigitador el camino a seguir. Por eso es muy posible que los competidores olímpicos sirvan mejor que nadie a la causa de la diplomacia en el porvenir.

Hay que purgar a los juegos olímpicos de todo nacionalismo. Un norteamericano comprende que el competidor alemán que corre cien metros en igual tiempo que él, vale tanto como él, y viceversa. ¿Por qué, pues, las divisiones y odios raciales? No tendrían razón de ser si no fuera por "patriotas".

Indispensable!

Toda persona de experiencia considera indispensable tener a mano un frasco de Leche de Magnesia de Phillips, el antácido laxante ideal recomendado por la profesión médica por espacio de más de medio siglo.

La de Phillips es la legítima!



NADINA (Viene de la Pág. 44.)

piendo bruscamente su carta para huir del tentador.

Llamé a un dependiente y me pregunté: ¿Había una mujer sentada aquí antes que yo?

—Sí, señor; una mujer muy bonita. En esa otra mesa, estaba sentado un joven de aspecto distinguido, que no cesaba de mirarla. Cuando llegó, la mujer me pidió papel y tinta. Y estubo escribiendo durante una hora, hasta que la vi levantarse de pronto y salir, muy agitada. El joven la siguió, naturalmente. Se acercó a ella. Le habló. Yo los vi detenerse en el ángulo de la calle Delambre y del bulevar. Pude observarlos durante un momento. Hablaban juntos. Luego los perdí de vista.

Entonces el dependiente, interrumpiendo de súbito su explicación, extendió un brazo hacia la calle y dijo sonriendo:

—Mire, señor; ahí están. Un joven y una dama hablaban en la acera, al lado de un auto.

—¿Qué hacen?—prosiguió el camarero.—La conversación ha terminado. ¿Van a separarse? No. El entra en el automóvil. Se sienta. Pone sus manos en el volante... ¿Y ella? Ella no se mueve. El se inclina, le habla. La linda señora está indecisa... Yo apostaría que... ¿Ve usted? Ha montado también en el vehículo... Se sienta al lado del joven... Se abrazan... Se han dado un beso en plena calle...

En el elegante salón del mismo café donde yo estaba sentado, un hombre y una dama entraron un momento después, y se instalaron alrededor de una mesa contigua a la mía. El hombre cogió el teléfono e investigó la salubridad de los trenes. Cuando volvió a sentarse, oí a la mujer que decía en tono suplicante: —No partas, querido mío, no me deses sola... Tu ausencia me causaría la muerte...

SEÑORA, PARA SUS CANAS. USE MANZANILLA ALEMANA "EL SOL DE ORO" PONE EL CABELLO RUBIO Y LO CONSERVA RUBIO FRASCO CHICO 85CTS. EN DROGUERIAS, BOTICAS // GRANDE \$1.50 EN Y"EL ENCANTO"

CONSULTORIA LEGAL DE "BOHEMIA"

Las consultas dirijalas por escrito a
Dr. FERNANDO G. ESTEFANI,
Consultoria Legal de BOHEMIA,
Consulado 52, altos, Habana.

F. A.—Sagua la Grande.—El censo es indivisible. Usted no puede obligar al censalista a recibir la parte proporcional suya, pero si puede pagar la totalidad del rédito de censo y después repetir contra los demás propietarios de la finca acensuada, para que le reintegren lo que pagó por ellos.

Lucrecia, Habana.—El matrimonio tiene que celebrarse en el domicilio de los contrayentes, bien en el de la mujer o en el del marido. Usted puede dar poder a cualquier persona, que desde luego pueda representarla, para que contraiga matrimonio en su nombre.

R. O.—Santa Cruz del Sur.—Nombrado un Administrador judicial para la finca embargada, es a éste y no al dueño a quien debe pagarle. Esto es en cuanto a los alquileres que vengán después, ya que los anteriores debe recibirlos el dueño, entre otras razones, porque son rentas vencidas y el Administrador solo se nombra para los frutos y rentas por vencer.

M. N.—Habana.—Por lo que usted me explica en su carta, parece estar obligado a continuar el curso en la forma que se convino. Ello no obstante, sería necesario conocer el contrato para tratar de resolver el caso favorablemente a usted; pues si de dicho contrato se deriva alguna obligación para la Escuela que no hubieren cumplido a su debido tiempo, entonces estará usted exento del cumplimiento del contrato por haberlo incumplido ellos.

Fernando X.—Falcón.—Es cierto que por la causal 13 de la reciente reforma introducida a la Ley de Divorcio, la separación de los cónyuges es causal para pedir el divorcio, siempre que concurren las circunstancias que dicha Ley determina. Por lo que me dice en su carta, usted puede obtener el divorcio, aunque, para poder contestar concretamente en la forma que usted quiere, yo le agradecería que, sin compromiso alguno para usted, se sirva pasar por mi Bufete Consulado 52 altos de 3 a 6 de la tarde, o llamarme al teléfono A-2418 a fin de conocer otros detalles que no menciona su carta y que es imprescindible conocerlos.

VEA COMO PUEDE USTED IR A MIAMI

1º BOHEMIA, publica, en la página de enfrente 10 fotografías, pertenecientes a 10 de nuestras principales figuras del comercio y la industria, así como 10 cuadros-avances, de distintas casas comerciales e industriales de cuyas casas son gerentes los señores antes citados.

2º El objeto del Concurso es el conocer quién es cada uno de los señores, recortar sus fotografías y pegar cada una de ellas, en el círculo en blanco que lleva cada uno de los anuncios insertados, teniendo cuidado de que cada una de esas fotografías vaya colocada en el círculo que le corresponda, es decir: llevar a cada uno de los citados gerentes a la casa de cuya firma forma parte y escribir el nombre y apellido del fotografiado en la línea dispuesta para ello en el mismo anuncio.

3º Por cada acierto en la colocación de las fotografías, se le anotará al concursante CINCO PUNTOS y por cada nombre correcto se le adicionarán otros CINCO PUNTOS. El nombre del gerente debe ir escrito en la línea final de cada anuncio donde empieza Sr.

4º Cada concursante podrá enviar el número de soluciones que desee en cada edición pero la puntuación se hará tomando por base cada hoja de solución individualmente, es decir: no se hará acumulación de puntos de una hoja de solución a otra, aunque ambas sean del mismo concursante.

5º Las soluciones se remitirán bajo sobre cerrado, a "Revista BOHEMIA, Concurso Un Fin de Semana en Miami, Apartado 2169, Habana". Al dorso del sobre, por la parte de afuera, deberá ponerse el nombre del remitente, con el fin de relacionar su nombre en las listas de soluciones recibidas que se publicarán en esta misma página. Para comodidad de los residentes en la ciudad de La Habana, se ha instalado un buzón especial en nuestras oficinas, Trocadero 89-93, donde deberán depositarse las soluciones ya que bajo ningún concepto las recibimos a mano.

6º Las soluciones serán admitidas hasta las 6 de la tarde del día 30

de Agosto. Todas las que llegaren después de esta hora y fecha serán destruidas sin abrir los sobres que las contienen.

7º El día 1º de Septiembre, a las 10 de la mañana se constituirá el Jurado en sesión permanente y pública y a la cual quedan invitados desde ahora, todos los concursantes, para revisar todas y cada una de las soluciones remitidas, premiándose las diez que acumulen mayor número de puntos.

En caso de empate de dos o más concursantes decidirá la suerte.

8º Los diez ganadores recibirán: 1º—Un pasaje de ida y vuelta a Miami, por la vía aérea, utilizando un avión de la "Pan American".—Y 2º—Una estancia de dos días en Miami, en el hotel "Pancoast" con todos los gastos pagados incluyendo comidas.

9º El jurado del Concurso, queda formado de la siguiente manera, Presidente, M. Penabaz Fraga, Jefe de Publicidad de BOHEMIA; Secretario, Loredano González del Campo, Jefe de Información de BOHEMIA y 10 vocales designados por las casas comerciales e industriales asociadas al Concurso.

10º—Quedan excluidos de tomar parte en este Concurso todos los empleados de la Revista BOHEMIA, así como los familiares de los mismos.

DADO EL ENTUSIASMO QUE HA DESPERTADO NUESTRO CONCURSO APENAS INICIADO, LA ADMINISTRACION DE ESTA REVISTA HA DISPUESTO QUE EN LUGAR DE CINCO SEAN DIEZ LOS PASAJES A SORTEAR. DE ESTA MANERA DAMOS MAYOR NUMERO DE OPORTUNIDADES A LAS PERSONAS INTERESADAS EN NUESTRO CONCURSO UN FIN DE SEMANA EN MIAMI.

HAVANA - MIAMI

IDA \$28.00. Ida y vuelta \$50.00.
Salida diaria a las 3 p. m. del Muelle del Arsenal.
"PAN AMERICAN AIRWAYS, INC.

NEPTUNO NUM. 2. TELEFONOS A-2222 Y A-6664.



JABON
CASTILLA
'GOLIATH'

Elaborado con
aceite puro
de oliva.

M. CABRERA Y CIA.,
S. en C.
Apartado 2482. — Habana.
SR.

PIDA
"NENA"
Y LE DARAN LA
MEJOR LECHE
CONDENSADA.

J. CALLE Y CIA, S. en C.
1111' AL 1110' HAVANA
SR.

Tome
Coca-Cola
Deliciosa y Refrescante

Al alcance
de todos

COPELAND
EL REFRIGERADOR
ELECTRICO IDEAL...
CUESTA MENOS,
ES MEJOR.

'LA CASA GRANDE'
GALIANO Y SAN RAFAEL.
SR.

E. A. Q.
MADRID
Es una de las
estaciones que
se pueden oír con el radio

RCA-VICTOR

R-32.
VDA. DE HUMARA Y TASTO S. en C.
RICA (Muralla) 87 y 85. Telfs.: A-3498 y M-9099.
SR.

Jabón "PALMOLIVE"
Ideal Para
La Belleza del Cabello

Hecho con
Aceites de Oliva y Palma

Crema Dental Colgate
DIENTES LIMPIOS
ALIENTO PERFUMADO

"TEATRO CAMPOAMOR"
JULIO
14, 15, 16 y 17
EL
CAMPEON
(THE CHAMP)

Por WALLACE BEERY, JACKIE COOPER
e IRENE RICH.
SR.

Exija a su
bodeguero el 25
por ciento de
rebaja en los
precios que
usted pagaba.

TODDY S. A.
SR.

"SOUTHERN DAIRIES"
LECHE
PASTEURIZADA.
HELADOS DE LUXE.
Concha y Marina. Telfs.: X-2600, X-2655
SR.

"AUNQUE NO LO CREA"
"EL MUNDO"
En su gran "VENTA REGALO" regala
a sus clientes, durante este mes,
tres radios "VICTOR".

Además de darte los
zapatos casi GRATIS.

"EL MUNDO"
Templo Máximo de la Moda en Caliente.
REINA 33.
SR.



EN ESTE Suntuoso HOTEL, EL MAS ARISTOCRATICO DE MIAMI, SE HOSPEDARAN LOS TRIUNFADORES DE NUESTRO CONCURSO DE FIN DE SEMANA.

La belleza en la mujer cuando no está respaldada por la virtud es un problema en cuya solución casi siempre interviene la desgracia.

Cuando el casto amor es perturbado por algún acto irrelativo y torpe de los enamorados, más está decir que la peor parte de las consecuencias de esa desgracia la experimenta la mujer.

Cuando la esposa deja de ser la mujer ambicionada de otro tiempo, el cariñoso y dulce "tú" del esposo enamorado suele degenerar en el "tú" grosero y despótico del marido arrepenido.

En el amor, el idealismo deja de ser cuando al materialismo cree haberle llegado su puesto de honor.

La virtud sitiada por el hambre está expuesta a quebrantarse, pero; pero la virtud vencida así por el infortunio no debe considerarse como una víctima difamante.

PENSAMIENTOS

Así como la inteligencia y la cultura son dos cosas distintas, la honradez y la virtud son hermanas gemelas.

Practicándola y no predicándola es como se demuestra más eficientemente la honradez ya que con palabras no siempre se dice la verdad.

Si se pudiera leer en la conciencia de algunos hombres, valdría la pena renunciar a esa lectura, pues para horrorizarse bastaría con conocer algunos de sus actos.—*Manuel F. Julbe.*

Cada matrimonio es una cruzada, pero desgraciadamente sólo una pequeña minoría llega a la Tierra Prometida.—*K. Spaur.*

El amor es ciego, pero el matrimonio lo opera.

A un breve "Sí" sigue en el matrimonio un interminable "No"—*A. Teuffier.*

..Casarse equivale a duplicar sus obligaciones y reducir sus derechos a la mitad.—*Schopenhauer.*



(Viene de la Pág. 43)

trazos que había recibido, que solamente con tubos y caneria podía comunicarme con mi fostiera, desde el fondo de la mortaja de vendajes que cubría mi estado.

Si el accidente no hubiera resultado tan grave, me hubiera costado mi empleo y mi reputación profesional. Se limitaron a regañarme y suavidad. Ni multa ni suspensión. Mi agresor me indemnizó generosamente. Esta es la hora que no sé por qué me atizaron ese manopazo. No lo quiero saber, ni tampoco el título de la película. ¿Para qué? No me placen los recuerdos desagradables. Dicen que se utilizó mi escena aleatoria. No quiero verla. No me siento con valor...

En la primera oportunidad hube de cambiar de "studio".

Ahora no me registro sino en las compañías de comedias finas, de salón, donde no hay estacazos ni bofetadas. Las hermanas Talmadge, por ejemplo, son una garantía para los "extras" delicados. Las cintas dramáticas en que ellas trabajan son una delicia: excursiones en automóviles, lunetas en un teatro, bodas, comidas de natalicio, mítines feministas, etc. Nada de "star bouts" de boxeo a costa de la comparsaría. Se acabaron para mí los argumentos guerreros, de viajes de exploración, de naufragios y de descarrilamientos. Nunca más. Quédesc eso para la plebe.

Las obras en que toma parte Clarita (Bow) y las dirigidas por De Mille son también una panetela. Todo se vuelve bailes elegantes y espectáculos de cabaret, fiestas de colegialas y sports acuáticos, casinos y playas de moda. Monopolizan lo "chic" y lo "smart" y tienen unos coros de "girls" que dan el opio. Las firmas de Chaplin y Paramount son también aceptables.

Este género y esas corporaciones forman el Paraíso del "Extra", aunque el abuso del baile en sus obras causa a la larva. Nos hace sudar y nos arruga mucho la ropa.

Pero váyase lo uno por lo otro. Tenemos en cambio las languideces del ebismero en las esperas de tur-

LA MUJER Y EL AMOR

(Viene de la Pág. 32.)

escogemos coloridos realmente armoniosos para nuestros vestidos; en fin, consideramos el arte de agradar como la preocupación primordial de nuestra vida.

Sin embargo, no es la única finalidad del amor transformarnos físicamente. Sin duda, las cualidades físicas influyen poderosamente en la opinión que un hombre se forma de una mujer, pero las cualidades morales no son menos importantes. Y está probado que una mujer enamorada es moralmente

ESTE ES UN HOMBRE A QUIEN NO LE ENTRAN LAS BALAS

(Viene de la Pág. 33.)

para apresar las palabras del vaquero... —¡Ella es la más fuerte!—Dijo William.—Por lo menos es la que más puede...

Y ahí tenéis, lectores, cómo un

no, la placidez de las sobremesas en los actos gastronómicos, el deambular sosegado cuando formamos "atmósfera" (ambiente) en recepciones, paseos, eventos deportivos y otros esparcimientos sociales. Esto último, sobre todo, es el ideal: ser meramente "uno de los presentes", circular tranquilamente de incógnito, impertérritos, "mostrando las formas".

Yo no cambio esta vida sino por un millón de pesos.

Los jóvenes acostumbrados a trabajar no sirven para hacer buenos "extras" de sociedad. Están echados a perder por la acción. No saben holgazanear; carecen de naturalidad para mostrarse en público ociosos, sin hacer nada. "No hacer nada", esa es la cuestión, el desideratum.

La acción está reservada en Filmópolis a las primeras partes. El elemento secundario, el marco humano, el fondo, tiene que estar formado por gente inerte, linfática, sin nervios.

Un hombre activo es un fracaso como "extra".

Un buen mozo consciente, emprendedor, enérgico, echa a perder con frecuencia muchos metros de celuloide, es regañado a cada rato y acaba por no verse escogido nunca en el reparto de personajes de pantomima.

El mérito es ser, a secas, público, multitud, muchedumbre, masa.

A mí me gusta, de un modo múltiple, "la masa".

De ahí mi éxito como "extra". Mis movimientos son lentos, mi carácter es pausado, mi temperamento es el de un jugador de ajedrez. Por mi mente casi no transitan ideas. Me ofendería el que me propusiese trabajo y progreso. Soy el producto neto, el extracto de un cruce de Anónimo y la Estática. Yo soy el EX por excelencia.

Ya me conocen. —Gracias, el gusto es para mí.

Ahora, fíjense en la próxima película aristocrática. Búsquenme, que ahí estoy yo, en la sombra, como el Huésped Desconocido.

Les agradaré, no obstante. Soy inodoro, mudo y amorfo.

Extraordinariamente.
Por coria:
De Mello.

LA MUJER Y EL AMOR

(Viene de la Pág. 32.)

superior a las demás. Es que el amor nos confiere un entusiasmo extraordinario, un impulso nuevo. Lejos de dejarnos abatir por un fracaso o por una contrariedad, tenemos siempre ánimo para dominarnos. En todas nuestras acciones, somos estimuladas por un aguijón que nos impulsa a realizar hechos de los cuales nos creíamos incapaces.

El amor es la esencia vital del universo. El es el eje en torno del cual gira toda la vida humana. Y para la mujer, sobre todo, es la única finalidad de la existencia.

ESTE ES UN HOMBRE A QUIEN NO LE ENTRAN LAS BALAS

(Viene de la Pág. 33.)

hombre que ha desafiado todas las balas de América, y que dobla cabillas de hierro con los dientes y que se deja pasar un auto sobre las manos, se vuelve tierno y hasta sumiso ante el desafío de unos ojos negros de mujer...

L.T. PIVER

PARIS

Una novedad

JABON

POMPOSA

Intensamente

perfumado

¡Pruébelo!

JUVENIN
PARA LAS CANAS
ES LO MEJOR

Las Hemorroides

Se curan radicalmente con el uso de la

POMADA MIDY
Y LOS
SUPOSITORIOS MIDY
Adreno-estípticos

Remedio muy eficaz;
de uso fácil y aseado,
gracias a la cánula rectal
adaptada a cada tubo

De venta en todas las Farmacias y Droguerías

LABORATORIOS MIDY
9 Rue du Comte Rivière
PARIS



ELIXIR DE GRANULADO DE VINO DE

KOLA-MONAVON

TONICO GENERAL RECONSTITUYENTE

LABORATOIRES REUNIS S^{VO} F^{VOY}-LES-LYON (FRANCIA)
DE VENTA EN TODAS FARMACIAS

PIDA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS

JABON CASTILLA

Goliath

E L A M O R

—El momento en que tenemos más necesidad de ser amados es aquel en que nos sentimos menos amables.
—Es la mujer quien escoge al hombre que la escogerá.
—Ser amante es demasiado poco, y ser enamorado, demasiado.

EL CUARTO

N.º JIMERO 5

(Viene de la Pág. 7)

día para bajar las cortinillas. El otro dejó de leer. Hice un esfuerzo desesperado por comprender todo aquello.

El inglés extendió el brazo derecho. Pude ver que tenía un garrote dentro de la manga. Vertiginosamente, el garrote describió un círculo y se abatió sobre la cabeza del hombre del macfarlán.

Me quedé inmóvil. Únicamente mis ojos giraron en dirección del hombre de la cicatriz, que había sacado su revólver y apuntaba hacia el herido. Nuestras miradas se cruzaron. Sin duda, leyó en mis pupilas el espanto y el terror. Sonrió y me dijo:

—La policía, señor. No tema nada. Después, refiriéndose al herido que había perdido el conocimiento, agregó:

—Teddy Ferguson, el asesino de Dublín.

Unas sólidas esposas aprisionaron las muñecas del asesino capturado. El inglés, flemáticamente sacó la pistola que Teddy Ferguson tenía en un bolsillo de su saco.

Miró al francés y pareció decirle: —Así es como se procede.

El policía francés volvió a meter su arma en el bolsillo. Creo que admiraba a su compañero.

Mientras tanto, el tren se detuvo. Los policías bajaron, sosteniendo al herido. Me quedé solo. Sentí un sudor helado pegar mi camisa a mi piel y gotear en mis sienes. Esperé unos instantes. Cambiaron la máquina y el tren volvió a partir.

Acabo de descender del tren. Mi mano derecha se crispa todavía sobre el mango del revólver de Stillinson. Con la otra mano, agarro fuertemente la maleta. Y, de repente, me echo a reír nerviosamente, estúpidamente. Pienso en el inglés, de Scotland Yard, y en su cara satisfecha. Seguramente, ha creído que yo soy un hombre honrado.

Pienso en los diamantes con que Lady Cleanstone, en la fiesta que dió anoche en su castillo de Donover Hill, ataviaba sus hombros deslumbradores, y que ahora descansan dentro de esta maleta sobre la cual se crispa mi mano izquierdo, en el lecho de algodón que les preparó Masón amorosamente...

GRAND STEEPLE-CHASE

(Viene de la Pag. 39.)

riosidad, que van a estos espectáculos sin saber una humilde jota de caballos, pero que adoran la riqueza cromática de la masa elegante, el desfile de los grandes automóviles, los sonos de la Banda de la Guardia Republicana, el palpitante secreto de las sienes en los instantes de emoción general, y el sol, el pleno y ardiente sol de París chorreando oros calcinantes sobre las pelouses y los árboles y los macizos de flores del Bois.

RADIO

Guerra a los Ruidos

¿Cómo poder oír bien nuestros programas y los de los Estados Unidos?

Si tenemos cooperación de todos los lectores de buena voluntad y nuestras autoridades toman cartas en este asunto, con toda seguridad, muy pronto estaremos libres de ruidos parásitos en nuestros receptores.

Veamos la manera de conseguirlo. Todos los radio-escuchas de nuestra República, propietarios de aparatos de radio, deben solicitar se tomen medidas tendentes a suprimir las perturbaciones radiotelefónicas y ruidos molestos producidos por los motores eléctricos y demás instalaciones similares que dificultan la recepción de radio, lo que hace que esa petición sea considerada como de interés público. Debe decretarse lo que a continuación detallo:

1º—Todos los propietarios de motores eléctricos, dinamos, convertidores, cargadores de baterías intermitentes, automáticos, para alumbrado, deberán colocar dispositivos especiales que supriman las oscilaciones de alta frecuencia y anulen los ruidos molestos producidos por dichos motores y aparatos.

2º—A los efectos de que se cumpla lo establecido en el párrafo anterior, deberá solicitarse la colaboración de la compañía eléctrica, para que indique a los interesados la clase de dispositivos que deban adoptarse y manera de conectarlos, así como toda otra indicación necesaria para alcanzar los propósitos expresados.

3º—Acordarse un plazo no mayor de sesenta días a contar de la fecha en que se publique, para que los propietarios de motores y demás aparatos a que me refiero en el primer párrafo, se coloquen dentro de las prescripciones del mismo.

4º—A los que dentro del plazo fijado, no hayan colocado los dispositi-

tivos indicados se les aplicará una multa de \$20.00 a \$50.00, según los casos y por cada motor o aparato, sin perjuicio de disponer que el motor causante de los ruidos sea dejado sin funcionar hasta que esté dentro de lo correcto.

5º—La compañía eléctrica no conectará ningún motor que no reúna las condiciones requeridas, debiendo previamente someterlo a una inspección.

6º—Que la Secretaría de Comunicaciones se encargue de hacer cumplir lo antes mencionado o en su defecto cualquier dependencia del Estado, Provincia o Municipio, a la que se comisione la gestión.

Y ahora a poner cada uno su piedra para evitar los ruidos en los receptores, y para que vean los beneficios de ello, lean esto:

FRANCIA

50,000 francos en concepto de daños y perjuicios han sido asignados recientemente por el Tribunal de Comercio de París a un comerciante en Radio cuyas demostraciones fueron arruinadas por un anuncio luminoso de un vecino. El anuncio motivo de la protesta ha sido sacado del lugar en que perjudicaba al indignado propietario.

No significa ello que por la industria del radio se vayan a suprimir todos.

En el próximo número, vamos a tener el gusto de hablarles de nuestras transmisoras, comenzando con la simpática Radioemisora C. M. B. S. de Calzada y H., en el Vedado.

No olviden de mandar las consultas a Sección de Radio, Revista BOHEMIA", F. Martínez Aparicio.

CONTESTACIONES

Luis G. Ponce.—Trinidad.

Los materiales que Vd. desea emplear puede adquirirlos en la Independent Electric Co., de esta ciudad.

F. Martínez Aparicio

BOHEMIA

Acogida a la franquicia postal e inscrita como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

Prensa Ilustrada de Cuba, S. A.

Fundada en el año 1906 y dirigida hasta 1926, por Miguel A. Quevedo.

Director y Administrador: MIGUEL A. QUEVEDO JR.

Director Artístico: PEDRO A. VALER

Jefe de Información: L. GONZALEZ DEL CAMPO

Dirección, Redacción, Administración y Talleres: AMERICA ARIAS (antes Trocadero) Núm. 89-91-93.

Cable y Telégrafo: PRENCUBA Apartado de Correos núm. 2169. LA HABANA, CUBA

Subscripción anual: En la República, \$5.00 En el extranjero: \$6.00 Número suelto: Diez centavos. Número atrasado: Veinte centavos.

Representante en los Estados Unidos: M. D. BROMBERG, 19 to 25 W. 44th St. Berkeley Bldg. NEW YORK CITY.

IMPORTANTE.—No se devuelven originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por

UNA PILDORA AL ACOSTARSE

Y una sonrisa al levantarse.

Todo el mundo había soñado con él; un laxante que pudiera tomarse indefinidamente—todas las noches si fuese necesario—sin temor de malos resultados. Combinando seis hierbas preciosas, así como los bocajos de países lejanos, el Dr. William Brandreth, famoso médico inglés, ha resuelto el problema.

Las Píldoras de Brandreth no están hechas para aquellos que buscan un efecto rápido y violento, sino para las personas que desean asegurar el funcionamiento adecuado y regular de los intestinos, sin temor de malos resultados.

Su acción les ha conquistado millones y millones de agradecidos favorecedores, que han extendido su uso a más de 70 países del mundo. Los especialistas reconocen el valor de la fórmula.

Las Píldoras de Brandreth obran sobre el intestino grueso solamente, y por lo tanto no interrumpen ni descomponen la digestión. De acción suave, inofensiva y completa, no irritan ni envenan.

Tomar una Píldora de Brandreth esta noche al acostarse, y mañana comenzará usted el día de buen humor. Las venden todas las buenas farmacias.

**AYER EN VOLANTA
HOY EN AUTO.**

Fuiste, eres y serás prototipo de suprema Feminidad ¡ Linda mujer cubana!

Realza y conserva ese don divino cuidando amorosamente tu cutis.

**AIRE,
AGUA
Y BUEN JABÓN**



El jabón de Hiel de Vaca DE CRUSELLAS LLEVA UN SIGLO EMBELLECIENDO ROSTROS

**UNA RELIQUIA;
UN TESORO DE BELLEZA
LEGADO DE NUESTRAS ABUELAS**

En **ANEMIA**

DEBILIDAD AGOTAMIENTO
los Médicos los más eminentes recetan

VINO Y JARABE **DESCHIENS**
o la Hemoglobina PARIS



LA MASCARA DE FU-MANCHU

(Viene de la Pág. 18.)

—Crees factible que Fu Manchú pudiera haberse deslizado allá arriba, dentro de una de las cámaras de construcción.

—No, no lo creo.

—Ni yo tampoco. Aún cuando lo hubiese hecho, tendría que salir por aquí tarde o temprano.

—¿Dónde están esas cámaras de construcción? — preguntó Nayland Smith en voz baja.

—Unos cinco espacios bajos por encima de la Cámara del Rey.—Repliqué—y terminan en un techo puntiagudo, que se supone generalmente tenían por objeto aliviar el peso que gravitaba sobre la cámara de abajo.

—¿Hay modo de llegar a ellas?

—Sí; por medio de una larga escalera de manos.

—¿Hay posibilidad de lo que dice Barton?

—Difícilmente. De cualquier manera no hay más que una salida.—Me volví para Sir Lionel.—¿Ha registrado usted la aguja, jefe?

—No! Y lo que es más no pienso hacerlo. Hagamos cerrar y vigilar el mal-ito lunar; eso basta.

Nayland Smith se volvió para Hewlette:

—Disponga usted que cierren la pirámide a todo visitante por el resto de la semana. Y ponga vigilancia a la entrada día y noche.

—Muy bien,—contestó Hewlette,—me ocuparé de eso.

Habíamos descendido de nuevo hasta la base y ya mis pies hollaban la arena, cuando se me ocurrió una idea:

—¡Por el cielo, Sir Denis!—exclamé.—No es cosa segura dejar sólo cuatro hombres ahí esta noche.

—¿Por qué? preguntó vivamente el aludido.

—Se acuerda de la reunión de derviches de que nos informó Enderby? Pues bien, están aquí; unos cincuenta o sesenta.

—¿Dónde?

—Al lado mismo de Mena House.

—¿Una partida de rescate! — dijo con voz bronca el jefe. — ¡Piensan forzar la entrada. ¡Fu Manchú está escondido allá dentro!

Vi que Nayland Smith se tiraba del lóbulo de una oreja.

—Comenzaron a reunirse hacia media noche,—manifestó Hewlette.— Ya se había recibido el informe.

—¿Quiénes son?

—Casi todos vienen de aldeas del desierto, y, como dice el señor Greville, son miembros de distintas órdenes de derviches.

—No me gusta eso ni un poquito,—contestó Nayland Smith.—Como ustedes sabrán, el Mahdí ha organizado a los derviches. ¿Que opina usted, Hewlette?

—Nada se me ocurre. No me lo explico, a menos, que, como dice Sir Lionel, se propongan asaltarnos... ¡Caramba! ¡Ahí vienen!

Bañáramos por el declive y casi habíamos llegado al sitio en que el doctor Petrie y yo nos bajáramos de la máquina. Todos nos preparamos como un solo hombre.

Apenas perceptibles en la oscuridad de la noche, sus pies en marcha crujiendo contra la arena, vislumbramos una nutrida compañía de árabes que se acercaban en dirección opuesta.

—Serían pelierosos—murmuró Nayland Smith.—¡no fuera que todavía (Pasa a la Pág. 57.)

LA MASCARA DE FU-MANCHU

(Viene de la Pág. 56.)

hay de servicio sesenta hombres armados.

Y mientras así hablaba, aquella marcha hacia delante cesó como obedeciendo a una orden silenciosa. Vagamente, aunque a no gran distancia de donde nos hallábamos, distinguimos aquella extraña y callada compañía. De pronto se nos presentó el policía que había dado el alto a la máquina de Petrie.

—¿Qué hago, señor?—preguntó dirigiéndose a Hewlette.—No me parecen tener muy buenas intenciones.

—No haga nada,—fue la respuesta.

—Tenemos resuelta la situación.

Ya estábamos lo bastante cerca de la turba al borde de la meseta para poder distinguir los colores de sus trajes y turbantes: blancos, negros, verdes y rojos, era una masa confusa y borrosa, pero dividible en unidades. Y mientras yo miraba dudoso en su dirección, vi de repente que se alzaban cien brazos, y un rugido emitido por sus muchas voces llegó hasta mí:

—¡Mokanna!

Con lo cual, unánimes como fieles en una catedral, cayeron de rodillas y abatieron sus cabezas en la arena.

—¡Santo cielo! ¿Qué es ésto?

Quien hablaba era Nayland Smith. Todos nos volvimos a un tiempo, mirando para atrás, hacia la cara Norte de la Gran Pirámide. Y al hacerlo, presenciábamos un espectáculo que permanece hasta hoy tan vivo en mi recuerdo como en aquella ocasión.

Como a dos terceras partes del declive de la ingente construcción, pero en un punto que yo sabía era inaccesible, apareció una figura... Desde donde yo estaba era visible en todos sus detalles, por la sencilla razón de que estaba brillantemente iluminada.

Muchas explicaciones se nos ocurrieron a la vez a todos para explicar cómo se podría producir aquella iluminación. Recordamos la lámpara globular en la Cámara del Rey; muchas lámparas así, ocultas a la vista de los testigos y colocadas un paso más abajo de la figura en cuestión, con reflectores detrás, explicarían el fenómeno, según pensé, más tarde. Pero por el momento no se me ocurrió solución alguna.

Personalmente no me daba cuenta de nada, pues yo estaba preso del más absoluto asombro. ¡Porque allí, en el momento en la oscuridad, ¡vi a El Mokanna!

Vi una figura alta y majestuosa, vistiendo un ropaje blanco o verde muy claro. Llevaba el rostro oculto por una máscara de oro y tocado con un alto turbante. Levantada en la mano derecha refulgía una espada de hoja curva...

Los derviches entonaron un cántico fantástico. Yo ni siquiera miré para atrás... por no perder de vista ni un momento la aparición de la pirámide. Unos gritos distantes llegaron a mis oídos: órdenes, según me di cuenta. Pero yo sabía, y lo había sabido siempre, que nadie podía llegar a aquel sitio, por buen trepador que fuese.

Al poco rato, con la misma subitez con que había aparecido, la visión se desvaneció.

Las luces habían sido apagadas o cubiertas; tal fué la conclusión a que llegamos más tarde. Pero en el momento el efecto era empavorecedor. Y al desvanecerse la fantástica figura, otra vez emitieron los derviches su grito triunfante:

—¡Mokanna!

DANDERINA

Una cabellera reluciente, sedosa y limpia es el encanto más grande de la mujer.

Aplicada a diario con una esponja que se pasa por la cabeza, Dandrina es una loción tónica que presta losanías al cabello; impide su caída, extirpa la caspa y da vida a las raíces capilares.



También es lo ideal para los hombres que quieren peinarse bien sin engrasarse la cabeza.



Moral Infantil

EN

Máximas y Fábulas

FOR

DULCE MARIA SAINZ DE LA PEÑA

Vda. de Mena.

Autora de "Teatro Escolar"

Esta obra, de alto valor educativo, escrita en verso, será de gran utilidad a los maestros para clases de Moral, Lenguaje y Lectura.

Puede adquirirse en las buenas librerías y en el depósito:

MALECÓN 7, TELF. M-6424. PRECIO: \$0.75.

Se remite al Interior por correo. Puede hacer su pedido por giro postal, enviando además 10 cts. para el certificado, a nombre de:

Dulce M^a Sainz de la Peña, Molecón 7, Habana.

En el mortal silencio que se siguió, dijo Nayland Smith:

—Fu Manchú nos ha puesto un problema: o él o uno de sus discípulos predilectos ha estado pasando por el profeta renacido, desde Afganistán hasta la frontera de Arabia. ¿Comprende ahora la reunión de los derviches, Hewlette?

Un murmullo de agitada conversación llegó a nuestros oídos. La asamblea de los árabes, que había ido allí sin duda alguna, a una cita, se dispersaba y regresaba por el declive.

—Era muy necesaria esa reunión Sir Denis—y de aquí el secuestro de Rima. Se trata de una cita con los cabecillas de los "Serussi" y otras órdenes fanáticas. Hasta ahora él los

había estado engañando, pero si las reliquias verdaderas quedaban fuera de su alcance, tarde o temprano descubrirían inevitablemente el fraude. Esta chispa, Greville—añadió volviéndome a encender una hoguera. El Mokanna promete ser un problema peor que el Mahdí.

Al oír lo cual el jefe se echó a reír. Su risa era tan inesperada y tan extraña en aquellas circunstancias que hallé en ella no sé qué de horror.

—¡Nos ha engañado, Smith!—gritó Sir Lionel.—¡Nos ha engañado! Pero, ¡por el cielo que yo también lo he engañado a él!

(Continuará la semana que viene)

GUAJIRA

INTROD

Mov *f* *p* *EXP* *ten* *f*

Canta guay-ra can-la, can-ta a orillas del pa-mar... que de-de mi bá-bi-o,

dolce *f* *cres* *p* *viv.*

le que-ro con-tem-plar... can-ta di-vi-na can-ta, que le que-ro es-cu-char

f *dolce* *cres* *exp*

la me-lo-dio-so can-to lin-da gua-yi-ri-la o-ris-pi-rá a-mar... Que-ro de-cir-te

Mov *f* *dolce*

tri-gue-ña de ma-yor... cuan-to le que-ro... que rran-de mi pa-sión

dolce *f* *cap* *p*

Cuan-to yo aie-ra... mis lin-cas y po-bre-ras, y has-la mis ga-lli-je-ros ba-lle cu-ba

dolce *f*

ni-la por todo lla-mar...

p *EXP* *f* *p* *ten* *EXP*

Can- le-mos her-mo-sa tri-gue-ña a la

f *p* *Para seguir* *Para Fin* *f* *FIN* *dolce* *p*

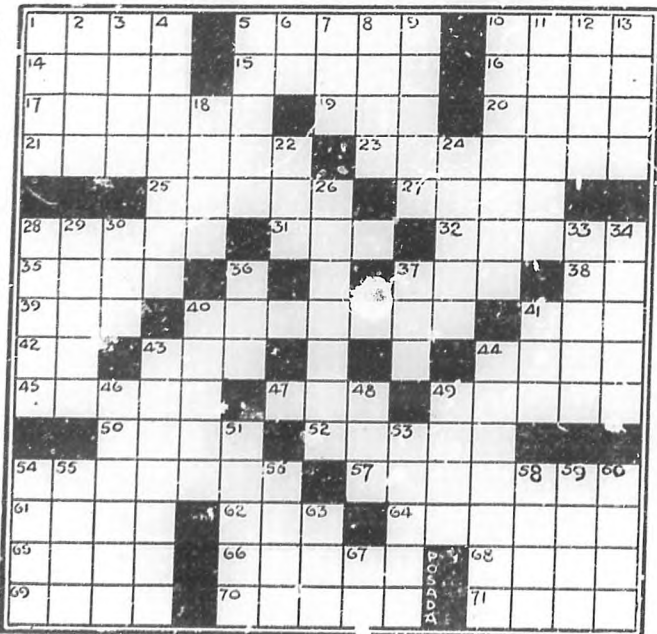
bri-sa del lin-do ba-tey... del sol na-cien-te que nos a-lum-bra

f *p* *f* *p*

del sua-ve a-rru-blo... de las pa-lo-mas can-te-mos ni-ja que-sé na-dicha de-a-mar

EXP *dolce* *lig* *ten* **Registrado** *f* *Exp. al* *hasta Fin*

- 1.—Sierra del S. O. de España.
5.—Título de un libro del popular escritor Don Galarr.
10.—Extremo de una cosa.
14.—Planta aromática.
15.—No abre de mujer.
16.—Medida de longitud equivalente próximamente al metro (tbl.).
17.—Alboroto, enredo.
19.—Prefijo que indica inferioridad.
20.—Lagunales aplastadas y cocidas.
21.—Que no lleva nombre del autor.
23.—Negligencia, pereza.
25.—El alma.
27.—Carta de la baraja.
28.—Luz o bulbo grande.
31.—Cerveza inglesa.
32.—Región de Palestina al E. e del Jordán.
35.—Composición para cantar una sola voz.
37.—Lista.
38.—Nota musical.
39.—Insignia de figura de T usada por los comandadores de la orden de San Antonio.
40.—El que tiene una cosa.
41.—Punto cardinal.
42.—Preposición latina que significa: a, junto, hacia, etc.
43.—A favor.
44.—Bahía pequeña.
45.—El río más largo de Francia.
47.—Adjetivo numeral.
49.—Contenido de un escrito.
50.—Monja que sirve en el convento para las haciendas caseras.
52.—Refrescar una cosa al aire.
54.—Planta herbácea de flores grandes y vistosas.
57.—Depósito o almacén general de armas.
61.—Fécula que se saca de la médula del hurí y otras palmeras.
62.—Composición escrita para dos voces o instrumentos.
64.—Ministro del culto israelita.
65.—Amarrar.
66.—Pinzas que usan los cirujanos para mantener separados los tejidos en las operaciones.
68.—Del verbo rezar.
69.—Clara.
70.—Sostenerse y adelantar sobre el agua.
71.—Fela.



- 1.—Escala musical.
2.—Fruto.
3.—Arbol cuyas hojas son medicinales.
4.—Otra reunión turbulenta.
5.—Masca solida que se usa en la composición de barnices.
6.—Caso de un pronombre.
7.—Fuerza.
8.—Masa considerable de nieve que rueda de los montes a los valles.
9.—Del verbo saber.
10.—Remate superior de una columna.
11.—Arrear.
12.—Puerto de Italia.
13.—De constitucion de hueso.
18.—Acierto, habilidad.
22.—Sueño morboso.
20.—Proposición que comprende dos partes opuestas, una y otra admitible.
28.—Funeo, aciago.
29.—Instrumento de labranza.
30.—Corriente de agua.
33.—Rival.
34.—Irritar, encolerizar.
36.—Signo del zodiaco.
38.—Gorra militar.
40.—Porción de líquido que se bebe de una vez.
41.—Apócopo de santo.
43.—Apuro, prisa.
44.—Materia nerviosa contenida en el cráneo.
46.—Lo que está fuera de la ley.
48.—Aféresis de ahora.
49.—Precio puesto oficialmente a las cosas vendibles.
51.—Acera a lo largo de la vía del ferrocarril.
53.—Equivocar.
54.—Cocer en seco.
55.—Sustancia espesa que se forma sobre la leche y algunos líquidos.
56.—Especie de buitre.
58.—Labor en hueco hecha en metal y rellena con esmalte negro.
59.—Extremidades de algunos animales.
60.—Alaben.
63.—Del verbo oír.
67.—Símbolo del sodio.

JEROGLIFICO



FIGURA NUMERICA

Table with 2 columns: Numbers (6, 35, 39, 3589, 45339, 123789, 6784908, 43717826, 123456789, 29512874, 1534539, 128523, 17369, 6712, 659, 62, 7) and Consonante, Nota musical, Lista, Especie de ciervo, Colina, En toda embarcación, Ex-Presidente de los EE. UU., El que debe estar encerrado, Nombre de varón, Nación europea, Vendedor ambulante, Maniatar una caballería, Pájaro cantor, Ciudad sur-americana, Constelación, Nota musical, Vocal.

CHARADA GRAFICA



ADIVINANZA Blanca soy de nacimiento, cubierta de verdes lazos y todos lloran por mí si me cortan en pedazos.

ADIVINANZAS En la calle me toman, en la calle me dejan, en todas partes entro, de todas partes me echan.

Blanca en mi nacimiento, morada en mi vivir, y me voy poniendo negra cuando me voy a morir. (Véanse las Soluciones en la página 58.)

COMPRESIMIDO

COMPRESIMIDO

PALON nota S

PALON Expresión de dolor



LAS HEROINAS DE ALPARGATILLAS

(Continuación del número anterior.)

cambio de un reino donde cada una tendr. su palacio, almacenes de toda clase de comestibles, instrumentos de música, y sobre todo, un medio de venganza seguro contra mis también enemigos los gatos, quienes con sus maullidos me molestan mucho.

Todas quedamos horrorizadas por "el favor" que pretendía. Como el espanto nos dejara mudas, el infernal personaje tomó otra vez la palabra.

—Noto que os deja asustadas mi inocente deseo, pero no dudo un instante, que vuestro proverbial inteligencia, muy elogiada por la gente del infierno, comprenderá al fin todas las ventajas lógicas de mi proposición. Pensad en el número considerable de vuestras compañeras que diariamente perecen en las ratoneras, en las garras felinas de los gatos, en los venenos y en el hambre que es la divisa de la raza ratonera. Todo eso terminará para siempre; engordaréis sin trabajar; los gatos acalorados para siempre y velando en todos los instantes yo, el secretario del Diabolo. Con mil ratas tendré material para siempre. Para éstos, os sugiero que la mejor fórmula es la de echar papelillos a la suerte.

Argumentos de tanta fuerza como los expuestos por Chinchín no pudieron ser menos que entusiasmarlos, haciendo huir los escrúpulos y temores. Acentamos todos por unanimidad. El mismo secretario se encargó de reformar los papelillos. Fabricó una urna en un instante, introdujo tantos números como ratas éramos y marcó mil. Luego, la agitó convenientemente y extrajo las mil sentencias de muerte. Las infortunadas se resignaron con el heroísmo que caracteriza a nuestra raza. —Antes de acompañarme —dijo Chinchín— quiero que vean el resultado de nuestro sacrificio y disfruten de él durante dos horas.

Se quitó una de las uñas del pie izquierdo, la introdujo en la boca y fulminantemente se produjo la más bella maravilla del Universo. La inmundicia cueva (estaba aquí mismo), se transformó en la que ahora estáis viendo. Nos hallamos encañaladas y en esta misma calle una mesa enorme repleta con los mejores manjares apetecidos por nosotras. La música más melodiosa inundaba el aire.

—Pueden sentarse y engrasarse—agregó el Secretario.

No esperamos la repetición de la orden. Con un hambre "nuestra" nos lanzamos a los manjares y a los vinos y las sentencias olvidaron su triste destino, creyendo hallarse, en el paraíso. A las dos horas justas se fueron detrás de Chinchín, brincando alegremente. Hemos levantado a la memoria de ellas un soberbio monumento de queso.

V Ya la comitiva ratonera y sus huéspedes habían llegado al palacio. Era éste un edificio cuadrado y tenía una sola puerta, muy amplia. Una escolta formada por las más hermosas y lindas ratas presentó su salud. La Reina

llegó al trono, obra de arte donde sobresalían las rosas de maíz y las castañas asadas. Golosilla tuvo ganas de "entrarles", pero se contuvo por cortesía.

Su Majestad estuvo sentada un rato, para cumplir las ceremonias palaciegas. Luego despidió a todos los cortesanos y ella misma siguió mostrando a las alpargatillanas las maravillas de raperópolis. Después de visitar todos los departamentos del palacio, tomaron por las calles de la ciudad (el único medio de locomoción era el ferrocarril). Llegaron al "paseo" de los comestibles. Como se pusieron los ojos de Golosilla al ver allí tanta golosina s-brosa! Jamones, miles de quesos, montañas de nueces, bombones, conservas y de todo cuanto existe para llevar a la boca en el mundo.

La Reina, muy observadora, dijo finalmente: —No extrañen si no las invito a comer en mi mesa, pues tenemos reglamentado que nadie fuera de nuestra raza se sienta en ella. Como la excursión les habrá abierto el apetito, las autorizo para hacer uso sin límites de mi despensa. Como sé que les daría pena, estando presente, me voy un momento para el palacio para firmar varios decretos y después volveré.

Ya se puede calcular la alegría no sólo de Golosilla, sino también de las otras acostumbradas a largas dietas y a las comidas de perro de alpargatillas. La Sabia y Diamantina, sin ser muy hermosas y lindas ratas presentaron su salud. La Reina

—¡Fero si no han comido nada! Lo está diciendo vuestras caras, sobre todo ésta, (señalaba a Golosilla). No les dé pena que todo es de primera calidad y nunca se terminará.

—Si—contestó La Sabia—Fero es comido, pero como ninguna de nosotras es golosilla.

—Bien. Vengan conmigo para que vean la obra maestra de mi reino.

Las guio por una de las calles más estrechas, detrás del almacén. Tomaron por un pasillo que terminaba en un cuarto profundo. Encima de él había un embudo cuya entrada, según explicó S. M., daba a flor de tierra. Las avenceretas sintieron un olor penetrante y preguntaron de qué se trataba.

—Ese es el secreto de este amonaco! Ese olor atrae a los gatos, aunque se hallen a mil leguas. Llegan al embudo, se arrojan por él al pozo y se ahogan. Constantemente están cayendo. El olor es de valeriana.

El efecto, no tardó un segundo sin que Golosilla, Diamantina y La Sabia vieran a los embocados gatos caer de cabeza, lanzando manuilidos de dolor, pues iban en la intención de marchar en camión de marais a los gatos.

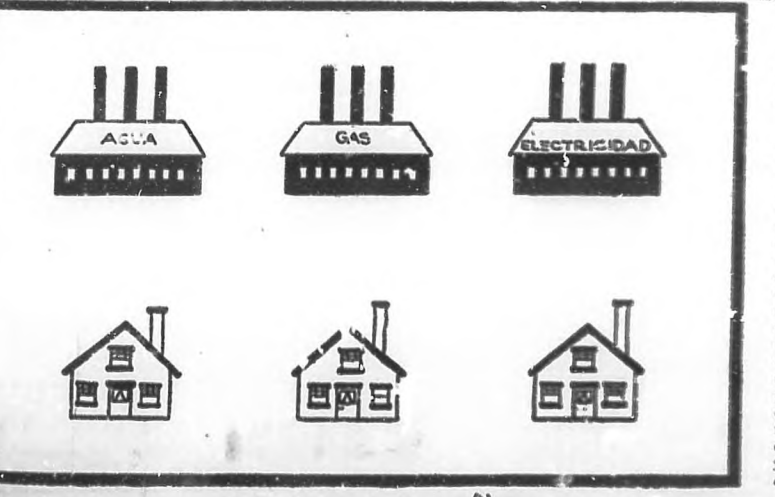
—Nos las están pagando los muy bribones— exclamó la reina.

(Continuará en el próximo número.)

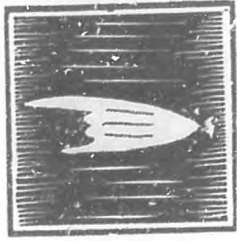
PROBLEMA DE INGENIERIA

En este problema, quedan amos tres de estimular en vosotros las cualidades de ingeniero que, quién más quién menos, todos llevamos dentro.

En este problema, como veis, hay en la parte superior del dibujo tres edificios: uno es el depósito de agua, otro una fábrica de luz eléctrica y el otro una fábrica de gas. Debéis hacer edificaciones más hábiles. Como en la ciudad, estas tres industrias necesitan agua, luz y combustible para calefacción y para gasificar, y, por consiguiente, hace que llevas estas tres cosas. ¿Cómo? Ya sé lo que me vais a contestar: —¡Claro! Pero qué interés! El intríngulis está en que estas edificaciones las tenéis que traer vuestras. Consiste dicho trabajo en que ninguna edificación se toque ni cruce; una edificación pasará por debajo de otros edificios. Estas edificaciones son nuevas, partiendo tras de la fábrica de electricidad, tras de la fábrica de gas y tras del depósito del agua, yendo cada una de ellas a parar a uno de los hogares.



CURIOSIDADES



SUPERSTICION

En Italia algunas personas supersticiosas colocan detrás de la puerta un guante blanco relleno de lana en forma que los dedos índice y meñique queden fuera como indica el grabado; fíjate con la cual creen y ahuyenta la mala suerte y el diablo.

Creemos que si lo comparan con el pavo cerrado, aumentaría más al diablo por tener que ir al púctate.

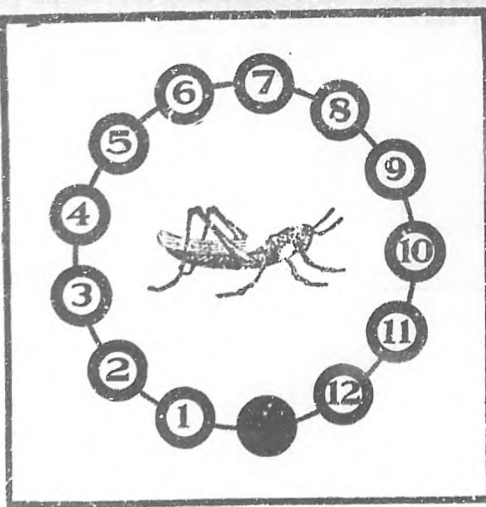
En España muchos personas suelen poner una herradura detrás de la puerta con el fin de atraer la buena suerte.

¡Pobres puertas! ¿cuantas tonterías tienen que soportar!



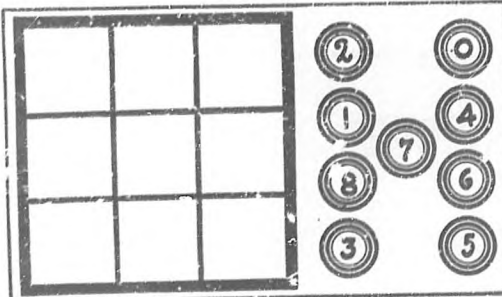
LOS OSOS

Desde el siglo XV hasta el XVII eran domesticados los osos y empleados como animales de carga y guarda en Suecia, Noruega y Dinamarca.



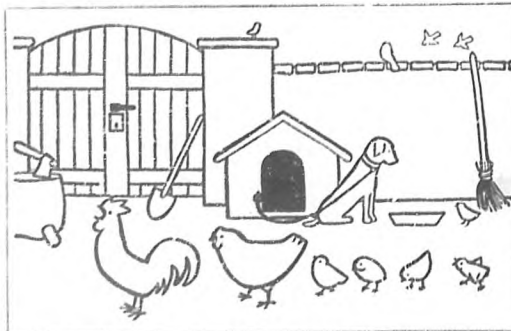
EL SALTAMONTE (problema.)

Imagino un círculo formado por trece pequeños discos, numerados y colocados por orden y en la dirección en que se mueven las manillas de un reloj y se trata de que estos discos cambien de lugar mediante un pequeño salto de forma que al terminar los movimientos queden colocados los discos en dirección contraria, o sea que donde ahora está el 12 quede el 1 y el 2, donde está el 11, el 10, donde el 10, el 9, así sucesivamente.

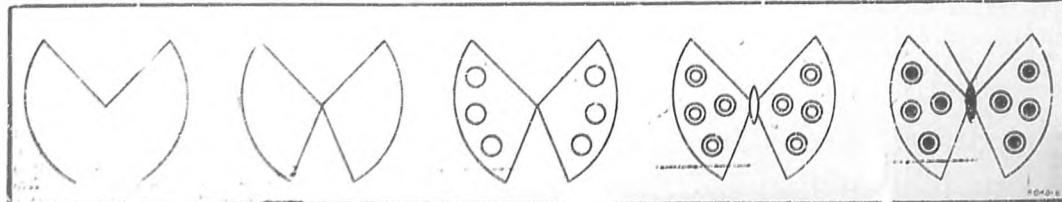


EL CUADRADO MISTERIOSO

Reúntense las nueve fichas numeradas y colóquense en los cuadrillos de manera que tanto horizontal como verticalmente y las dos diagonales, sumen 12.

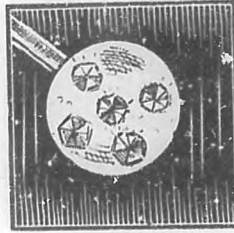


DIBUJO PARA COLOREAR



PARA APRENDER A DIBUJAR

CURIOSIDADES



EL COLMO DE LA PACIENCIA

Un obrero engastador se ha entretenido en engastar raspaduras de diamantes en la cabeza de un alfiler. En el grabado aparece suficientemente ampliada la cabeza del alfiler, para que podáis apreciar tan minúsculo trabajo.

Y, una vez contemplado, diréis: Bueno, ¿y qué? Nada. Que veréis cuánto tiempo se pierde inútilmente en el mundo.



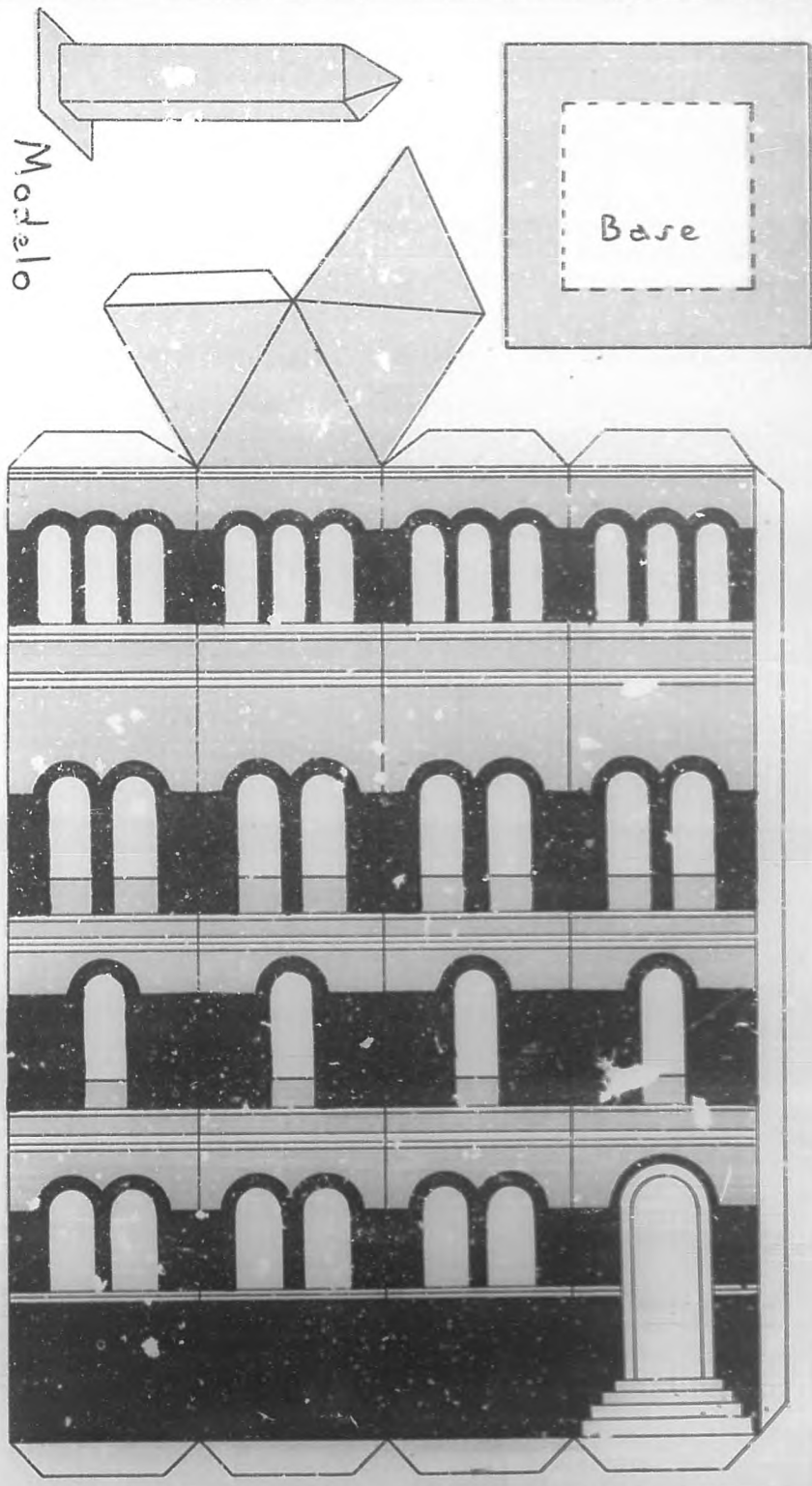
LOS PAVOS

El pavo figuró al principio como manjar raro en la mesa de los príncipes y reyes, y hasta principios del siglo XVII no empezó a generalizarse.



VILLA-BOHEMIA UNA TORRE

Modelo



por Luis de Robert



—LLA me dijo, sonriendo: —A usted le sucede algo. Está solo, melancólico... ¿Sufrimientos de amor?

—Me incliné y besé la mano, murmurando: —Sí... Pero con usted los olvidaría en seguida.

Ella es pequeña, bien hecha. Acaba de debutar en un teatro de ópera y se cree con talento. Cuando me vió inclinado hacia ella, murmuró con el extremo de los labios, como si soplara una burbuja de jabón:

—Venga mañana por la noche. Estaré libre. Comeremos juntos.

Hoy, me levanté tarde y me vestí muy pronto. Tengo una barba de dos días que le da a mi cara un aspecto de abandono y de santidad. Pero, de aquí a la noche, me sobra tiempo para pasar por la barbería.

El día ha transcurrido y ha llegado la hora. Sopla una de esas borrascas de abril que ponen en fuga a los peatones y despiellan las calles. Afortunadamente, mi impermeable no se amilana por nada y mi sombrero está acostumbrado a las borrascas. Desciendo la calle Bremon-tier, habitualmente tranquila, y desierta en este momento. Pero no absolutamente. En la acera, hay un transeunte que, protegido por un paraguas, lucha contra el viento. Es un hombre grueso. La lucha que sostiene contra el viento ha puesto su rostro colorado como un tomate. De pronto, el paraguas da una vuelta y se escapa como un gran pájaro negro de alas mojadas y, empujado por las ráfagas, va a posarse a cincuenta metros de distancia, sobre el suelo donde salta, se eleva, vuelve a caer, mientras el hombre, irritado y nervioso, exhibe en sus manos el inútil mango de madera. No puedo impedir una carcajada. El hombre me ve y, loco de rabia, interrumpe su persecución chaplinesca y se precipita sobre mí. Yo no soy un chiquillo; tengo veinte años bien cumplidos, pero no soy un héroe... ¿Qué quiere ese buitre? ¿Un combate conmigo? No lo acepto. Detesto esos procedimientos. Sin vacilar, me lanzo a correr como una liebre y no me detengo sino para respirar en una esquina de la calle. Miro hacia atrás. El individuo, comprendiendo seguramente que mis piernas son más ágiles y más jóvenes que las suyas, ha renunciado a perseguirme. Se va tristemente hacia su paracaídas lamentable, con el cual el viento no se cansa de jugar. Entonces, lo llamo:

—Señor! ¡Oiga, señor!

El torna la cabeza hacia mí. Yo levanto los brazos en el aire, me doy unas palmadas en los muslos, demostrando una hilaridad injuriosa. Él se siente grotesco y escarnecido. Está tan rojo que parece que va a reventar. ¡Ah, si me tuviera entre sus manos coléricas! Pero ve que es imposible y se contenta con mostrarme desde lejos un puño desesperado. Sí, parece ésto una escena chaplinesca. Mas, este intermedio cómico me ha demorado. Afortunadamente, la encantadora mujer que me ha invitado a comer no vive lejos. Mis zapatos se hunden en el lodo. Al fin, he llegado. La camarera me me conduce parece inquietarse por sus alfombras. El fieltro que le doy para que lo ponga en la sombrerera deca escarbar una cascada de agua. En la sala, me desplomo sobre un asiento y adonto una nece como si fuera a retra-carme. Pero en seguida llega la dama.

—¡Qué poco parisienne es usted! Son apenas las siete. Yo no lo esperaba hasta las ocho. Pero no le reprocho nada. ¡Pobre amigo! ¿Ha venido usted a pie, con un tiempo semejante? Cerebro mucho que haya venido.

—Está en traje de casa, un traje de seda blanca y negra que le sienta admirablemente. Sus dientes resplandecen. Cojo su mano y pongo mis labios delicadamente sobre el , como una mariposa se posa sobre una flor.

—¿No podemos comer temprano?

—Voy a ver si es posible.

La cocinera, advertida, hace zancar sus hornillas. Después de un rato, la camarera se acerca a decirme que la comida está servida.

—Deme el brazo, amigo mío—me dice la dama.—Creo que comeremos muy mal.

Yo pienso: ¿Por qué me habrá invitado, entonces? Y me siento ante una mesa adornada con flores. Mi servilleta está plegada tan artísticamente, que titubeo en destruir el pequeño edificio que compone. Sin embargo, me decido; y la doblo bruscamente. Y ruedo por el suelo un panecito que estaba dentro de la servilleta. La cama-

mera corre en seguida. Y lo atrapa. Extiende la mano, pero ella no me lo devuelve. Me da otro.

Después de prender en mi cuello la servilleta como en la barbería, me inclino sobre mi plato de sopa y trago grandes cucharadas con mucho ruido. La joven dama que me ha invitado a comer, no pone nada más que el borde de sus labios, en la cuchara, delicadamente. Su vaso está vacío; quiero llenarlo de vino y salpico el mantel de estrellas purpúreas. Lleno mi vaso y bebo. Espero que cambien mi plato y me atragante de pan sin decir una palabra.

—Es curioso—me dice la joven dama.—Usted se parece enormemente a otra persona que he conocido.

—¿La semejanza es ventajosa para mí?

—Sí, puesto que usted es más joven.

Hago un gesto de satisfacción. Una sortija que brilla en uno de mis dedos atrae la atención de mi joven amiga.

—¿Es un regalo de una mujer?—me pregunta, examinando la joya.

Yo la miro con cierto misterio, sin contestar. Ella agrega:

—No se inquiete. No pretendo que me confiese sus secretos.

¡Ah, si supiera que esta sortija era de mi tío Anatolio!

Pero su mirada asciende hasta mis uñas roídas. Quiero dis-culparme:

—¿Es una costumbre fea, verdad?

—Mi joven amiga me confía que conocí a un hombre muy notable que se comía las uñas y que dejó esa manía por ella.

—Es una cuestión de influencia.

—Es verdad. Por ejemplo, a usted le hace falta una persona que lo quiera, que se ocupe de su vida afectuosamente y que tenga buen gusto. ¿Quién es su sastre?

—Pruncé un nombre desconocido y además inventado, pues todo: mis trajes son de esos confeccionados en serie. Ella me mira con sus ojos llenos de ternura.

—Usted tiene derecho a ser un hombre elegante. Y lo vamos a conseguir.

—Mi silencio puede pasar por una adhesión. Seguimos comiéndolo. Tengo un ala de pollo en el extremo de mi tenedor, y no sé qué hacer con ella. La doméstica me da otro pan y otro más. Me doy cuenta que mi joven compañera de mesa y yo no hablamos va.

Vuelvo a coger la botella de vino e intento llenar su vaso.

La joven señora rehúsa mi oferta y sonríe. Yo también sonrío. Su sonrisa se prolonga, juntamente con su mirada. Entonces, le digo:

—No me mire así; me da miedo.

(Pasa a la Pág. 71)



YO también tengo un perro. Un perro precioso. Tiene un pelaje abundante, unas piernas de acero, una barba de chivo. Según su acta de nacimiento, su nombre es Whitechapel, pero yo le digo sencillamente Bibi. Y es porque ni el perro ni yo sabemos el inglés. Lo compré un día que visité la casa de un vendedor de perros.

Desde sus jaulas de prisioneros, los más fieles amigos del hombre me miraban con sus humildes ojos melancólicos. Escogí a Bibi. Y salí orgulloso de tener un perro a la moda.

En casa, el entusiasmo de mi mujer fué menos espléndido que el mío.

—Esta clase de perros es terrible; destruye todos los muebles—me dijo.

Y agregó, después de unos minutos:

—¿Quién lo sacará a la calle, si la criada se niega a hacerlo?

Le advertí que Bibi no necesitaría eso, puesto que me acompañaría a todas partes.

Aquella noche, dormí bastante mal. El perro roncaba como un hombre. Antes de salir el sol, me despertó. Mordió las sábanas y las tiró al suelo. Me acurruqué sobre la almohada, pero Bibi puso sus patas delanteras en la cama y gruñó, impacientemente:

—Vístete y vamos. No lo hago por mí, sino por tus alfombras.

Mi barrio es un barrio aristocrático, de gente adinerada. Y es demasiado temprano para encontrar a alguien en la calle. Frente a mi domicilio, están construyendo una casa. Yo dejo que mi perro satisfaga sus imperiosas necesidades sobre un montón de arena.

Media hora después, la calle principia a animarse. Temblando de frío bajo su lujoso abrigo, pasa por mi lado una joven que no me es desconocida. Recuerdo haberla visto en algún cabaret nocturno. Lamentablemente pálida, tal un cuadro que ha perdido el colorido, se parece muy poco a su edición de la noche.

Cruzan también por mi calle, un joven de mejillas pintadas, acompañado de un hermoso perro alemán; una criada, indiferente y obesa; una matrona de opulentas caderas y un señor viejo y circunspecto. Este señor debe ser un rentista que se acuesta temprano y que está fumando ya su segundo tabaco. El perro de este rentista es un bastardo de mirada humana y perversa. ¡Es una deshonra ese perro!

Yo También Tengo un Perro

por L. Vertés

Examinándolo, halláramos en él reminiscencias de todos los perros del barrio.

El doctor Mery ha dicho que a mi perro le hacía falta aire. Desde entonces, paso el tiempo en el parque.

Una tarde, llegué al convencimiento de que Bibi es un individuo menos serio de lo que yo me imaginaba.

Yo estaba sentado en una silla, con la pluma en la mano, esperando que llegara la inspiración para terminar este artículo. Mientras tanto, mi compañero, sin concepto ninguno de la decencia ni del respeto, trataba de acercarse a una graciosa perrita que pertenecía a una joven y lindísima señora, que estaba sentada en otra silla.

La señora me miró y se sonrió con la más dulce de las sonrisas. ¡Ah, si yo no fuera tan tímido!...

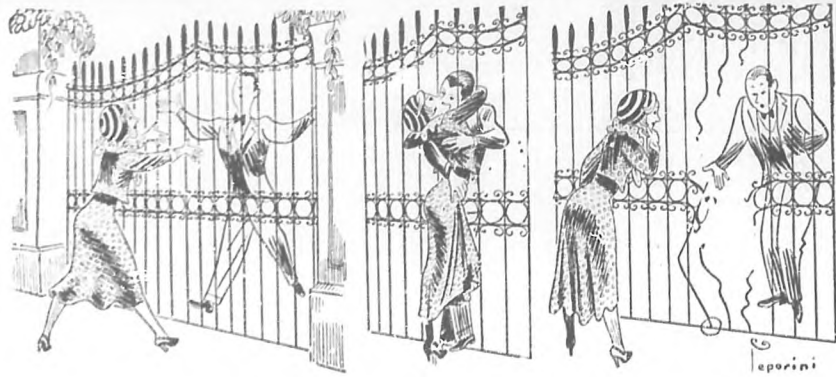
Después hice la presentación de Bibi. Apenas presentado, mi perro empezó a comprometerme irrespetuosamente. Miraba con insolente atrevimiento a Zuzú, así se llamaba la perrita de la joven señora. Y murmuré, rojo por el bochorno:

—Perdón, señora...

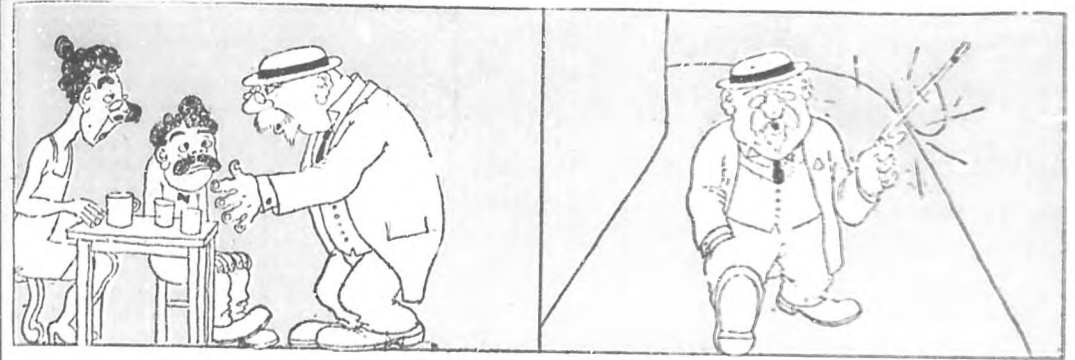
Y, arrastrando al mal educado, lo llevé para mi casa.

Pero mañana tengo que volver al parque. La joven y lindísima señora estará allí, seguramente, con Zuzú. ¡Ah, si yo no fuera tan tímido! ¡Si yo fuera tan atrevido como Bibi!...





La fuerza de un abrazo.



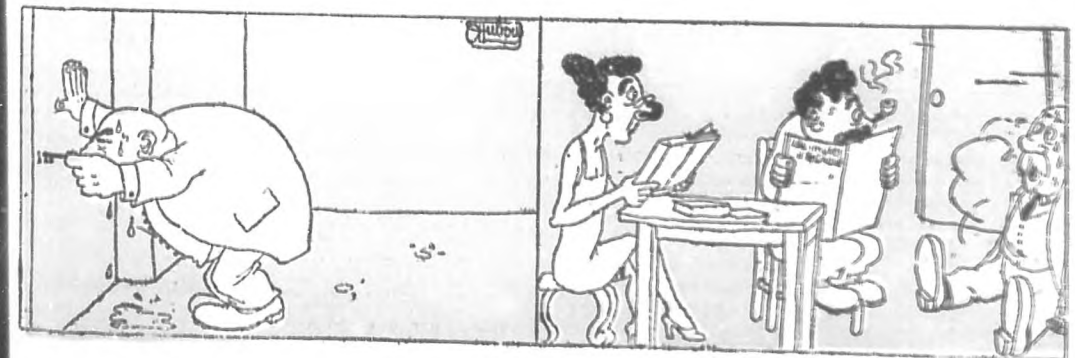
—Melania, voy a aprovechar que Octavio está aquí para ir un rato al club. Volveré dentro de una hora. Octavio te acompañará mientras tanto.

Y el señor Patroclo salió de su casa. Caminaba por la calle apaciblemente, felizmente...



De pronto, se detuvo. Una idea inquietante germinó en su cerebro. Había dejado solos a su esposa y a su mejor amigo...

¿No había cometido una imprudencia? Determinó volver a su casa y dejar la visita al club para otra oportunidad.



Representando en su mente un espectáculo terrible, llegó a la puerta de su casa y la abrió...

Y cayó al suelo descorazonado por una sorpresa inesperada: Octavio y Melania leían tranquilamente, indiferentemente.



Dime, Carlitos: ¿qué oficio es el que más te gusta cuando seas grande como papá?

LA SRA. (a la nieta criada).—Antes que nada, quiero advertirle que yo soy un poco lista...
LA CRIADA.—Y yo también!

Querida mía estas horas extraordinarias de trabajo en la oficina me van a matar.

SI LAS MUJERES VOTARAN EN FRANCIA. Un sesión parlamentaria.



El antiguo dentista, convertido en jardinero.—Las raíces están buenas todavía. Podríamos ponerles una espiga.



—¿Por qué escondes el paraguas? ¿Tienes miedo que te lo roben?
—No. Tengo miedo que lo reconozcan.



Venimos a felicitarte, querido tío, por la feliz idea que tuviste al regalarnos esa magnífica máquina...



El señor (a su hijo que está grabando su nombre con un cuchillo en el tronco de un árbol).—Ven para acá, Julio. ¡Hasta que no derrumbes el árbol sobre nosotros, no vas a parar!

CUANDO "Palucha" salió del Presidio, donde permaneció por espacio de seis años cumpliendo condena, se fué derecho a la bodega de "Los Cuatro Hermanos": allí fué donde le dió la puñalada a "Mumba"...

Al salir, mientras bajaba las escalinatas que conducían al Castillo del Príncipe, recordó que alguien le dijo al momento que lo conducían esposado:

— "Palucha", ten valor...! Has cumplido como un hombre. Si tú no matas a "Mumba" a tiempo, él te hubiera "fiampiao"... Ahora, serenidad y a "cumplir" como un varón, que el "emboque" se ha hecho para los hombres y tú eres "mumba" verdad.

Ahora, allí, en el mostrador de la bodega, después de ingurgitar dos tragos de aguardiente de caña, sentóse a reflexionar, pero con una expresión dolorosa en el rostro y de absurda contrariedad: estaba mirando en su propia conciencia todo su pasado; hacía un recuento de su vida inútil. Miró su rostro ante el espejo de la botellería que tenía enfrente. Una exclamación se estranguló en sus labios... Era que prematuramente se había puesto viejo en el penal: ya no tenía juventud...

Esa exclamación que se estrangulaba en su garganta tuvo explosión en su interior. Decepcionado, intimamente, murmuró para sí como un niño:

— ¡Ay, mi madre!... Y dos lágrimas humedecieron sus ojos... Pero era que ya "Palucha" no tenía madre... Dos años, escasamente, llevaba en el penal cuando ella murió. Y otra vez murmuró:

— ¡Qué desgracia! "Palucha" sentía una rebeldía ahora contra la Ley que lo había condenado a sufrir una prisión injustamente. Se sentía rencoroso... El creía que había procedido en defensa de su persona y como tal debió haber sido puesto en libertad el día del Juicio Oral. Y volvió a murmurar:

— ¡Es decir que un hombre que trata de salvar su vida antes que otro hombre, irasciblemente, lo estrangulara en un momento sin segundo!... ¡Esto no es Justicia!... Luego querrán que los hombres se regeneren...

Estas falsas hipótesis que, a su manera, conjeturaba el viejo hampón le arrugaban el entrecejo y le engarfiaban los dedos como en deseos de nueva venganza... ¿Pero contra quién había de vengarse "Palucha"?... ¡Inútilmente tanta contrariedad!...

Volvió a pedir otra copa de aguardiente... Este nuevo trago atemperó unos instantes más sus excitados nervios... Ahora volvía a hacer otro recuento de su vida accidentada desde su adolescencia... hasta que llegó a ser poseído, embrujado, por el amor de una mujer... Iluminóse su rostro como por una chispa de fuego que a pesar de su color prieto tuvo expresión en sus pupilas y en el dulce rictus de su comisura helfuda. El nombre le vino a los labios:

— ¡Carmen!, "La China". Pero el nombre de esta mujer, recordado allí, en aquella bodega, le trajo a la memoria, al pronunciarlo mentalmente, la sombra de su enemigo, la aparición fantástica de "Mumba"... Instantáneamente quiso separarse del mostrador... Retrocedió un paso semi-arrepentido y semi-mareado; pero se detuvo, asíéndose nuevamente a la barra del mostrador y pidió otro trago de aguardiente mezclado con ginebra... Trase-



gó... Garraspeó brutalmente y solloqueó: —Pero ella... ella ya no se me acuerda de mí... Me dirá que yo no tenía derecho ni razón para matar a su querido... Me dirá que... ¿Dónde estará ella?... ¿Con quién vivirá ahora?... ¡Y eso que he cumplido seis años de prisión por quererla para mí...!

Este semi-final de recuento tuvo un eco lúgubre en su pecho... ¿Por qué le vino a la memoria la mujer y su nombre?... ¿Era acaso una subconsciente fuerza interior que se sobreponía a su yo pensante cuando él había renunciado a recordarla?... Dos gruesas lágrimas volvieron a humedecer sus ojos de niño enfermo. Exclamó:

— ¡En fin...! Y en su memoria pasaron, como en una "film" cinematográfica, sus amores con "La China": Las noches que ella, prometedora siempre de nuevos placeres, se le rendía amorosa a espaldas de su rival... Las promesas que le hacía para cuando se separase del otro; ir a vivir los dos en un cuartico de "solar", allá a las afueras de la ciudad, por los suburbios, donde nadie los mirase y fuera sólo de él entonces... ¡Pero todo aquello había terminado...! Había pasado como un sueño... La enemiga con "Mumba"... Los celos extraordinarios del "ecobio"... La amenaza... El ataque, con el "icua rebesiene" en mano, a mansalva, con premeditada alevosía, en la misma bodega de "Los Cuatro Hermanos"... Su defensa propia... La muerte de su contrario... El proceso... el juicio... La condena... La prisión de seis años... Casi viejo... Sin amigos... Sin madre... ¡Cuánto dolor!...

Tuvo "Palucha", al llegar a su madre, la que no vió morir, un súbito sobresalto de furor y rumió:

— Si yo me matara... Y agregó, con una sonrisa burlona: —... Pero nada gano yo con eso... Mi nombre siempre en los periódicos como guapo y hampón y hora como suicida. ¡Que se "fiampee" otro!...

Volvió, como luz de un relámpago, la sombra de "La China" por su imaginación. Esto le consoló un rato... Pidió otra copa de aguardiente:

— Es bobería... Soy un incorregible y un desgraciado... Estoy ya sentenciado toda mi vida a tener por nombre el número de penado y por casa la oscura celda del penal... Y siniestramente arguyó:

— Está visto que todo en la vida es "palucha"... Ahora vuelvo a pedir otra copa de aguardiente... No pago... ni ésta ni las otras... Me llevarán como delincuente viejo y del hampón, sin domicilio conocido, a residir nuevamente al "emboque"... ¡Y ya tienen los periódicos mañana noticia!... Voy a dar la "tángana":

— ¡Oye tú, gallego, otro aguardiente!

Maniatado por una pareja de policías de la Nacional, fué conducido "Palucha" a la Estación más cercana.

ILUSTRACION DE HER CAR

A. SIREVALENCIANO

(Viene de la Pág. 66.)

Ella continúa mirándome. Yo le declaro que su mirada me emboquece. Ella me amenaza encantadoramente con su serviueta y susurra con un acento acariciante:

— Mentiroso... Y agrega: — Usted es un muchacho simpático. Un muchacho simpático... He aquí todo lo que soy para ella, lo que conozca todos mis defectos ante sus ojos. Menos mal que yo no soy como todo el mundo; soy un muchacho simpático.

La comida ha terminado. No acepto los postres para demostrar mi sobriedad. Mis ojos se posan sobre los dos vasos, el grande y el pequeño, donde mis labios han dejado sus huellas. Redondeo maquinalmente un pedacito de pan.

Al fin, ella se levanta. Yo la imito. Pasamos a la sala.

— ¿Quiere una taza de café? A su edad no existe el insomnio. Ella intenta servirme, pero no lo permito. Le quito la azucarera de las manos. Cojo un poco de azúcar y lo echo en el negro líquido, mientras ella se retira para prepararme una sorpresa.

— Tome su café tranquilamente. Volvéré en seguida. Pasan varios minutos. Al cabo de un momento bastante largo, ella reaparece.

— ¿Qué le parece mi vestido? ¿Un vestido? Digamos más bien una túnica transparente, a través de la cual se diseñan las formas magníficas de su cuerpo. Es una maravilla el cuerpo de esta mujer.

— ¿No me quiere decir cómo encuentra mi vestido? — Muy original. Si usted saliera así a la calle, tendría un éxito brutal.

— Yo no me muestro así nada más que en la intimidad. La joven señora se ha extendido sobre un diván de terciopelo azul. Yo espero que el frágil tejido se rompa por todas partes. Pero es demasiado resistente. Si me quedo aquí un minuto más, voy a cometer una incorrección. Y no quiero ser descalificado por esta mujer tan exquisita. Discretamente, voy al recibidor en busca de mi sombrero y mi abrigo.

Cuando vuelvo, ella me pregunta, sorprendida: — ¿Cómo? ¿Ya se marcha? — Sí. Me esperan en otra parte. Y me marcho con una hábil oportunidad.

Pues bien, la joven señora ha contado en varios lugares, que yo soy un mal educado, un idiota, un cretino...

PARA LA GRASA DE LA CARA

JABON CASTILLA

Goliath

MALTINA TIVOLI VITAMINADA

VIGOR NUTRICION BELLEZA

PEDIDOS: 1-5261

JARDIN EL CLAVEL

OFRENDA

Nada consuela más que dedicar flores naturales a los muertos que viven inmortales en nuestro afecto.

Nuestra especialidad en Coronas, Sudarios, Cojines, Cruces, Corazones y Ramos, nos permiten hacer los más artísticos y mejores trabajos.

Los precios económicos y nuestro exacto cumplimiento están al alcance de todos.

Su consulta u orden puede hacerla por teléfono.

ARMAND Y HNO. MARIANO. TELS. FO-7029. FO-7238. FO-7937. F-3587.



AMERICAN PHOTO STUDIOS

FOTOGRAFOS DEL GRAN MUNDO HABANERO

RETRATOS ARTISTICOS. TRABAJOS COMERCIALES. TRABAJOS PARA AFICIONADOS VISTAS AMPLIACIONES Y COPIAS PHOTOSTAC

CAMARAS FOTOGRAFICAS DE "FILMO" Y CINE KODAK

TELEFONO A-2851

MALTINA TIVOLI VITAMINADA

VIGOR NUTRICION BELLEZA PEDIDOS: 1-5261

Fresco

¡NO CLAME MAS POR EL!

Aquí se le ofrece— hora tras hora y día tras día— una provisión inagotable en su hogar u oficina— tal como si Ud. decidiera no abandonar la orilla de la playa durante toda la larga estación veraniega.

¡Sea práctico!— El calor no se neutraliza lamentándolo, sino combatiéndolo. Y en sus manos se halla un arma invencible:

Adquiera ahora uno de nuestros
Ventiladores Eléctricos
GENERAL ELECTRIC
WESTINGHOUSE CENTURY

Comprándolo durante este mes se beneficiará Ud. con la

NOTABLE REDUCCION DE PRECIOS

que hemos hecho en toda nuestra existencia. Y además, podrá pagarlo en cómodas mensualidades.

¿Hay comparación posible entre sufrir las molestias del calor y sentir los deliciosos efectos de una brisa suave y constante?

Cía. Cubana de Electricidad
A las Ordenes del Publico

¡Ahorre DINERO!
Utilice nuestra tarifa de servicio combinado

